

Rolde

Revista de Cultura Aragonesa



1. Almugávares: la sombra de la corona.
2. La obra legislativa de las Cortes de Cádiz en el ámbito de la educación secundaria.
3. Evaristo Viñuales Jarroy y Lorenza Sarsa Hernández. Historia de amor y revolución de dos maestros aragoneses.
4. Una extraña carta de José Antonio Labordeta.
5. Joaquín Costa y la transición a la democracia en Aragón. El recuerdo fronterizo.
6. Trenzas de vida.
7. Poemas.
8. FÓRUM: Pedro J. Sanz/Proyectoaragón/Exposición "Canto a la Libertad"/"Luenga de fumo"



Portada: Pedro J. Sanz

03 Editorial: Hasta siempre, amigo

04 Almugávares: la sombra de la corona
Chusé L. Bolea Robres

16 La obra legislativa de las Cortes de Cádiz
en el ámbito de la instrucción secundaria.
Aportaciones aragonesas
Guillermo Vicente y Guerrero

26 Evaristo Viñuales Larroy y Lorenza Sarsa Hernández.
Historia de amor y revolución
de dos maestros aragoneses
Raúl Mateo Otal

34 Una extraña carta de José Antonio Labordeta
Antonio Pérez Lasheras

42 Joaquín Costa y la transición a la democracia
en Aragón. El recuerdo fronterizo
Carlos Serrano Lacarra

50 Trenzas de vida
Kike Fernández
Ilustraciones: *Orosia Satué*

56 Poemas. 26 labios
Manuel M. Forega
Ilustraciones: *Alexandre Montourcy*

62 FÓRUM

Pedro J. Sanz
Texto: *Manuel Pérez-Lizano*

Proyectaragón
Texto: *Vicky Calavia*
Exposición «Canto a la Libertad»
Texto: *José Ignacio López Susín*
Cuan l'allaca florex
Texto: *Chusé Inazio Nabarro*

Edita
Rolle de Estudios Aragoneses

Consejo de Redacción
Javier Almalé
Pilar Bernad
Jesús Gascón
Santiago Gascón
Víctor Juan (Coordinador)
José Ignacio López Susín
José Luis Melero
Antonio Pérez Lasheras
Vicente Pinilla
Carlos Serrano

Consejo Asesor
José Luis Acín
Chesús Bernal
Ismael Grasa
Antonio Peiró
Carlos Polite

Redacción
Moncasi, 4, entlo. izqda.
50006 Zaragoza
Tel. y Fax: 976 37 22 50
info@rolde.org
<http://www.rolde.org>

Correspondencia
Apartado de Correos 889
50080 Zaragoza

Diseño
Javier Almalé

Maquetación
Pilara Pinilla

Impresión
INO Reproducciones
Impreso en papel reciclado
ISSN: 1133-6676
Depósito Legal: Z-63-1979

134-135

HASTA SIEMPRE, AMIGO

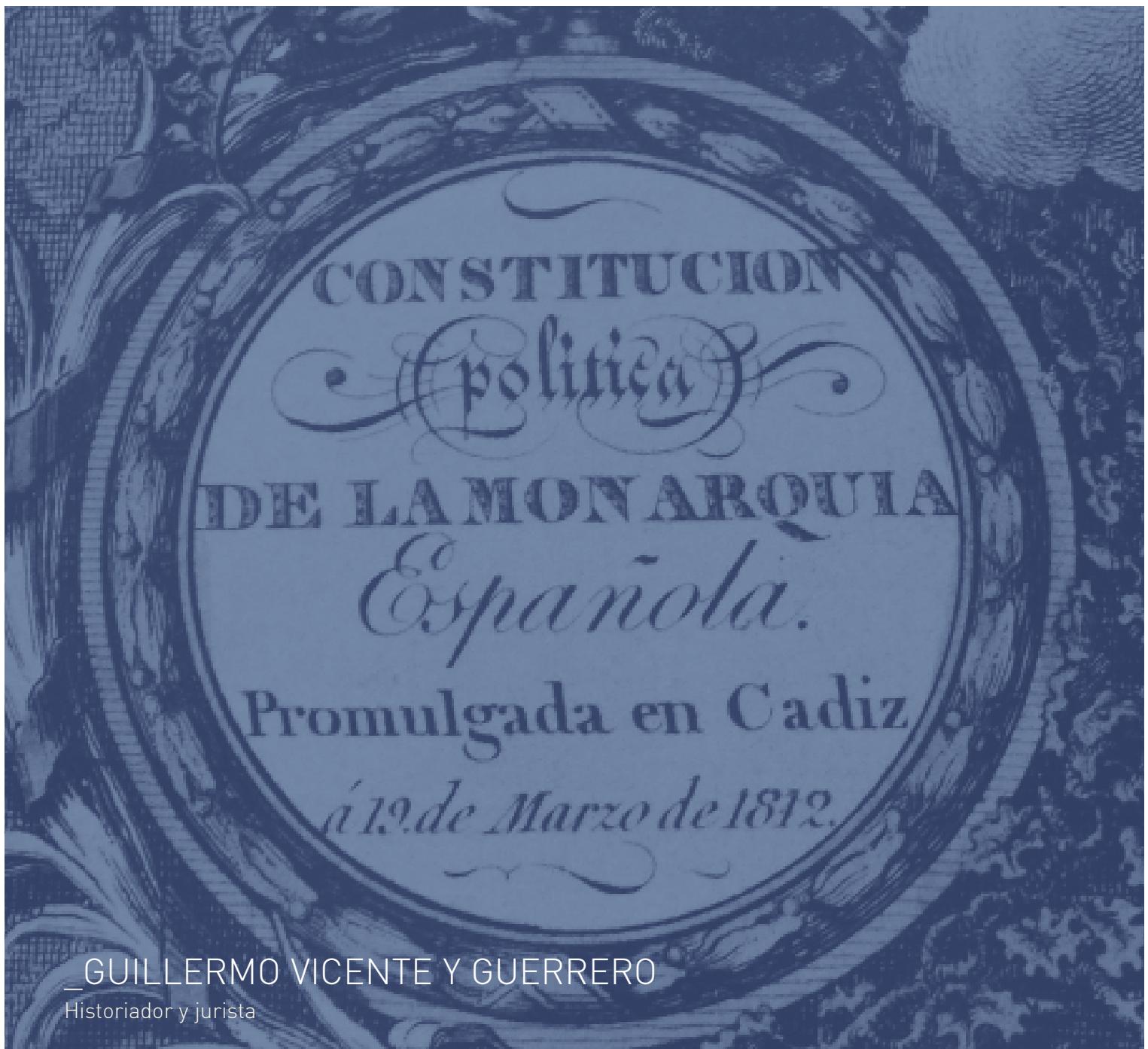
El día 19 de septiembre de 2010 moría en Zaragoza, rodeado de su familia, nuestro querido amigo y compañero José Antonio Labordeta Subías, *el Abuelo*. Las muestras de duelo que siguieron a su muerte fueron la expresión espontánea y sincera de un afecto profundamente enraizado en nuestra tierra. No habían pasado dos años desde que nuestra asociación celebrara en el Teatro Principal de Zaragoza un emotivo y multitudinario homenaje en el que se dieron cita numerosos amigos y conciudadanos que quisieron expresar públicamente su afecto al homenajeado. En ese mismo acto se presentó nuestro libro *José Antonio Labordeta. Creación, compromiso, memoria*, obra colectiva que recogía colaboraciones de una amplísima y variada representación de la sociedad aragonesa y española.

José Antonio Labordeta fue y sigue siendo, por muchas razones, el aragonés más emblemático y representativo del último medio siglo. En el largo proceso de reconstrucción material y ética de nuestro país durante las últimas décadas, Labordeta siempre estuvo presente y en primera fila. Desde distintos medios e instituciones, su voz siempre fue la voz de Aragón. Como cantautor y poeta, José Antonio supo plasmar en sus versos la realidad de una tierra históricamente marginada. Como personaje mediático, supo trasladar a todos los foros las reivindicaciones de una comunidad que no siempre tuvo la oportunidad de dejarse oír. Como político, supo plantear propuestas concretas que reportaron a nuestra comunidad notables mejoras de las que hoy todos disfrutamos.

En todas sus facetas, la contribución de José Antonio Labordeta al proceso de reconstrucción del Aragón del siglo xxi ha sido impagable. Tras su muerte, nos quedan su recia voz y sus hermosas canciones, sus poemas y relatos, sus intervenciones en los medios e instituciones... y, tal vez, la consideración del «Canto a la Libertad» como himno oficial de Aragón. Objetivo que se cumplirá si las Cortes de Aragón aprueban la proposición de ley destinada a ello. Esta proposición la respalda una Iniciativa Legislativa Popular, materializada en miles de firmas de aragoneses y aragonesas de toda procedencia, condición e ideología, y promovida por una Comisión en la que nuestra asociación ha participado activamente. Sin ir más lejos, las páginas de este número de *Rolde* contienen el testimonio del compromiso de cerca de cien artistas con dicha iniciativa.

Pero, más allá de que las Cortes aprueben lo que es un clamor en la calle... sobre todo eso, nos queda el recuerdo de un hombre bueno, afectuoso, divertido y entrañable que siempre colaboró gustosamente en nuestros proyectos, y cuya ausencia nos pesa y nos pesará durante mucho tiempo. Desde Rolde de Estudios Aragoneses, una vez más, queremos recordar a nuestro querido amigo, compañero, socio y colaborador José Antonio Labordeta Subías.

editorial



CONSTITUCIÓN
Política
DE LA MONARQUÍA
Española.
Promulgada en Cádiz
el 19 de Marzo de 1812.

GUILLERMO VICENTE Y GUERRERO
Historiador y jurista

La obra legislativa de las Cortes de Cádiz en el ámbito de la instrucción secundaria

Aportaciones aragonesas



INTRODUCCIÓN

Hace precisamente doscientos años, en 1810, en un crispado contexto en el que Guerra de la Independencia y Revolución liberal se daban tímida y mutuamente la mano, tuvo lugar la primera reunión de la nación española en Cortes constituyentes que, haciendo uso de su recién confesada soberanía, implantó en la gaditana isla de León un nuevo sistema, el parlamentario, que suponía en la práctica la efectiva disolución de las estructuras políticas, económicas y sociales del Antiguo Régimen en España, al menos hasta el regreso del deseado pero indeseable Fernando en 1814. Todo este proceso aparecía marcado por la inconcebible ferocidad de un ejército invasor, el francés, que pretendió imponer los postulados de la diosa razón a través del más irracional de los sistemas: el de las armas.

Desde una perspectiva generalista histórica y, de forma muy especial, desde los foros particularmente constitucionistas, el año 2010 debería haber sido utilizado como feliz pretexto para conmemorar tan estimables sucesos. Sin embargo, en Aragón, la incomprensible ausencia de una cátedra de historia del pensamiento político, unido a la ya inveterada dejadez de la cátedra de Derecho constitucional, han provocado un hecho ciertamente singular: la absoluta

ausencia de hechos conmemorativos sobre tan trascendental acontecimiento histórico.

Tan solo, y una vez más, la Institución Fernando el Católico volvió a ser la excepción a la regla general, ofreciendo en el mes de noviembre un curso de conferencias, acertadamente coordinado por un historiador contemporáneo como Pedro Rújula, en el que un reducido grupo de especialistas del diecinueve, entre los que se encontraban, entre otros, Jean-René Aymes, Carlos Forcadell, Ignacio Peiró o Joaquín Varela Suanzes, nos congregamos para analizar el papel de los diputados aragoneses en el hemiciclo gaditano.

No obstante, e inmersos en este inexplicable fenómeno aconmemorativo, desde estas líneas quiero postular el reconocimiento de la meritaria labor de toda una serie de diputados que, en muchos casos, pusieron en peligro sus intereses, su hacienda e incluso su propia vida por participar en los trascendentales acontecimientos que se producían en Cádiz. Algunos de ellos eran aragoneses de pura cepa, como los representantes liberales Isidoro de Antillón, Juan Polo y Catalina, el que fuera presidente de las Cortes Vicente Pascual o el mismo Secretario de la Comisión de Cortes Manuel Abella. Otros fueron diputados de marcado carácter conservador, algunos lindando con el realismo, como Pedro María Ric, Luis Palafox, Gerónimo Castillón o Luis Joaquín Palacín¹.

1. El único estudio monográfico sobre los diputados aragoneses en el hemiciclo gaditano sigue siendo: Concepción TORRES LIARTE (1987), “Los diputados aragoneses en las Cortes de Cádiz (1808-1814)”, Zaragoza, Cortes de Aragón.

Pero a los personajes, cuando realmente se les puede catalogar así, su obra ciertamente les trasciende. En este caso concreto, si algo caracterizó a una parte estimable de los diputados gaditanos fue la defensa a ultranza de toda una serie de ideas de marcado carácter liberal que sin duda renovaron, de una vez, y para siempre, el anquilosado esqueleto del Estado borbónico. Un Estado impuesto por los castellanos curiosamente también a través del irracional medio de las armas, justamente un siglo atrás, apoyados por ese ejemplo de ilegalidad manifiesta que suponen los mal llamados *Decretos de Nueva Planta*, basados en un inaceptable, moral y jurídicamente, derecho de conquista.

A lo largo de las líneas que siguen quiero ahondar en un ámbito, el educativo, que ha sido obviado por nuestra historiografía, y muy en especial en lo referente al nacimiento de la llamada enseñanza secundaria en España². La instrucción pública moderna encuentra precisamente su acta de nacimiento en suelo español en las reuniones llevadas a cabo en la gaditana Isla de León, que suponen el punto de partida a un sinuoso proceso que, tras no pocos avatares, obtendrá un reconocimiento formal a lo largo del Trienio Liberal con la implantación del *Reglamento general de Instrucción Pública*, aprobado por Decreto de las Cortes el 29 de junio de 1821.

Una última pero importante precisión. Cuando hablo de la obra legislativa educativa de las Cortes de Cádiz lo hago partiendo de unos criterios hermenéuticos amplios, que incluyen no solo la sucesión de textos legales sino también el conjunto de intervenciones parlamentarias, informes, dictámenes y obras doctrinales a las que sin duda el articulado constitucional debe su misma existencia.

Veamos pues a continuación las bases legales que propician la génesis de las enseñanzas medias en España y, cuando resulte menester, observemos lo que al respecto apuntaban sus protagonistas más destacados, algunos de los cuales como Isidoro de Antillón, Lorenzo Calvo de Rozas, Manuel Abella o, ya a partir del Trienio Liberal, Alejandro Oliván o Braulio Foz, encabezaron decidida y orgullosamente las filas de las diversas tendencias del liberalismo aragonés.

EL TÍTULO IX DE LA CONSTITUCIÓN

DE 1812 Y ALGUNAS DE SUS PRINCIPALES FUENTES DOCTRINALES

En abril de 1809 un señalado aragonés como Lorenzo Calvo de Rozas proponía, desde una perspectiva eminentemente reformista, la convocatoria de unas Cortes modernas. Las reacciones en nuestro viejo Reino fueron dispares, pues mientras personajes de la importancia de los hermanos Palafox parecían oponerse hubo otros que, como Isidoro de Antillón o Manuel Abella, se mostraron absolutamente de acuerdo con dicha iniciativa. Tras importantes discusiones, que modificaron el original redactado inicialmente por Manuel José Quintana, el texto de la convocatoria sintió el calor de la imprenta, en forma de decreto, el 22 de mayo.

Tras múltiples vicisitudes, que en Aragón llevarán incluso a repetir las elecciones por presuntas irregularidades, los diputados se reunieron de forma definitiva en la Real Isla de León (actual San Fernando, Cádiz), abriendo las sesiones el 24 de septiembre de 1810 el sacerdote liberal Diego Muñoz Torrero, con un interesante discurso en el que sus ideas, reclamando la legitimidad de las propias Cortes y subrayando los postulados de la soberanía nacional, sirvieron para modular el primer decreto gaditano³.

Uno de los principales problemas que desde Cádiz se pretendió abordar fue el de la penosa situación de los estudios intermedios de retórica y latinidad, a los que la expulsión de los jesuitas en 1767, orden que tradicionalmente se había encargado de su enseñanza, afectó en muchos lugares de forma ciertamente negativa⁴. Los diputados gaditanos eran conscientes de la triste situación de los maestros, de la falta de medios económicos y del desinterés generalizado por este tipo de enseñanzas, marcadas por su carácter propedéutico o preparatorio para los posteriores estudios universitarios.

Como puede rastrearse sin dificultad en los propios diarios de sesiones, dichos diputados se mostraron en el campo de la educación, como en la mayor parte de los ámbitos, profundamente influidos por la Ilustración española, y de forma particular por las obras de reformistas como Cabarrús, Campomanes o Jovellanos. Especial importancia adquirieron los trabajos preparatorios que durante 1809 llevó a cabo, en el seno de la Comisión de Cortes, la llamada *Junta de Instruc-*

2. Únicamente sobre el particular, el ya clásico trabajo: Antonio VIÑAO FRAGO (1982), *Política y educación en los orígenes de la España contemporánea. Examen especial de sus relaciones en la enseñanza secundaria*, Madrid, Siglo XXI.

3. El mejor estudio, todavía no superado, sobre las divergencias doctrinales entre los diversos grupos ideológicos que conformaban las Cortes de Cádiz en: Joaquín VARELA SUANZES-CARPEGNA (1983), *La teoría del Estado en los orígenes del constitucionalismo hispánico (Las Cortes de Cádiz)*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales.

4. Sobre la situación de los llamados estudios de sintaxis, retórica y latinidad en Aragón en la segunda parte del setecientos véase: Guillermo VICENTE Y GUERRERO (2011), «Ilustración y educación en Aragón en la segunda mitad del siglo XVIII», en Guillermo VICENTE Y GUERRERO (ed.), *Historia de la Enseñanza Media en Aragón*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico.



ción Pública. Dicho órgano, presidido por el propio Jovellanos, contaba entre sus diez miembros con importantes aragoneses como Isidoro de Antillón o el propio Manuel Abella. Este notable conjunto de intelectuales mostró su conformidad con la mayor parte de las propuestas presentadas por Jovellanos en su *Informe*, que luego daría lugar a las *Bases para la formación de un Plan general de Instrucción Pública*. Entre otros aspectos destacados, la Junta acordó la necesidad del establecimiento en España de la libertad de imprenta.

Precisamente las *Bases para la formación de un Plan general de Instrucción Pública*, presentadas por el asturiano el 16 de noviembre de 1809, pueden considerarse el texto educativo más importante de la Ilustración española, a la vez que sirve de puente con el recién nacido liberalismo gaditano. Jovellanos hablará de unos nuevos establecimientos docentes, que denominará *institutos*, a los que encomen-

dará la enseñanza de las nuevas asignaturas prácticas que, como la física, la geometría, las matemáticas, la moral, el dibujo, la danza, la música o las lenguas vivas, exigían los nuevos tiempos: «los institutos de enseñanza práctica harán que abunden en el reino los buenos físicos, mecánicos, hidráulicos, astrónomos, arquitectos y otros profesores, sin cuyo auxilio nunca podrán ser ni conservarse abiertas las fuentes de riqueza pública»⁵.

No obstante, también puede percibirse con claridad la permeabilidad de las doctrinas francesas revolucionarias sobre la percepción que tienen en Cádiz los diputados sobre el mundo de las aulas. En especial se citará, en muchos casos de forma encubierta, a Condorcet, quien en su primera *Memoria sobre la naturaleza y objeto de la instrucción pública* asegura que «cuando la ley ha hecho a todos los hombres iguales, la única distinción que los separa es la que nace de su educación»⁶.

Todas estas fuentes doctrinales, ya procedan de los textos revolucionarios franceses, ya vengan de la propia Ilustración española, ejercerán sin duda un notable influjo sobre el sector liberal gaditano. Tal vez el diputado más destacado, el asturiano Agustín de Argüelles, con el objeto de ilustrar a la nación española y contribuir a su felicidad con todo tipo de luces y nuevos saberes, exigirá durante sus intervenciones parlamentarias la promoción de una instrucción pública al alcance de todos los ciudadanos, subrayando en su *Discurso preliminar a la Constitución de 1812* que «uno de los primeros cuidados que deben ocupar a los representantes de un pueblo grande y generoso es la educación pública. Esta ha de ser general y uniforme, ya que generales y uniformes son la religión y las leyes de la Monarquía española»⁷.

Agustín de Argüelles, el conde de Toreno, Isidoro de Antillón, Canga Argüelles y tantos otros diputados del sector liberal no dejan de ser hijos de la propia Ilustración española, compartiendo con ella una muchas veces excesiva, por candorosa, fe en la educación pública, entendida esta como el principal medio para lograr la tan ansiada renovación del país. Acierta Manuel de Puelles al subrayar que «el progreso de la humanidad aparece ligado ahora al progreso de la instrucción»⁸.

La obra legislativa de las Cortes de Cádiz en materia de educación tiene como máximo exponente el título ix de la Constitución de Cádiz, denominado precisamente *De la instrucción pública*, en el que pese a su brevedad (tan solo se incluyen en él seis artículos, que van desde el 366 al 371),

5. Gaspar Melchor JOVELLANOS (1924), *Bases para la formación de un plan general de Instrucción Pública*, en: Gaspar Melchor JOVELLANOS, *Obras publicadas e inéditas*, Madrid, Atlas, Biblioteca de Autores Españoles (BAE), p. 273.

6. Marqués de CONDORCET (1922), *Memoria sobre la naturaleza y objeto de la instrucción pública*, en Marqués de CONDORCET, *Escritos pedagógicos*, Madrid, Calpe, p. 17.

7. Agustín de ARGÜELLES (1989), *Discurso preliminar a la Constitución de 1812*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, p. 125.

8. Manuel De PUELLES BENÍTEZ (2002), *Educación e ideología en la España contemporánea*, Madrid, Tecnos, p. 57.

incorpora algunos principios generales que serán acreedores de una extraordinaria influencia posterior⁹.

El mencionado título ix es de una relevancia ciertamente capital, pues implanta los basamentos del nuevo edificio educativo que el liberalismo decimonónico irá progresivamente levantando. Como señala de forma acertada Domínguez Cabrejas, «esta Carta Magna debe considerarse no sólo como punto de partida para la ordenación y expansión de la institución escolar, sino como acontecimiento fundamental en la génesis del sistema educativo español»¹⁰.

Proponiendo una sintética visión sobre los principales artículos del mencionado título ix, cabe resaltar que el artículo 366 se centra en la llamada educación primaria, señalando la importancia del establecimiento «de escuelas de primeras letras, en las que se enseñará a los niños a leer, escribir y contar, y el catecismo de la Religión Católica». El artículo siguiente, el 367, establece que se «creará el número competente de universidades y de otros establecimientos que se juzguen convenientes para la enseñanza de todas las ciencias, literatura y bellas artes». Por tanto, y pese a no referirse de forma expresa a los estudios secundarios, se abren las puertas para poder entrar a considerar la posibilidad de crear otros establecimientos de carácter docente.

El principio de uniformidad educativa aparece consignado en el artículo 368, que taxativamente subraya que «el plan general de enseñanza será uniforme en todo el Reino, debiendo explicarse la Constitución política de la Monarquía en todas las universidades y establecimientos literarios». Dicha uniformidad parece referirse a todos los niveles educativos. La defensa de un plan general de enseñanza marcado por la uniformidad debe entenderse, en mi opinión, como un medio más de imposición de dos de las funciones principales que a los ojos del liberalismo triunfante debe satisfacer la educación: la de control social y la de fomento nacional¹¹.

Las libertades de expresión y de imprenta aparecen recogidas en el artículo 371, que establece que «todos los españoles tienen libertad de escribir, imprimir y publicar sus ideas políticas». La unión entre educación y libertad de expresión no debe sorprender, pues no resulta en absoluto casual. La relación simbiótica que se produce entre ambas supone un presupuesto esencial para el liberalismo español del ocho-

cientos, para quien únicamente podrá aclararse el sombrío panorama cultural española a través de una verdadera libertad de imprenta.

Pero esta íntima conexión entre instrucción y libertad no es nueva, pues bebe ya de las fuentes de nuestra Ilustración española. En las *Bases para la formación de un plan general de Instrucción Pública*, Jovellanos subrayaba el hecho de «que la libertad de opinar, escribir e imprimir se debe mirar como absolutamente necesaria para el progreso de las ciencias y para la instrucción de las naciones»¹².

El mismo Agustín de Argüelles se pronunciaba rotundamente de esta misma forma en el ya mencionado título preliminar del magno texto constitucional gaditano, subrayando con evidente optimismo que «nada contribuye más directamente a la ilustración y adelantamiento general de las naciones y a la conservación de su independencia que la libertad de publicar todas las ideas y pensamientos que puedan ser útiles y beneficiosos a los súbditos de un Estado»¹³.

No obstante dicho artículo concluye asegurando que pese a que tales libertades se podrán ejercer sin licencia ni aprobación alguna anterior a su efectiva publicación, deberán en cualquier caso adecuarse a «las restricciones y responsabilidades que establezcan las leyes». Con ello el articulado parece imponer un discutible sistema represivo a posteriori, que no se trata como bien señala Antonio Torres del Moral «de un régimen de censura previa, sino de enjuiciamiento posterior de los hechos delictivos que pudieran cometerse con ocasión de su ejercicio»¹⁴.

Por todo lo anterior, dicha libertad de imprenta aparecía ciertamente muy oscurecida por la propia realidad, pues podía quedar en simple papel mojado si no se arbitraban paralelamente a su reconocimiento las garantías procesales y de seguridad necesarias. Los propios diputados a Cortes eran plenamente conscientes de ello, como el mismo Isidoro de Antillón, diputado por Aragón, se encargó de reconocer con preocupación a su amigo Manuel José Quintana: «será difícil que corra la pluma con franqueza, que la verdad se divulgue... si el escritor no queda bajo la salvaguarda de la leyes y si un general, cuyo orgullo ha herido con su noble atrevimiento, puede encerrarle impunemente bajo la llave de una fortaleza»¹⁵.

9. Para la elaboración de este trabajo he seguido la compilación de textos constitucionales de Miguel Ángel GONZÁLEZ MUÑIZ (1978), *Constituciones, Cortes y elecciones españolas. Historia y anécdota (1810-1936)*, Madrid & Gijón, Ediciones Júcar. La Constitución gaditana aparece recogida en pp. 21-53.

10. María Rosa DOMÍNGUEZ CABREJAS (1999), *La enseñanza de las primeras letras en Aragón (1677-1812)*, Zaragoza, Mira editores, p. 7.

11. Sobre la utilización de la instrucción secundaria como un triple instrumento de fomento nacional, de selección y de control social véase Guillermo VICENTE Y GUERRERO (2010), «Las Cortes de Cádiz y el nacimiento de la moderna enseñanza secundaria en España», *Laberintos*, 21 (junio), p. 56.

12. JOVELLANOS, ob. cit., p. 275.

13. ARGÜELLES, ob. cit., p. 125.

14. Antonio TORRES DEL MORAL (1991), *Constitucionalismo histórico español*, Madrid, Átomo Ediciones, p. 42.

15. Isidoro de ANTILLÓN (1811), *Carta de un aragonés residente en Mallorca a su amigo D. M. J. Q. establecido en Cádiz sobre la necesidad de asegurar con leyes eficaces la libertad del ciudadano contra los atropellos de la fuerza armada*, Palma de Mallorca, 15 de marzo de 1811, p. 4.



Manuel José Quintana



Isidoro de Antillón

Volviendo al articulado de la Constitución gaditana, también puede señalarse que en el título II, capítulo IV, titulado *De los ciudadanos españoles*, el artículo 25 señala que entre las causas de suspensión del ejercicio de los derechos como ciudadano español se encuentra el «no saber leer y escribir» (cláusula de aplicación limitada a aquellos que se incorporen al ejercicio de tales derechos a partir de 1830). La simple función instructiva, que resulta algo intrínseco a todo fenómeno educativo, aparece por primera vez en la historia de España emparentada con la función selectiva.

Dicha relación simbiótica entre instrucción y selección es sin duda trascendente, pues está abriendo ya la posibilidad de una futura elección no solo individual sino también de clases sociales. Esta visión irá ciertamente unida a la percepción, generalizada sin duda entre nuestro moderantismo decimonónico, de la exclusividad del acceso al juego político por parte de los naturalmente mejor preparados, de la doble concepción, en suma, del ejercicio de los derechos políticos como un derecho y, a la vez, como un inexcusable deber.

Y los sujetos mejor preparados obvia decir que, en la construcción doctrinaria, serán siempre los propietarios, cuya reserva del poder político pasará a convertirse, con el tiempo, en un principio fundamental del nuevo sistema político pretendidamente liberal que se pretende crear. Instrucción y propiedad serán pues los dos criterios básicos que delimitarán a los sujetos mejor capacitados y más interesados en las mejoras generales de la nación. En este sentido, uno de los principales ideólogos del moderantismo español, el aragonés Alejandro Oliván¹⁶, afirmará sin ambages que el principal vicio de la Constitución de 1812 «consiste en no haber establecido la propiedad como base de las elecciones... El que tiene que perder, mira con cuidado a quién elige para que le represente... porque en la mejora general encuentra la suya propia»¹⁷.

EL PROYECTO DE DECRETO DE ARREGLO GENERAL DE LA ENSEÑANZA PÚBLICA, DE 7 DE MARZO DE 1814

El 19 de marzo de 1812, día de San José, el pueblo español celebra por fin su primera constitución. Las Cortes llevan a cabo su última sesión, la de clausura, el 14 de septiembre de 1813. Precisamente unos pocos días antes se presentaba el *Informe de la Junta creada por la Regencia para proponer los medios de proceder al arreglo de los diversos ramos de la Instrucción pública*¹⁸. Lleva fecha de 3 de septiembre de 1813, y aparece rubricado por importantes diputados del hemiciclo como Eugenio de Tapia, José Vargas y Ponce, Martín González de Navas, Ramón Gil de la Cuadra, Diego Clemencín y Manuel José Quintana, quien además ejerció como redactor principal del documento.

Dicho informe elaboraba los fundamentos legales de unos novedosos estudios llamados de *segunda enseñanza*. En este documento se especifica la necesidad de levantar unos nuevos centros de instrucción, a los que denominará *universidades de provincia*. También recoge ya las dos tendencias que a lo largo de todo el siglo XIX dotarán de significado a los estudios intermedios en España: la función propedéutica o preparatoria para posteriores estudios universitarios y la función terminal, que entenderá la instrucción secundaria como un fin en sí mismo, como un medio socializador que permita a los individuos integrarse en la nueva sociedad burguesa del ochocientos.

La importancia mayor de este informe es, no obstante, que ofrece toda una serie de principios generales que serán

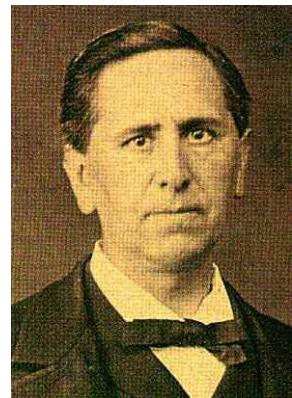
16. Sobre el ideario político de Oliván y sus principales aportaciones véase Guillermo VICENTE Y GUERRERO (2003), *El pensamiento político-jurídico de Alejandro Oliván en los inicios del moderantismo (1820-1843)*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses.

17. Alejandro OLIVÁN (1835), «Vicios capitales de la Constitución de 1812», *La Abeja*, nº 357, Madrid, martes 21 de abril de 1835.

18. Manuel José QUINTANA (1946), *Informe para proponer los medios de proceder al arreglo de los diversos ramos de la instrucción pública*, en Manuel José QUINTANA, *Obras completas*, Madrid, Atlas, Biblioteca de Autores Españoles (BAE), pp. 175-191.



Alejandro Oliván



Braulio Foz

mayoritariamente adoptados por el *Proyecto de Decreto sobre el arreglo general de la enseñanza pública, de 7 de marzo de 1814*¹⁹. Este proyecto, que aparece firmado por los mismos redactores del informe anterior, fue leído en las Cortes gaditanas el 17 de abril de 1814, unos días antes del regreso del monarca Borbón, y puede considerarse sin duda la primera formulación sistemática y general de la política educativa del liberalismo español.

En primer lugar ambos textos tienen como objetivo principal lograr la uniformidad, tanto en lo que respecta a los posibles métodos de enseñanza como, de forma muy especial, a los libros de texto a utilizar en los establecimientos docentes. Así, el artículo 2º del *Proyecto de Decreto* establece que «la enseñanza pública será uniforme», y como consecuencia de ello los dos artículos siguientes prescriben que «será uno mismo el método de enseñanza» (artículo 4º) y «serán igualmente unos mismos los libros elementales que destinan a la enseñanza pública» (artículo 5º).

Notable importancia adquieren las preferencias mostradas hacia la lengua castellana en relación al latín, en especial en lo referente a las enseñanzas primaria y secundaria, pues el *Informe* asegura que «la lengua nativa es el instrumento más fácil y más a propósito para comunicar uno sus ideas, para percibir las de los otros, para distinguirlas, determinarlas y compararlas». Por su parte el artículo 28 del *Proyecto de Decreto* recoge textualmente que «todos los ramos comprendidos en la segunda enseñanza, se estudiarán en lengua castellana, encargándose al gobierno que promueva eficazmente la publicación de obras elementales a propósito para la enseñanza de la juventud».

Unos pocos años más tarde, será un joven maestro aragonés de Humanidades, Braulio Foz, el que desde su puesto en Cantavieja como profesor de Retórica y Latinidad elaborará un interesante *Plan y método para la enseñanza de las*

letras humanas. En dicha obra subrayará de forma decidida la trascendencia de la enseñanza y estudio de la lengua castellana, a la que poéticamente llegará a calificar como un «estanque claro de una profundidad insondable, majestuoso, y cuyas olas risueñas hacen mil juegos encantadores»²⁰.

El gran humanista de Fórnoles asegurará con pleno convencimiento que «el castellano tiene toda la majestad del latín, y las gracias y flexibilidad del griego»²¹. Recién iniciado el Trienio Liberal, en el proyecto de construcción de un Estado nacional liberal, Braulio Foz será plenamente consciente de las connotaciones políticas, esencialmente unificadoras, que podían derivarse de la implantación de una lengua común para todos los españoles²².

En segundo lugar se subraya la importancia de la gratuidad como presupuesto irrenunciable para la enseñanza pública, y de forma muy especial de la primaria, que en la idea nacionalizadora de Quintana debe extenderse a todos los rincones de la monarquía española. Se enfatiza la existencia de toda una serie de «conocimientos que, siendo necesarios a todos, deben ser comunes a todos; y por consiguiente hay una obligación en el Estado de no negarlo a ninguno, pues que los exige a todos para admitirlos al ejercicio de los derechos ciudadanos». El artículo 5º del *Proyecto de Decreto* establece por su parte que «la enseñanza pública será gratuita», aclarando de forma inequívoca en su artículo 1º que «toda enseñanza costeada por el Estado será pública».

En tercer término tanto el *Informe* como el *Proyecto de Decreto* subsiguiente giran en torno al sacro valor jurídico de la libertad, que de nuevo empapa todos los renglones de ambos textos. Así, se afirma en el *Informe* que «no pudiendo el Estado poner a cada ciudadano un maestro de su confianza, debe dejar a cada ciudadano su justa y necesaria libertad de elegirlo por sí mismo. Así las escuelas

19. Proyecto de Decreto sobre el arreglo general de la enseñanza pública, de 7 de marzo de 1814, en: *Historia de la Educación Española, tomo II: De las Cortes de Cádiz a la revolución de 1868*, Madrid, Ministerio de Educación, pp. 382-401.

20. Braulio Foz (1820), *Plan y método para la enseñanza de las letras humanas*, Valencia, Imprenta de Muñoz y compañía, p. 73. Existe reedición facsímil: Universidad de Zaragoza, 1991.

21. *Ibídem*.

22. Sobre el particular me remito a mi reciente estudio: Guillermo VICENTE Y GUERRERO (2008), *Las ideas jurídicas de Braulio Foz y su proyección política en la construcción del Estado liberal español*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza & Rolde de Estudios Aragoneses.



particulares suplirán en muchos parajes la falta de escuelas pública, y la instrucción ganará en extensión y perfección». En el *Proyecto de Decreto* la enseñanza privada queda de este modo fortalecida, pues como recoge el artículo 6º «quedará absolutamente libre, sin ejercer sobre ella el Gobierno otra autoridad que la necesaria para hacer observar las reglas de buena policía, establecidas en otras profesiones igualmente libres».

Ambos textos se muestran pues favorables a la libertad de enseñanza, lo que posibilitará que el ejercicio de la instrucción privada sea absolutamente libre, en muy buena medida porque los graves problemas económicos en los que se encontraba sumida la nación aconsejaban que la Iglesia católica continuara haciéndose cargo, en la mayor parte de las ocasiones, de las enseñanzas primaria y secundaria. Dichos textos forman parte de esa cultura política que se manifiesta a lo largo de los diversos debates parlamentarios que tienen lugar en la Isla de León, y deben entenderse bajo unos parámetros eminentemente religiosos. El propio texto gaditano es excluyentemente confesional, pues como señala Portillo Valdés «es constante y patente la asunción de un código esencial católico que delimita el alcance y determina el funcionamiento otorgados a la idea de libertad»²³.

En cuarto lugar destaca poderosamente el carácter de universalidad de las nuevas enseñanzas, entendida aquella en un doble sentido: a todos los individuos y a todos los saberes. Importante es sin duda esta ampliación de las materias objeto de estudio, que el propio *Informe* justifica al asegurar

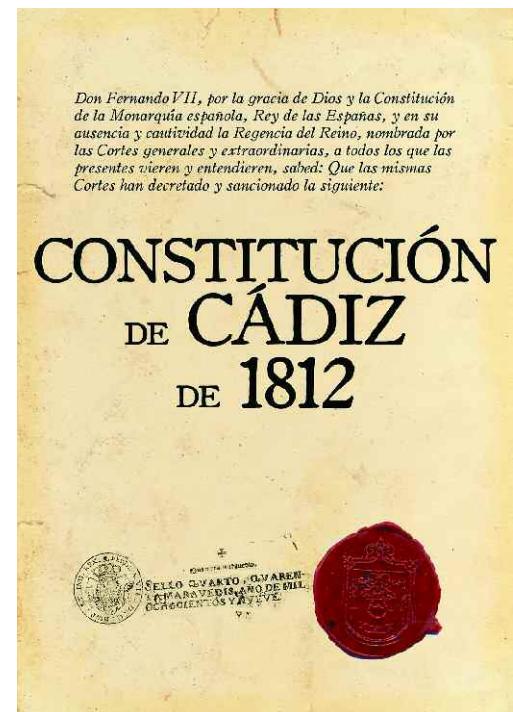
que la instrucción debe extenderse «en sus grados diversos, abarcar el sistema entero de los conocimientos humanos, y asegurar a los hombres en todas las edades de la vida la facilidad de conservar sus conocimientos o de adquirir otros nuevos».

En quinto y último término ambos textos subrayan la división de la instrucción en tres niveles educativos con entidad propia: la enseñanza primaria, la segunda enseñanza y la enseñanza superior. Junto a la importancia que reviste para la interiorización del nuevo sistema implantado la impartición de una nueva disciplina llamada *Constitución*, dichos textos enfatizan la importancia que para la segunda enseñanza debe jugar el establecimiento de las matemáticas puras, pues llega incluso a destacarse su posible papel como una especie de *lógica práctica universal*.

El *Proyecto de Decreto*, en su artículo 20, caracteriza a las enseñanzas intermedias con un doble objeto propedéutico («preparación para dedicarse después a otros estudios más profundos») y terminal («constituyen la civilización general de una nación»). Por su parte, en el artículo 21 se subraya que «la segunda enseñanza se proporcionará en establecimientos a que se dará el nombre de Universidades de provincia». Las materias a abordar por la enseñanza secundaria se reúnen en el artículo 23 del *Proyecto de Decreto* en torno a tres núcleos de conocimientos: teórico-aplicados: Literatura y Artes; Ciencias Morales y Políticas; y Matemáticas y Física.

Especial interés parece revestir la nueva macroárea de Ciencias Morales y Políticas, pues posibilita la introducción

23. José María PORTILLO VALDÉS (2000), *Revolución de nación. Orígenes de la cultura constitucional en España (1780-1812)*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, p. 443.



de una materia absolutamente esencial en el proceso de nacionalización y aceptación de los nuevos valores directores del recién implantado sistema parlamentario: la enseñanza del Derecho político y constitucional, iniciando así una práctica que posteriormente, ya en el Trienio Liberal, se extenderá a la enseñanza superior con el establecimiento de las llamadas cátedras extraordinarias de *Constitución*. Al calor de esta innovadora macroárea se cuece también la erección de cátedras de Economía política y estadística y, en especial, de cátedras de Moral y Derecho natural, en este último caso por el pujante influjo que, en buena parte de Europa, ejercía ya el iusnaturalismo racionalista²⁴.

En definitiva, los principios generales que caracterizan tanto al *Informe de la Junta* como al ulterior *Proyecto de Decreto sobre el arreglo general de la enseñanza pública* pueden resumirse en los postulados de la uniformización y de la universalidad de las enseñanzas. Estos dos presupuestos resultan básicos, pues parecen responder, siguiendo a José Luis Abellán, a «esa necesidad de unificar la conciencia pública de los españoles mediante la puesta en práctica de un proceso de educación nacional»²⁵.

El regreso a España del monarca Borbón tras su dorado cautiverio en Valençay supuso, en la práctica, la vuelta al sistema absolutista anterior a 1808. El *Decreto de 4 de mayo de 1814* declaró nula y de ningún valor ni efecto toda la obra

legislativa de las Cortes de Cádiz. Ello llevó, en al ámbito de la instrucción, a la vuelta al llamado *Plan Caballero de 1807*²⁶, en el que se preveía, en relación con las enseñanzas medias, la implantación de los estudios de *Gramática latina* y de *Lenguas* (latinidad y retórica) durante unos tres o cuatro años, hasta la entrada en la Facultad de Filosofía donde, a lo largo de tres años, se cursarían distintas asignaturas para lograr el título de bachiller.

Dicho plan, caracterizado por Viñao Frago como «una mezcla de elementos ilustrados... dentro de un tono general conservador»²⁷, encontró los lógicos problemas que su aplicación podía conllevar en un período marcado por una tremenda crisis económica de posguerra. A ello debió unirse tanto el ataque frontal de aquellas universidades que habían sido suprimidas precisamente al calor de dicho plan de estudios²⁸, como la oposición generalizada que encontró el establecimiento de algunas disciplinas y autores como Adam Smith o Juan Bautista Say, por lo que finalmente por *Real Decreto de 27 de octubre de 1818* se acabó imponiendo la vuelta al plan de 1771. La reimplantación de lo que en tiempos de Carlos III significó un importante progreso, medio siglo más tarde revelaba las incapacidades del absolutismo para encarar un grave problema, el de la instrucción, que se mantendrá ya con una inquietante constancia a lo largo de toda nuestra edad contemporánea.

24. Sobre la influencia que ejerce el iusnaturalismo racionalista en Aragón véase: Guillermo VICENTE Y GUERRERO (2009), «Iniciales vías de penetración del iusnaturalismo en Aragón», en: Carmelo ROMERO y Alberto SABIO (coords.), *Universo de micromundos*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, pp. 235-248.

25. José Luis ABELLÁN (1984), *Historia crítica del pensamiento español, tomo IV: Liberalismo y romanticismo (1808-1874)*, Madrid, Espasa-Calpe, Madrid, pp. 198-199.

26. Sobre el particular véase: Antonio ÁLVAREZ DE MORALES (1971), *La Ilustración y la reforma de la Universidad en la España del siglo XVIII*, Madrid, Instituto de Estudios Administrativos, pp. 185-201.

27. VIÑAO FRAGO, ob. cit., p. 208.

28. En concreto las Universidades menores suprimidas fueron las de Almagro, Ávila, Baeza, Gandía, Irache, Oñate, Orihuela, Osma, Osuna, Sigüenza y Toledo. El criterio utilizado para su elección fue estrictamente económico, señalando aquellas universidades que carecían de las rentas necesarias para su financiación.

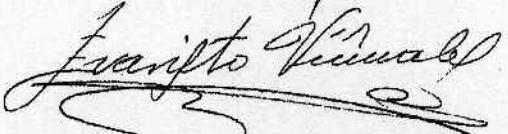
EVARISTO VIÑUALES LARROY

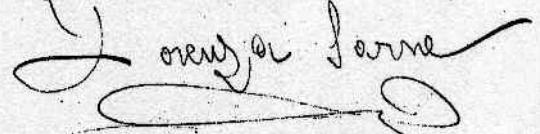


_RAÚL MATEO OTAL
Historiador

Y LORENZA SARSA HERNÁNDEZ

Historia de amor
y revolución
de dos maestros
oscenses

Huesca 2 de Septiembre de 1929


Huesca 2 de Febrero 1929


Firmas de Lorenza Sarsa y Evaristo Viñuales de sus expedientes académicos en 1929 y 1931

Evaristo Viñuales nació en localidad monegrina de Lagunarrota (Huesca) el 22 de junio de 1912; era hijo de una familia de firmes covicciones religiosas formada por los oscenses, Evaristo Viñuales Escartín (natural de Huerto) y Asunción Larroy Regales (natural de Alcolea de Cinca). De sus abuelos paternos, Orenco Viñuales y Pilar Escartín, sabemos que residieron en la última década del siglo XIX en el pueblo de Laluez. Tanto el padre de Evaristo, como su tía Gregoria, cursaron los estudios de magisterio en la Escuela Normal de Huesca. Su progenitor se ganaba pues la vida ejerciendo de maestro rural, oficio con el que recorrió la provincia altoaragonesa con distantes y dispares destinos que tan pronto lo llevaban de los llanos monegrinos a las sierras pirenaicas. Era la época en que corría de boca en boca el popular dicho de: *pasas más hambre que un maestro de escuela*; don Evaristo fallecería relativamente joven el 15 de agosto de 1928 en Santa Cruz de la Serós, el último lugar en que ejerció su magisterio, tenía 45 años. Sólo unos meses antes de la defunción paterna, su hijo Evaristo que había seguido los estudios primarios en la escuela rural de su padre y que había cursado el bachillerato en el seminario de Jaca influido por la religiosidad familiar, con 15 años de edad presentaba el 27 de abril de 1928 una instancia ante el Director de la Escuela Normal de Maestros de Huesca; su intención no era otra que presentarse a los exámenes de junio y poder aprobar su ingreso con el fin de cursar la carrera de Magisterio, siguiendo así los pasos de su difunto padre y la tradición familiar de dedicarse a la enseñanza.

Instalado en la capital, en 1929 residía en la calle Santiago núm. 5, 3º derecha, junto al Ayuntamiento oscense. Las estrecheces económicas que suponía semejante cambio desde la alta montaña al centro de la capital, le obligaron a finales de diciembre de 1928 a solicitar a la Dirección General de Primera Enseñanza -con objeto de continuar sus estudios y poder costear el segundo curso en la Escuela Normal-, el auxilio de 1.000 pesetas que recientemente se había concedido a los huérfanos del Magisterio como era su caso.

En estos años como estudiante, además de completar su formación académica, dos hechos marcarían su breve e intenso futuro a lo largo de la siguiente década. El primero fue llegar a conocer al maestro, compañero y amigo, Ramón Acín, pasando a formar parte así de la generación de obreros

manuales e intelectuales influída por el artista, pedagógico y militante anarquista fundador de la CNT altoaragonesa (generación formada entre otros por los maestros libertarios, Francisco Ponzán Vidal, Emilio Loriente Vidosa, Alfredo Atarés Gracia, etc., todos ellos de trágico final). De hecho estaba afiliado al Sindicato de Profesiones Liberales de la CNT desde el 1 de noviembre de 1930, medio año antes de la mismísima proclamación de la II República tras el triunfo de las candidaturas republicanas urbanas en las elecciones municipales del 12 de abril de 1931; el segundo hecho que marcaría su vida, poder conocer igualmente a su futura compañera y madre de su única hija, Lorenza Sarsa Hernández, con la que coincidió algún curso en la Normal. El 5 de octubre de 1931 había terminado los estudios correspondientes a la carrera de Magisterio de Primera Enseñanza y solicitaba el pertinente certificado de estudios.

Su primer destino le llevó a la localidad de Berbegal, pueblo de grato recuerdo para él y para sus alumnos y de donde se conserva una imagen del grupo escolar con Evaristo al frente. La comodidad que suponía contar con un sueldo anual seguro de 3.000 pesetas, en una etapa, la republicana, en la que se intentó universalizar y elevar la calidad de la enseñanza y el nivel de vida de los docentes, objetivos que no se llegaron a desarrollar, no impidió que Evaristo fiel a las enseñanzas de su maestro Acín, desarrollase un compromiso y una acción militante revolucionaria que le llevaron sucesivamente a la cárcel y a los tribunales a lo largo de los años republicanos. En Berbegal Evaristo coincidió con otra joven maestra, algo mayor que él, a la que ya conocía de sus años de estudiante en la Escuela Normal. Lorenza Sarsa Hernández había nacido en Huesca el 20 de noviembre de 1907, era hija de José Sarsa (natural de Bolea) y de María Cruz Hernández (natural de Huérrios) y se había educado en el colegio de Santa Ana. Ella provenía de una familia bien situada económicamente, su padre era un importante tratante de caballerías al que Lorenza ayudaba con las cuentas. Su inquietud intelectual le había llevado primeramente a iniciar los estudios de medicina en Madrid, pero unas graves fiebres le obligaron a regresar desde la capital de reino a Huesca; su severo padre le prohibió continuar sus estudios alejada de la familia. La alternativa local que se le ofreció fue entonces ingresar en la Escuela Normal de Huesca, donde

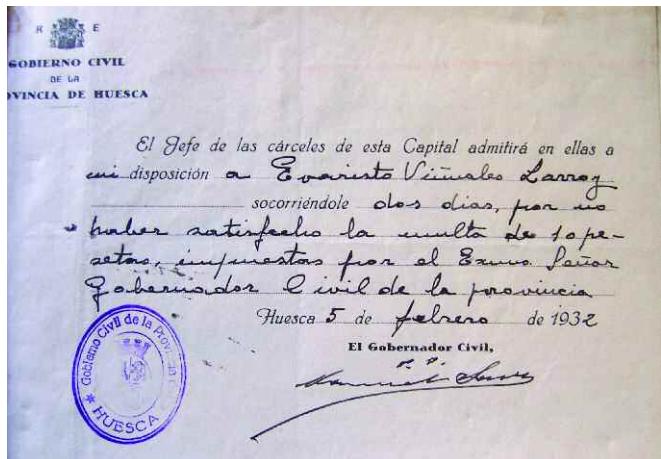


Alumnos y alumnas de la Escuela Normal de Huesca en el Casino hacia 1930; de pie a la izquierda Francisco Ponzán, segundo izqd. sentado con cigarro, Evaristo Viñuales, en segunda fila izquierda Lorenza Sarsa

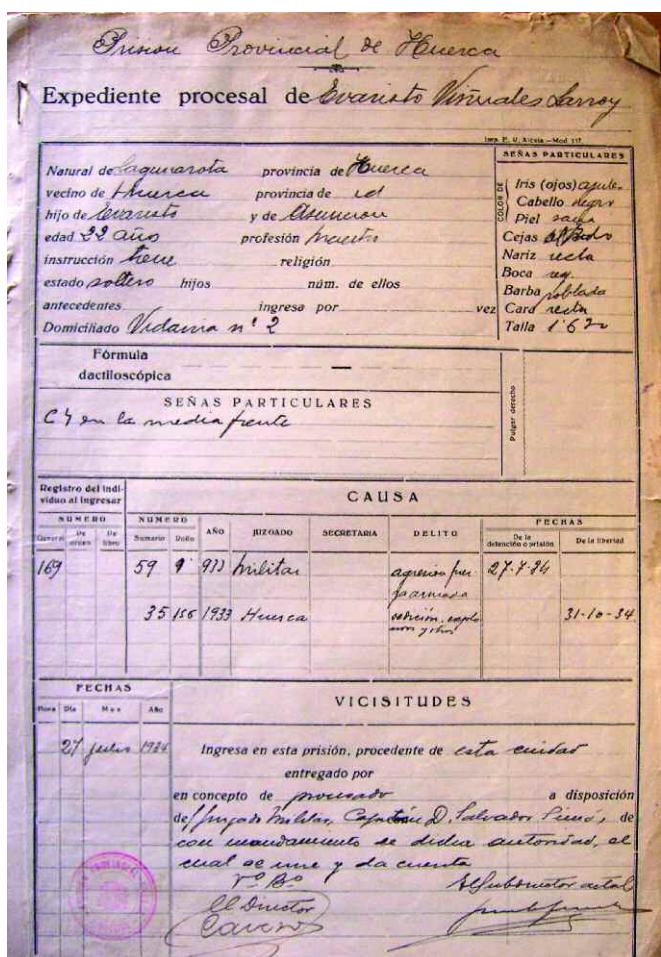
recibió la influencia directa del maestro Ramón Acín y conoció al resto de avanzados discípulos, Ponzán y Viñuales entre otros, con quienes compartiría amistad y militancia. Su actitud ante la vida, moderna para la época, le harían inclinarse hacia el compromiso con los más necesitados. De su etapa madrileña perduraba una relación sentimental con un joven conde de la nobleza española, relación que se vería definitivamente truncada con la reaparición en su vida del dinámico Evaristo Viñuales; persona alegre, buen jugador de fútbol y bailador de tangos y además como ella activista comprometido con los más desheredados de la sociedad. Tras un tiempo como maestra en la aldea pirenaica de Castañesa, se produjo el reencuentro de ambos en Berbegal. La afinidad y la atracción mutua que sentían precipitó los acontecimientos personales y decidieron formalizar su relación. Lorenza, sin más preámbulos se encaminó a Huesca para comunicar a su padre la intención de compartir su vida con Evaristo, el cual por aquel entonces era ya un conocido activista anarquista oscense; la respuesta paterna no fue otra que oponerse rotundamente a la relación. Ante la disyuntiva de tener que elegir entre seguir las directrices de la familia y las de su corazón, ella decidió regresar a Berbegal y pedirle a Evaristo el poder convivir juntos, la pareja de hecho quedó formalizada y ya no se separaría salvo por los avatares de la cárcel y la guerra hasta 1939. A pesar de la oposición del padre, Lorenza no dejaría de recibir las visitas familiares de su hermana y de su madre en Berbegal. Ella, que hasta entonces

había tenido una vida dorada en la capital, chocó de brúces con la realidad del pueblo llano y tuvo la ocasión de conocer directamente la pobreza en que estaba sumida la población campesina de la España republicana. No era suficiente con ejercer su vocación de maestra, había que alimentar las mentes, pero también el cuerpo; para ello organizó un comedor popular de asistencia a los más necesitados, cada alumna aportaba un puñado de judías y ella ponía el tocino, con lo que el plato fuerte del día estaba asegurado al cocinarse en la estufa de la escuela mientras ejercía su actividad docente. Pero para lo que se sentía impotente era por no poder impedir la visión cotidiana de que todos los días se formasen largas colas de jornaleros en el pueblo que se acercaban desde todo el contorno para conseguir algún jornal para poder sobrevivir.

Evaristo como varias decenas de anarquistas oscenses por aquel entonces, era bien conocido y estaba perfectamente fichado por la policía; esta lo identificaba y describía del siguiente modo: con una cicatriz en mitad de la frente, ojos azules, pelo negro, piel sana, cejas al pelo, nariz y cara recta, boca regular, barba poblada y 1'69 de talla. Pronto complementaría su carrera académica con la del necesario aprendizaje de la cárcel para todo buen revolucionario de la época. Estrenó su carrera carcelaria el 5 y 6 de febrero de 1932, ya que con diecinueve años ingresó por primera vez en la Prisión provincial de Huesca para cumplir un arresto de



Documento de su primer encarcelamiento, 5 de febrero de 1932



Portada del expediente procesal de Evaristo Viñuales en su detención del 27 de abril de 1934

dos días de cárcel; su delito, negarse a pagar una multa de 10 pesetas impuesta por el Gobernador Civil. En enero de 1933 escribía un artículo para el periódico de la Federación Anarquista Ibérica editado en Barcelona, *Tierra y Libertad*. Un año después de su primera entrada en prisión, fue uno de los catorce detenidos por la Huelga General de tres días desencadenada en Huesca entre el 8 al 10 de abril de 1933; el conflicto se desencadenó al prohibir el Gobernador la celebración de una asamblea de la CNT que tenía que celebrarse en el hoy ya desaparecido Teatro Principal de la capital oscense la tarde anterior del viernes. Evaristo ingresó al día siguiente de declarada la huelga y fue encarcelado por no pagar una multa de 250 pesetas, junto a su amigo el también maestro Francisco Ponzán y el alfarero Santiago Fraile; fue también acusado a raíz de este conflicto de sedición, tenencia de explosivos y actos de sabotaje por el sumario 35/1933; su causa iba unida al expediente de los huelguistas también detenidos, I. Castán, M. Mavilla, A. Blasco y J. Boira que fueron multados con 500 pesetas; el 8 de junio continuaba encarcelado y fue: *recluido en celda de aislamiento por haber tomado parte activa y muy significada en una rebeldía colectiva de la población reclusa*, pero el día 14 de ese mes salía en libertad. No tardó en reingresar en la prisión, en la que estuvo nuevamente tres días entre el 27 al 30 de noviembre de 1933. Nos acercamos a la insurrección de diciembre de 1933 que pretendía derrocar al gobierno republicano de derechas que había ganado las elecciones de noviembre, proclamando el Comunismo Libertario. Siguiendo los acuerdos de la organización confederal, se sumó al movimiento subversivo y fue acusado de participar junto a los vecinos de Albero Alto, Vicente Betored Adé, Pedro Ciria Mendoza, Santos Lanaja Expósito y el maestro Alfredo Atarés en el intento de asalto del cuartel de la Guardia Civil de Novales. El 21 de abril de 1934 tenía lugar en Huesca el juicio contra todos ellos acusados en el sumario 69/1934 por el delito de conspiración a la sedición, siendo Evaristo igualmente juzgado en rebeldía, la inconsistencia de las acusaciones obligó a la fiscalía a retirar los cargos y fueron todos puestos en libertad al ser absueltos. Sin embargo Evaristo evitó la detención una vez fracasada la insurrección refugiándose junto a Lorenza en Barcelona. A pesar de su fuga, fue finalmente detenido el 27 de julio de 1934, contaba con veintidós años, y fue encausado por el sumario 59/1933 de lo militar; se le acusaba de agresión a fuerza armada, sedición y tenencia de explosivos, obteniendo la libertad provisional el 31 de octubre de 1934. En estos agitados meses de 1934 y tras pasar su niñez en las tranquilas estribaciones de la Sierra de san Juan de la Peña, estuvo domiciliado en la calle Vidania número 2, sita entre el bullicioso Coso Alto y la animada plaza del Mercado, junto a la iglesia de san Pedro el Viejo, en pleno casco histórico de la capital oscense. Pocos meses después el 6 de marzo de 1935, fue sometido junto a Gregorio Villacampa a consejo de guerra, siendo condenado a dos años de prisión menor, por

lo que fue recluido en el Departamento núm. 2 entre los días 13 al 17 en que se le ratificó un castigo, por protestar violentamente contra el régimen penitenciario; el 16 de abril de 1935 era conducido a cumplir la pena a la prisión conocida como, Escuela de Reforma de Alcalá de Henares en Madrid.

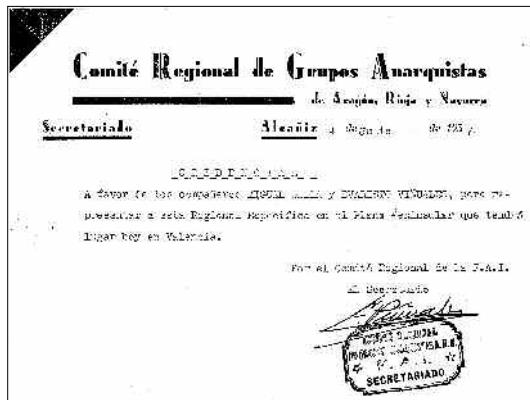
Tras el triunfo del Frente Popular en las elecciones de febrero de 1936 se trasladó a Barcelona donde ejerció su profesión de maestro en la escuela racionalista de "El Porvenir". Además colaboró en la fundación el 9 de abril de ese año de un semanario de teoría anarquista, el periódico en defensa de la revolución, *Más Lejos*. En el colaboraron los principales teóricos del anarquismo internacional del momento, su director fue Eusebio Carbó y escribieron además de Evaristo Viñuales, J. Peirats, F. Montseny, A. Pochs, Schapiro, E. Goldman y Balius entre muchos otros, a lo largo de los nueve números que se editaron hasta julio de 1936. En estos tranquilos meses, hizo que su madre y su hermana María se trasladasen desde Alcolea de Cinca a la capital catalana a convivir con ellos, ahora que Evaristo y Lorenza habían formalizado su unión al casarse civilmente en junio de 1936.

Producido el levantamiento de un importante sector del ejército español, Evaristo que desde el 19 de julio de 1936 ostentaba antigüedad de miliciano en su ficha militar, desempeñó un importante papel en el período bélico y revolucionario aragonés con una incesante actividad. Desde el uno de diciembre, tuvo en sus manos la gestión de la Consejería de Información y Propaganda en el segundo gobierno del Consejo de Aragón. Ese mismo mes consiguió la vuelta del maestro libertario de Albalate de Cinca, Félix Carrasquer Launed, que organizaría el interesante proyecto educativo conocido como la Escuela de Militantes Libertarios de Aragón y que con apoyo de la Federación Comarcal de Monzón se instaló en esa localidad del Cinca medio. Asistió como delegado al Pleno de Comarcas de la CNT en marzo de 1937, en el que se destacó junto a los también consejeros Miguel Chueca y Adolfo Arnal, por pedir al conjunto de la organización confederal mayor apoyo hacia la labor desarrollada por el Consejo Regional de Defensa de Aragón del que formaban parte junto al resto de organizaciones antifascistas aragonesas. Compartía la responsabilidad política como consejero, con la de secretario del Comité Regional de Grupos Anarquistas de Aragón Rioja y Navarra. Acudió como delegado junto al oscense Miguel Gella Pardo al Pleno Peninsular del 17 de julio de 1937 celebrado en Valencia según la credencial firmada por él mismo el día 4, noticia también recogida en el núm. 94 de la publicación *Nosotros*. El 24 de julio de 1937 escribía un artículo en la publicación de la CNT aragonesa *Cultura y Acción*, titulado: *El Consejo de Aragón y la sinrazón de los que lo atacan*; en el texto denuncia el acoso que sufre el Consejo y hace una encendida defensa del sentimiento aragonés y del campesinado que trabaja en la retaguardia y guárnece los frentes, el artículo señala a los

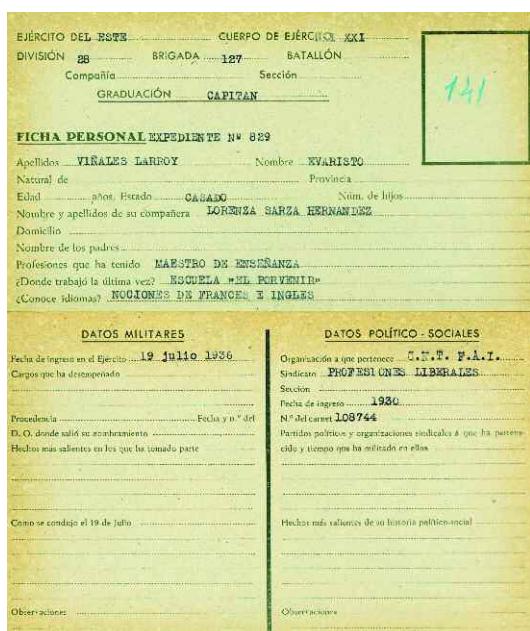


Grupo escolar de Berbegal (Huesca) con el maestro Evaristo Viñuales (1933)

responsables de esos ataques y sirve de alarma para unos acontecimientos que no tardarían en asolar al Aragón colectivista y libertario. El último párrafo dice: "Sin embargo, quiero creer que todo el mal estriba en lo siguiente: el Frente Popular –o en alguno de sus partidos– ataca al Consejo de Aragón porque no perdonará nunca que fuese la C.N.T. quien lo pariera. Tal es, en última instancia, nuestro pecado; y la condición de algunos es ser anticenetista mucho antes y muy por encima de antifascista". También escribió diversos artículos en la publicación *Titán*, el órgano de las Juventudes Libertarias de Aragón. El 9 de agosto de 1937 intervino como orador en el mitin organizado por la FAI en la plaza de toros de Alcañiz según informaba el núm. 119 de *Nosotros*. Dos días después, el 11 de agosto de 1937 como Secretario de la organización específica ácrata, firmaba una credencial avalando a la delegación de la FAI aragonesa que, compuesta por Manuel Espallargas, Santiago Puyal y X. Blanco, asistiría a un nuevo Pleno Peninsular. Pero el día anterior Juan Negrín firmaba otro trascendente documento, el del decreto gubernamental que autorizaba la disolución del Consejo de Aragón y la consecuente destrucción de las colectividades por parte de las divisiones republicanas a las órdenes del estalinista Enrique Líster y del nuevo gobernador general de Aragón José Ignacio Mantecón. La detención de medio millar de militantes anarquistas, así como la de algunos ugetistas revolucionarios aragoneses en agosto de 1937, y la ejecución de algunos de ellos, obligaron a Evaristo a huir hasta Híjar (Teruel) donde se asentaba la 25 División y luego a Callén (Huesca) para enrolarse finalmente en la 127 brigada mixta, antigua Columna Roja y Negra, donde se encontraba su gran amigo de Alcalá de Gurrea, Máximo Franco Caverio. Aquí continuó hasta el fin de los combates, primero como capitán de la compañía de municionamiento del Regimiento Rojo y Negro de la 28 División F. Ascaso del XXI Cuerpo de Ejército del Ejército del Este (cargo reconocido por el Gobierno republicano en 1938 con antigüedad de 31 de agosto de 1937) y finalmente como capitán del arma de Intendencia desde el 1 de abril de 1938.



Credencial de Evaristo Viñuales como delegado y Secretario de la Federación Anarquista Ibérica de Aragón, Rioja y Navarra, 4 de julio de 1937



Ficha militar de Evaristo Viñuales como capitán de la 127 Brigada Mixta de la 28 División Francisco Ascaso



Grupo de milicianos, de pie segundo izquierda. J. Mavilla, centro M. Franco, derecha E. Viñuales, resto desconocidos

Se aproximaba el fin de la contienda y la ruptura en dos de la España republicana no impidió que Evaristo y Lorenza en medio de toda la voragine que les rodeaba pudiesen reencontrarse, sería la última vez. En el verano de 1938 Lorenza, embarazada como estaba, se trasladó en barco hasta Valencia, sellando su unión con una definitiva despedida. Con la guerra ya perdida en el campo de batalla, Evaristo tuvo la responsabilidad de formar parte del Comité Nacional del Movimiento Libertario Español creado en Valencia 7-3-1939. Confirmada la derrota y acorralado junto a miles de combatientes republicanos, Evaristo se suicidó estrechando la mano izquierda de su amigo Máximo Franco, en la ratonera en que se convirtió el puerto de Alicante; la flota de barcos prometidos que los llevasen camino del exilio no llegó a atracar en el puerto. Su trágico final, no exento de grandeza, ha sido frecuentemente recordado por numerosos testigos supervivientes y escritores; este doble suicidio acaecido el 1 de abril de 1939, se convirtió en la última protesta de los altoaragoneses Máximo Franco y Evaristo Viñuales contra el fascismo. Pronto los vivos, encerrados y torturados en los campos de concentración franquistas enviarían a los mismos compañeros muertos.

A lo largo de estos intensos años de persecución y compromiso militante de Evaristo su compañera Lorenza Sarsa, disfrutó en pocas ocasiones de la tranquilidad necesaria para una armoniosa relación de pareja. En diciembre de 1933 tuvo que huir de Berbegal e instalarse en Barcelona. Allí ejerció de Directora de la Escuela Racionalista del barrio de Bonanova hasta 1939; y allí tuvo igualmente a su hija, Zeika Sonia Viñuales Sarsa, que vino al mundo el 22 de noviembre de 1933 en el domicilio de la calle Montaner 259, 5º de Barcelona. Dos meses después tras sobrevivir a los intensos bombardeos aéreos que sufrió la ciudad, cruzaban la frontera española hacia Francia, junto a varios cientos de miles de refugiados. Internadas en el campo de concentración de Vigan, estuvieron casi un año junto al resto de prisioneras, muchas de ellas obreras barcelonesas y prostitutas del barrio Chino; en la soledad del encierro, Lorenza recibió el duro golpe de la noticia de la muerte de Evaristo, tras leer la noticia se desmayó; su primo hermano Mariano Viñuales Fariña confirmaba el fatal desenlace a través de una carta. Enterado Ponzán de su situación son sacadas del campo y trasladadas a Toulouse y de allí a la localidad de Varilhes en plena ruta hacia Andorra. Se reunió con la maestra libertaria Pilar Ponzán y como tantas otras mujeres se integraron en la resistencia antinazi recibiendo ambas documentación y el apoyo suficiente para poder sobrevivir gracias a la clandestina Red de Resistencia creada por Paco Ponzán. La confianza en la familia Viñuales era tan grande, que la propia seguridad interna del Grupo Ponzán pasaba por enseñar como, *mot de passe*, la foto de niña de la hija de Lorenza y el desaparecido Evaristo. La fotografía de Zeika Viñuales servía pues como contraseña de seguridad para identificarse a todos los miembros de la clandestina red Ponzán. Lorenza sufrió como consecuencia de su actividad una detención de la Gestapo alemana pero en su traslado por la gendarmería del régimen de Vichi a la cárcel de san Miguel de Toulouse fue liberada en el camino. Poco tiempo después sería asesinado Paco Ponzán, ocurrió el 17 de agosto de 1944, la segunda Guerra Mundial tocaba a su fin, pero los nazis en su retirada de Toulouse lo ejecutaron junto a un numeroso grupo de resistentes presos. Lorenza como el resto de refugiados que habían arriesgado sus vidas en la lucha contra el nazismo aún recibiría otro duro golpe, tanto o más que el de la pérdida de Evaristo, los ejércitos aliados de EE.UU, Gran Bretaña y Francia se desentendían de su

compromiso con el pueblo español y abandonaban la idea de acabar con el régimen fascista del general Franco. Lorenza reharía su vida junto al escritor y periodista ácrata, Felipe Alaiz de Pablo (Belver de Cinca, 23 de mayo de 1887 / París 8 de abril de 1959), que hizo las veces de padre para Zeika. Compartiría así su exilio con Álaiz y en compañía de significados libertarios aragoneses como Ramón Liarte y Amparo Poch que tantas enseñanzas aportarían a Zeika. Lorenza falleció en exilio de Toulouse en 1982.

Asentado el franquismo en la sociedad española, Zeika, como habían hecho antes sus padres siguió luchando por su dignidad. Dignidad esta vez por recuperar su verdadero nombre que la dictadura había transformado de Zeika en Cecilia. Mientras Francia, su país de acogida el verdadero nombre de Zeika era reconocido sin problemas, tanto en la España franquista, como en la actual democracia le fue negado sistemáticamente. El país que le vio nacer le había usurpado su verdadera identidad atentando contra los derechos humanos de las personas.

En la tarde del 17 de abril de 2010 en un acto simbólico y cargado de emoción un grupo de familiares y amigos de los Viñuales-Sarsa trasladados desde Francia y desde Huesca, nos reunimos en el cementerio altoaragonés de Santa Cruz de la Serós. Allí, junto a la tumba del padre, abuelo y maestro, se depositó la arena recogida por Zeika en las playas de Alicante en recuerdo de su desaparecido padre Evaristo Viñuales y junto a ella se depositaron también las cenizas de su hija Zeika, fallecida como exiliada el 1 de agosto de 2009 en Toulouse. Una placa colocada por la familia con el texto: *Nuestros pensamientos son libres*, recuerda y homenajea a estos maestros libertarios oscenses y a su hija Zeika, ejemplo de sacrificio, honradez y abnegación en su lucha por conseguir un mundo nuevo sin injusticias ni desigualdades humanas.

Bibliografía y fuentes consultadas

Fuentes documentales: *El Diario de Huesca*, 11-IV-1933.- Expediente procesal, Archivo del Centro Penitenciario de Zuera (Zaragoza).- Expedientes de la Escuela Normal, N-186/2249, N-257/15 y N-316/1293, AHP-Huesca.- Libro de sentencias J-2596, AHP-Huesca.- PS Barcelona 830/24, PS Madrid 113/1201, 162 y 482(1), SM 956/141, SM 1020/509, SM 1630/76 y SM 1634/168, CDMH-Salamanca.

Fuentes orales: Testimonio de Zeika Viñuales Sarsa (Huesca, 27-10-2008).

Bibliografía general: Miguel ÍÑIGUEZ, *Enciclopedia histórica del anarquismo español*, (Vitoria, 2008), 1813.- Antón CASTRO, *El regreso de Zeika Viñuales*.- Pleno Peninsular de FAI, julio 1937. Fotografía de grupo.- Soriano, correo, 2007.- Zeika (su hija), carta de 2 de febrero de 2003 con partida de nacimiento y otros datos.- *Huesca-Info*, 4, semblanza, por O Crabero.- Miguel AMORÓS, *Biografías de los principales miembros y colaboradores de Los Amigos de Durruti* (Barcelona, 2002), 4.- J. CASANOVA, *Anarquismo y revolución...* (Madrid, 1985), 141, 142, 301.- *Consejo Nacional de Defensa*, 59.- C. DAMIANO, *La resistencia libertaria* (Barcelona, 1978), 34.- G. KELSEY, *Anarcosindicalismo y Estado en Aragón 1930-1938* (Madrid, 1994), 117, 212, 402, 424, 429.- LIARTE, *Ay de los vencedores* (Barcelona, 1985), 33-34.- César M. LORENZO, *Les anarchistes espagnols et le pouvoir 1868-1969* (París, 1969), 113, 122.- D. MARÍN, *Clandestinos* (Barcelona, 2002), 100.- J. M. AZPIROZ, *Poder político y conflictividad social en Huesca en la Segunda República* (Huesca, 1993), 110.- J. M. MOLINA, *El movimiento clandestino en España 1939-1949* (Méjico, 1976) 30, 78.- Antonio TÉLLEZ, *La red de evasión del grupo Ponzán* (Barcelona, 1996), 20 (foto), 21, 23, 24, 29, 32, 41-43, 64, 174, 272, 358, 359.- Pedro TORRALBA, *De Ayerbe a la «Roja y Negra»* (Barcelona, 1980), 64, 147, 149, 206 y prólogo de Téllez.



Evaristo Viñuales Larro



José Mavilla Villa, Máximo Franco Cavero y Evaristo Viñuales durante la guerra



Lorenza Sarsa y su hija Zeika Viñuales en el campo de concentración de Vigan (Francia), abril 1939



Zeika Viñuales con tres años, *mot de passe* de la Red Ponzán

Una extraña carta de José Antonio Labordeta

_ANTONIO PÉREZ LASHERAS
Profesor de Literatura

José Antonio Labordeta (Zaragoza, 1935-2010) ha sido un fiel seguidor de las actividades realizadas desde el Rolde de Estudios Aragoneses y ha participado en varias ocasiones en la revista (bien con originales, sobre todo poemas, bien con entrevistas). De hecho, estas colaboraciones, además de un conjunto de escritos sobre su persona y su obra, se reunirán en un próximo libro que será editado por REA a lo largo de 2011. Por si esto fuera poco, pertenecía al Comité de Honor de nuestra asociación y esta, como no podía ser de otra manera, le dedicó un merecido homenaje en 2008 con la publicación del libro *José Antonio Labordeta. Creación, compromiso y memoria*, coordinado por nuestro amigo, socio y desinteresado colaborador Javier Aguirre, que reúne un buen elenco de artículos sobre su obra (literaria, musical, periodística, política, televisiva) y su persona y que tuvo su momento apoteósico con la presentación del mismo que se realizó en el Teatro Principal de Zaragoza, el 26 de noviembre de ese año, con la presencia entrañable de muchos amigos (entre ellos, Ana Belén, Víctor Manuel, Miguel Ríos, Olga Viza, Pilar Bardem, Rosana, Pablo Guerrero, Luis Pastor, etcétera).

| En 1975. Foto de Sánchez Millán

Lo que supone (quiero hablar en presente) la figura y la obra de José Antonio Labordeta para todos los aragoneses (y sobre todo para los que tienen una especial sensibilidad hacia la identidad, la cultura y la historia de esta tierra) es algo difícil de describir en pocas palabras. Habría tantas definiciones como personas que se atrevieran a hacerlo. Los que tuvimos la suerte de conocerlo y de compartir con él muchos momentos, infinitas palabras y algunas discusiones, tendremos siempre en nuestra mente sus acertados consejos, sus frases reposadas, comedidas, sus ironías, su mirada melancólica, y también sus reacciones airadas, aunque muy escasas, su contundencia y, en ocasiones, su contumacia. Nunca buscaba el protagonismo, sino que se mantenía en un segundo plano, a pesar del peso específico que su sola figura tenía en cualquier reunión. Se le escuchaba con admiración y sus escasos comentarios eran seguidos con un silencio reverencial. Y es que era un tímido que vencía su timidez con una gran dosis de osadía, de valor casi ético, que le obligaba a hablar cuando consideraba que tenía que decir algo importante. Los comentarios somardas solía hacerlos en voz baja, casi al oído del tertuliano más cercano.

La figura de José Antonio Labordeta no se va desdibujando ni diluyendo con el paso de los días, sino que se está acrecentando y consolidando como un pétreo símbolo de Aragón a pasos agigantados. El recuerdo de los acontecimientos acaecidos tras su fallecimiento y el sentido homenaje que los aragoneses le rindieron en su despedida es ya un hito de nuestra historia reciente. Y esto debe hacernos reflexionar sobre una cuestión: ¿Por qué queremos a unas personas y otras nos resultan antipáticas? Se ha dicho ya, pero lo recojo yo aquí y ahora: si la medida del amor que tenemos por una persona se resume en las reacciones de la gente a la hora de la muerte, la desaparición de Labordeta ha supuesto todo un reto sociológico de difícil respuesta. A cuantos se preguntaba decían que, aun no compartiendo muchas de sus ideas, admiraban en él su integridad, su entereza, su campechanía, su cercanía, su decir sincero y sin falsedad, su amor por Aragón (que no era incompatible por su amor por España, por sus gentes, o por las gentes sencillas de cualquier lugar del mundo, viniesen de donde viniesen y pensaran lo que pensaran), su valentía por decir en todo

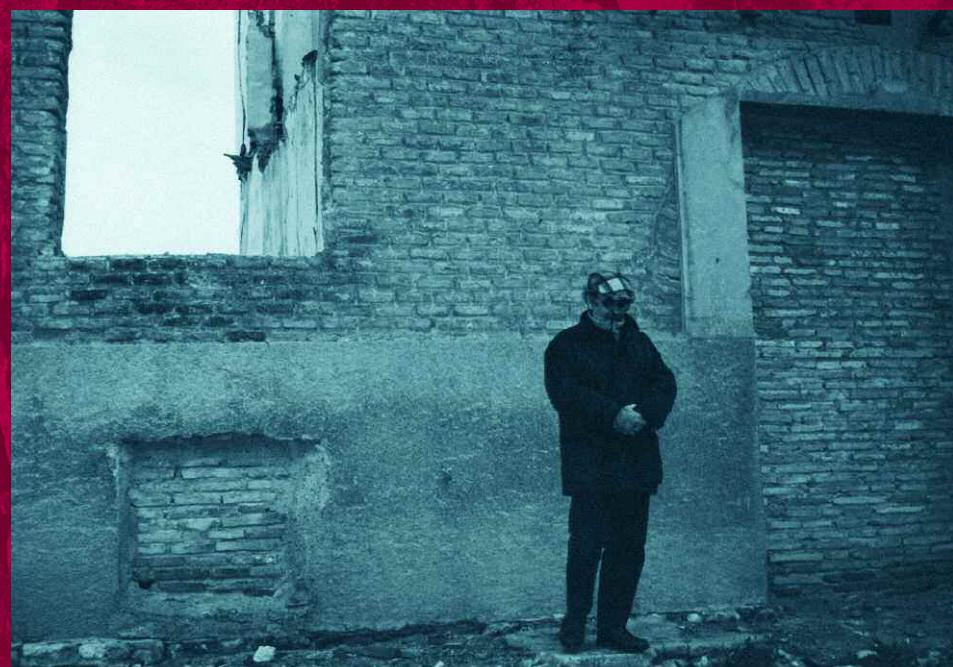
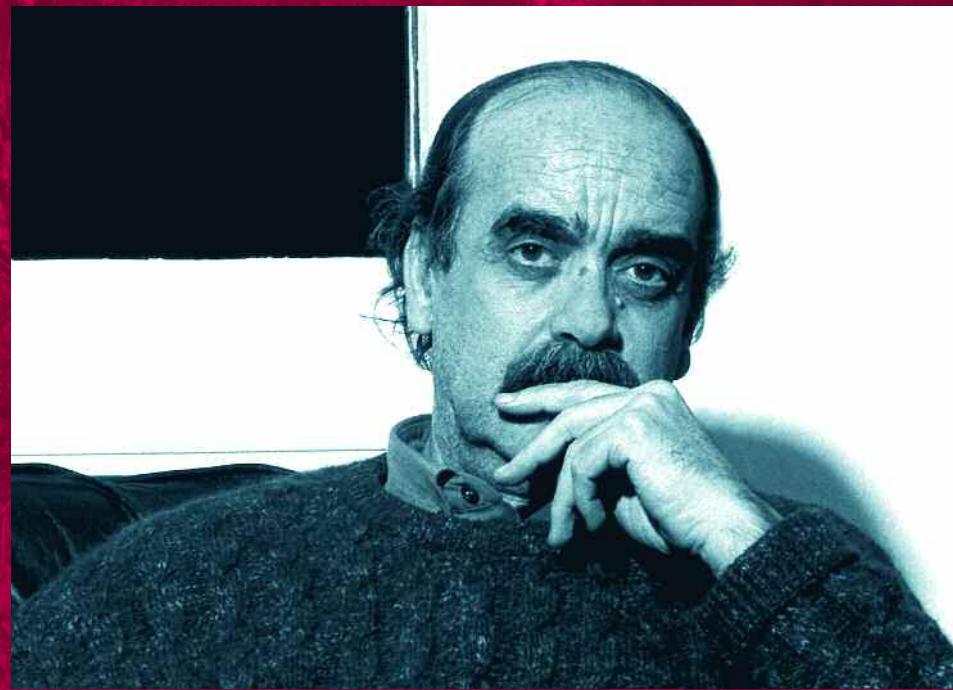
momento lo que pensaba (lo que sentía, porque el pensamiento era en ocasiones una cuestión visceral)... Por eso mucha gente concluía diciendo: «Ya no quedan gentes así».

Es decir, se le ha atribuido el carácter de ser único, pero a la vez, simbólico, lo que viene a ser algo parecido a lo que supone la imagen de lo que querríamos ser cada uno de nosotros, pero no podemos llegar a ser; lo que nos gustaría representar para los demás, pero no llegamos a conseguirlo. Es complicado analizar cómo una persona tan humilde, sencilla, directa, fue capaz de concitar tantos elogios de gentes tan diversas, de conectar de manera tan natural con otras personas, con la mayoría de ellas. Pero eso explica por qué no hay que ser el más inteligente, ni el más listo, ni el más guapo, ni el más... para ser querido y admirado por todo un pueblo. El asunto es otro. Como decía en un poema José Antonio Labordeta:

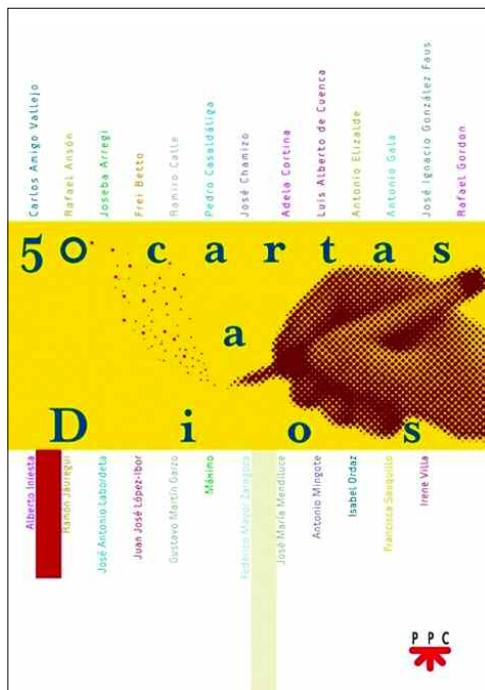
Todas las puertas
encontrarás abiertas
si dices la palabra que esperan
las gentes de estos campos,
de estas tristes aldeas y masías¹.

El problema es de comunicación: él sabía escuchar y que le escucharan, algo que pocos saben hacer ya, y decía las palabras justas, pero medidas, calibradas, de manera que siempre sonaban a verdad, expresaban verdad, decían verdad. Eran, por decirlo de otro modo, auténticas. Y esa autenticidad (que es, desde mi punto de vista, muy difícil de diferenciar de la propia verdad) es un no rechinar entre la vida y la obra, entre lo que piensas, lo que dices y lo que haces. Algo casi imposible de encontrar, pues se trata más de una cuestión ética que vital. Por eso, a él, a Labordeta, podían perdonársele actitudes que a otro no se le perdonarían, palabras que en otro resultarían ofensivas, salidas de tono que solo se explican desde una actitud, nunca desde un posicionamiento meditado y previo, pero nunca había en él ni odio ni resentimiento. Por eso, en varias encuestas, resultaba siempre el personaje con el que los aragoneses (pero no solo ellos, nosotros) se querían ir de cañas, dar una vuelta, pasear un rato. No en vano, José Antonio se definía a sí mismo como un caminante, un paseante sobre todo por las calles de su querida Zaragoza. José Luis Melero sabe

1. J. A. LABORDETA (1971), «Llamad con la palabra», en *Cantar y callar*, Zaragoza, Javalambre, col. Fuendetodos, s. p.



Arriba: José Antonio Labordeta, en 1984. Foto de Columna Villarroya | Abajo: foto más reciente, perteneciente al archivo de José Antonio Labordeta



Portada del libro *50 cartas a Dios*

mucho de esas calles, de sus lugares preferidos, de sus recorridos y de la lentitud de su andar: deteniéndose a cada paso para comentar algo con otro caminante, para escuchar una crítica, para «coger» un inesperado «capazo», para desear buen andar y un mejor vivir². La vida, a su lado, se reposaba, y las prisas eran enemigas del camino y el destino apenas importaba. Caminar para no saber adónde, caminar para hacer camino, caminar para recrear la amistad, para aminorar el tiempo, para distraer la muerte, para asustar los miedos.

Como homenaje de nuestra revista *Rolde*, quiero rescatar un texto de José Antonio Labordeta poco conocido (por no decir que desconocido, incluso por la gente más cercana al autor o los estudiosos de su obra). Se trata de un texto de encargo, publicado en un curioso libro titulado *50 cartas a Dios*, en 2005. Fue editado por PPC, con diseño de Juan Pedro Cantero Hellín y en él aparecen sendas cartas de Dolores Aleixandre, Carlos Amigo Vallejo, Rafael Ansón, Joseba Arregi, Mari Patxi Ayerra, Juan Bras, Frei Betto, Ramiro Calle, Lola Campos, Pedro Casaldáliga, José Chamizo, Adela Cortina, Luis Alberto de Cuenca, Carlos Díaz, José María Díez-Alegria, Antonio Elizalde, Abderrahman El Fathi, Antonio Gala, Isabel Gómez-Acebo, Lorenzo Gomis, José Ignacio González Faus, Rafael Gordon, Alberto Iniesta, Willigis Jäger, Ramón Jáuregui, Josefina, José Antonio Laborde, Luis de Lezama, Juan José López-Ibor, Lourdes, Gustavo Martín Garzo, Federico Mayor Zaragoza, Gabriel Antonio Mejía, José María Mendiluce, Antonio Mingote, M.M., Carmen Monske, Nando, N.V., Isabel Ordaz, Paloma Pedrero, Francisca Sauquillo, Ana María Schlüter, Kotaró Suzuki, Francesc Torralba, Martín Valmaseda, Irene Villa, Ignacio Yépes y Abba (José Luis Cortés). Los derechos de autor de la obra se destinaron a la Fundación Entreculturas. Consiste la misma, como dice la nota editorial, en una colección de cartas escritas por personas muy diversas: «Católicos, agnósticos, ateos, dos musulmanes y un budista, hasta un total de 50 personas, han participado en la elaboración de un libro, que según la editorial “recoge las preguntas, dudas, convicciones y esperanzas que vive el ser humano del siglo xxi ante la realidad siempre misteriosa de Dios”. Entre los personajes



2. José Luis MELERO (2010), «Labordeta y Zaragoza», en *La Magia de viajar por Aragón*, número especial dedicado a Labordeta, pp. 21-28.



Labordeta, caracterizado en Carambú

destacados que han colaborado con esta publicación se encuentran el cardenal Carlos Amigo, arzobispo de Sevilla; teólogos vinculados a la Teología de la Liberación como Frei Betto o José María Díez Alegría; filósofos como Adela Cortina o Carlos Díaz; o escritores como Antonio Gala. También han participado otras personas menos conocidas que escriben en su condición de inmigrante, prostituta, reclusa o divorciada». Lo curioso es que esta miscelánea fue publicada por una editorial religiosa: PPC (Promoción Popular Cristiana).

Evidentemente, se trata de una carta literaria. Recordemos que José Antonio Labordeta había empleado este recurso literario en algunas de sus colaboraciones periodísticas y, más concretamente, en las firmadas con el seudónimo «Polonio Royo Alsina» en la sección «El dedo en el ojo», publicadas en *Andalán*, entre 1972 y 1976. En la que ahora publicamos el autor no renuncia al uso de sus mejores armas: la ironía y el sarcasmo. Y, así, bajo la estructura de una carta formal, con ese *usted* como interlocutor (a pesar de que se dirija a un Dios en el que no cree), va desarrollando su pequeño relato, lleno de dudas, y sembrado de alguna pregunta inquietante: «¿usted quién es?», «¿es usted Alá?», que acercan esta carta a otros de sus escritos, en especial a su poesía, repleta de preguntas sin respuesta a un interlocutor cercano, aunque silente.

Su valor, ahora que José Antonio no se encuentra entre nosotros, reside en que se trata de un adiós, de una despedida, como su título indica, pero en el que, al mismo tiempo, se reafirma en todas sus convicciones, en sus creencias, en sus dudas, en sus eternas preguntas, en su manera de ser y de pensar, devolviéndonos al hombre *auténtico* (de nuevo esta palabra), que no renuncia, que se atreve a ser él, incluso, en ese juego literario de escribir a quien no existe o en quien no se cree. Literaria resulta esa «Teresa», que encontraba a Dios entre los cacharros de la cocina, en los utensilios más cotidianos, con esas alturas que hablan de los cielos, pero también –sarcásticamente– de las místicas levitaciones de la santa de Ávila. Todo un lío comprender tanta imagen contradictoria, tantas figuras contrahechas, tanta teología de salón, por eso, mejor acudir a los santos locales, que, al menos, son más «nuestros» y podemos entenderlos mejor.

En fin, creo que se trata de una pequeña joya que quiero que sirva para que la voz y las palabras de José Antonio Labordeta sigan vivas entre los que le queríamos y en esta asociación y esta revista a la que él también quería y amaba, como una hija de su querido y amado *Andalán*. Mientras se sigan leyendo sus palabras, oyendo sus canciones, José Antonio seguirá entre nosotros.

Adiós, Dios

Señor Dios:

Muy señor mío, estoy convencido de que, para los griegos clásicos, hablar con sus dioses debía de ser bastante duro. Eran casi seres humanos y participaban en los cotarros terrestres raptando vírgenes, dando golpes secos sobre las mandíbulas de los héroes o, al final, acababan convirtiendo a los filósofos que descreían en ellos en ranas o en serpientes.

Pienso que esos tiempos se acabaron y, como resto de resto de todos aquellos tinglados politeísticos o monoteístas, ha quedado usted, señor, mitad por las alturas y la otra mitad por entre los cacharros de una poeta llamada Teresa. Y ahí es donde yo me armo confusión en mi pequeña cabeza agnosticista: cómo puede ser así una historia y que, al mismo tiempo que usted manda a Abrahán que mate a su hijo, se esconda entre los aperos de los campesinos para beneficiar la cosecha venidera. Un lío.

Y hablando de líos: ¿usted quién es? ¿Es el airado de las barbas, es el crucificado que habla de paz o es la paloma que no dice ni mu y que anda siempre al fondo de todos los cuadros donde se representa eso que se llama la Santísima Trinidad? No lo sé, y la verdad, cuando era niño y creía en ustedes tres, a ninguno de los tres me gustaba dirigirme en mis oraciones. Prefería hacerlo a algún santo de mi tierra, de esos que te parece que te los vas a encontrar en el cine o en el campo de fútbol.

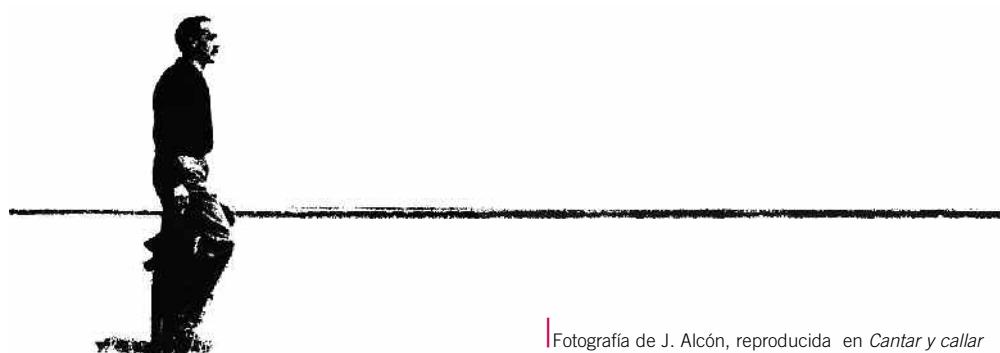
Con el tiempo también he ido abandonando a mis cotidianos santos, porque ustedes tienen en la tierra unos representantes de armas tomar. Son muy cerriles y dogmáticos, y el mundo lo que ahora necesita es relajo, buen rollo y nada de sermones para ser oídos en desiertos periféricos.

Como verá, señor Dios, la labor increíble de los que dicen que les representan, en lugar de descubrirnos el lado humano de ustedes tres, nos lo ocultan, y si muestran algo es la figura airada pintada por el italiano Miguel Ángel o las sanguinolentas, sucias y desagradables. Por todo eso prefiero seguir mirando a la vida con lo que me da la vida: alegrías, tristezas, amarguras y esperanzas. Ustedes sigan en sus olimpos y que sus teledirigidos nos dejen en paz.

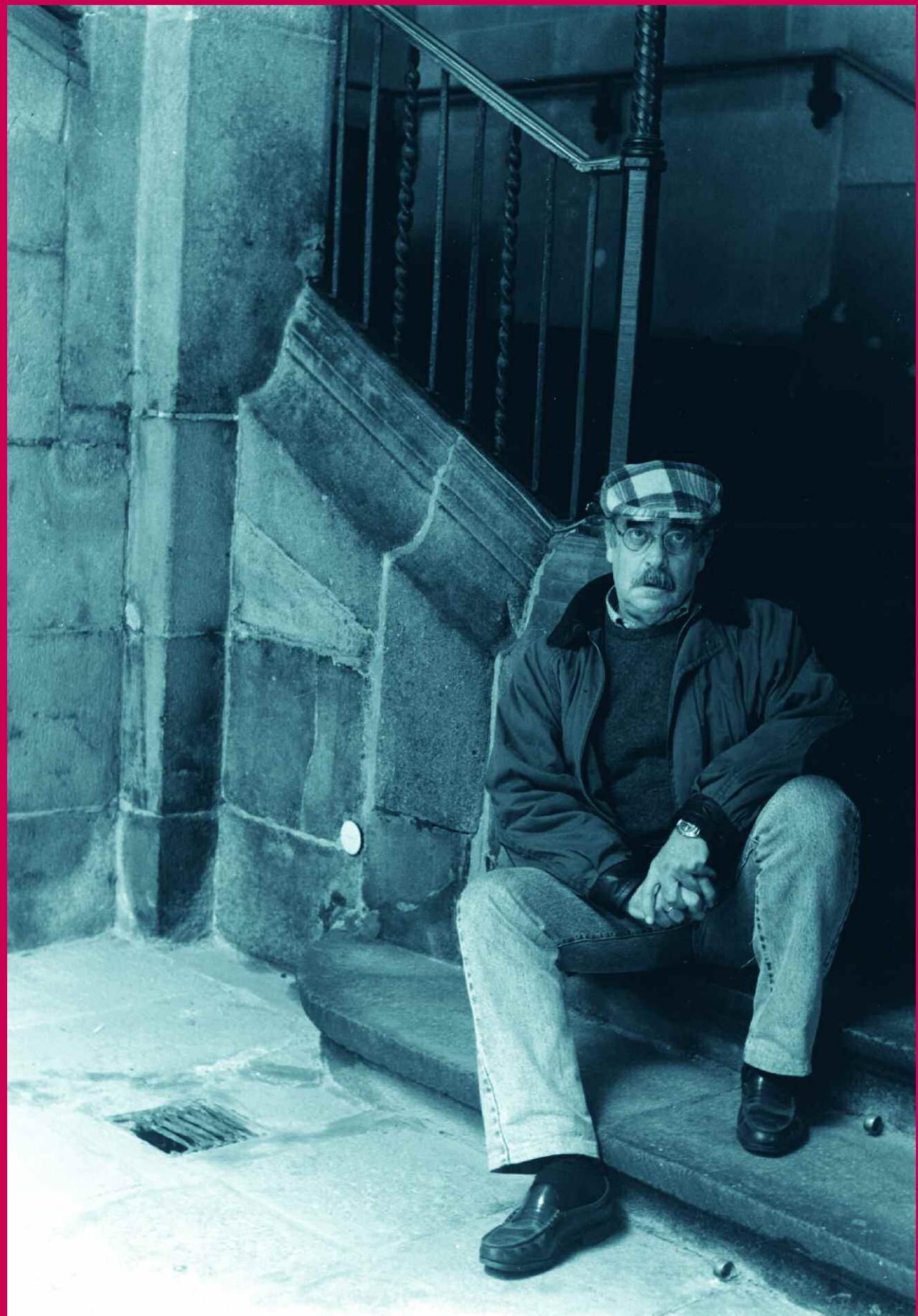
Por cierto, y como última pregunta: ¿es usted Alá? Siempre me ha quedado esta duda.

Reciba un saludo de este humilde humano que sabe que el día que la muerte caiga sobre él pasará al silencio eterno del polvo terrenal.

José Antonio Labordeta
Escritor



Fotografía de J. Alcón, reproducida en *Cantar y callar*

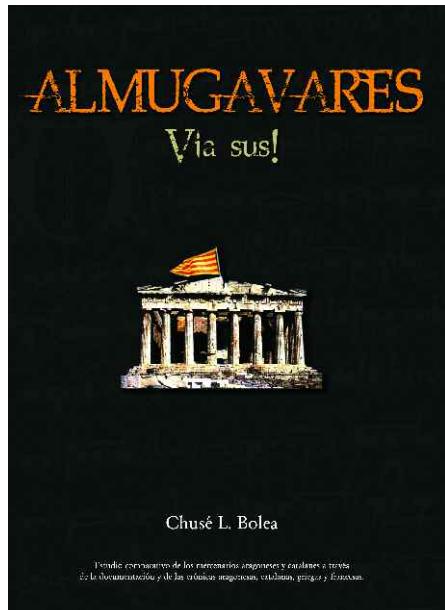


ALMUGÁVARES

La sombra de la corona

CHUSÉ L. BOLEA ROBRES

Escritor y editor



Tras un somero vistazo a este periodo tan emocionante de la Baja Edad Media aragonesa y mediterránea, es evidente que esta historia se debería haber convertido por derecho propio en una parte fundamental del pasado de la Corona de Aragón. Sin embargo, será durante siglos, y en una rutina que durará hasta nuestros días, incomprendiblemente olvidada por los aragoneses. Vagas referencias en obras que trataban sobre la expansión aragonesa por el Mediterráneo es lo único que podemos leer de mano de los historiadores aragoneses, exceptuando, por supuesto, a Jerónimo Zurita quien, ya en el siglo xvi, se lamentaba del olvido en el que habían caído sus hazañas:

[...] y las victorias que hubieron en Asia y en las provincias de la Tracia y Tesalia, Macedonia y en Grecia, fueron tan señaladas, que de pocos sucesos tan notables de aquellos tiempos se sabe que hayan quedado en tanto olvido.

La guerra que hicieron aquellos capitanes con la gente que llevaban, que era de nuestra nación, comenzó dentro de las tierras de sus enemigos, y de manera que aún apenas podían permanecer en ella quedando vencedores, siendo muy pocos y extranjeros y tan desfavorecidos que de ninguna parte tuvieron cierto el socorro.

[...] el tiempo fue confundiendo y consumiendo la memoria de aquellas hazañas, de suerte que lo que merecía ser muy celebrado y encarecido por los autores de aquellos tiempos vino a ser no solamente olvidado, pero condenado por algunos, por no tener cierta y verdadera noticia de las

causas y principios de aquella guerra y de sus sucesos, infamándolos como gente que se sustentaba de la sangre y despojo de otros¹.

Sin detenerse a profundizar en la aventura de estos soldados de fortuna, es imposible llegar a alcanzar una comprensión completa de nuestro pasado medieval, tanto en la parte que se refiere a la dominación de la Corona en el Mediterráneo, como en la propia expansión peninsular aragonesa. Estas piezas del tablero aragonés y mediterráneo que fueron los almugávares, son la clave de muchas de las explicaciones sobre cuál era el poder militar de la antigua Corona; además de protagonizar muchos de los grandes acontecimientos políticos en la Europa meridional de los siglos xiii y xiv, muestran cómo eran una parte de nuestros antepasados más humildes, aquellos que sin tener nada material que perder, se lanzaron a la conquista del Mediterráneo.

LOS ORÍGENES

Es posible que el de los mercenarios conocidos como almugávares –o almogávares– sea uno de los colectivos humanos de los que, pese a haber tenido mayor repercusión en los acontecimientos de la Historia medieval, no solo aragonesa sino europea, menos información y conocimiento tenemos sobre ellos.

Sus orígenes genéricos se encontrarían en los abundantes grupúsculos árabes que, fuera del control de los sucesivos

1. Jerónimo ZURITA, *Anales de Aragón*, libro vi, cap. i.



Representaciones figuradas de almugávares

poderes que dominaban la Península durante la ocupación musulmana (emirato, califato, reinos de taifas), se dedicaban al saqueo y al secuestro como modo de vida en aquellas zonas fronterizas entre los dominios árabes y cristianos. Las referencias a estos individuos antes de la aparición de los almugávares propios de la Corona aragonesa no son abundantes pero sí existen, lo que lleva a situarlos como los antecesores de los mercenarios aragoneses. De hecho, la primera referencia histórica conocida de ellos dentro de lo que después sería Aragón pertenece a la *Crónica del moro Rasis*². Esta crónica, escrita entre los años 887 y 955, representa la primera alusión a la existencia de almugávares en la ciudad de Zaragoza, poco después del año 900:

Et la cibdad de Zaragoza fue mui grand tiempo camara de los Almojarifes, et fue escogida de los guerreadores. Et quando combatian la cibdad de zaragoza, y se combatian todos los alcales et Almogavares, et para si la escogian³.

Por esta cita y por algunas otras, parece clara la vinculación directa del modo de vida de los almugávares árabes con sus posteriores homólogos aragoneses. Pero la historia de los mercenarios aragoneses discurriría por su propio camino.

Será en la *Crónica de San Juan de la Peña* cuando aparezcan descritos y en acción por primera vez los almugávares en el bando cristiano. El lugar son los montes del Castellar, en la ribera del Ebro frente a Zaragoza, tras la toma de Ejea y de Tauste, dando inicio al sitio de dicha ciudad en el año 1110 ó 1111, bajo las órdenes de Alfonso I, aunque sus orígenes sería lógico situarlos tiempo atrás, eso sí, con otras características muy diferentes en cuanto a su naturaleza militar.

En seguida pobló el Castellar de ciertos hombres que vulgarmente dicen Almugávares; cuyo lugar, había sido ya poblado por su padre. El mismo año puso sitio á Zaragoza con sus aragoneses y navarros, y con Centulo de Bearne y sus gascones que hicieron maravillas, y con el conde de Alperche que había venido de Francia á su servicio y al de Dios⁴.

Este texto confirma que a principios del siglo XII los almugávares ya formaban parte del contingente militar que luchaba junto al rey de Aragón. Pero la cita sirve también para desmontar la teoría creada a finales del siglo XIX –y aceptada por la totalidad de historiadores que han tratado el tema– por la que esta primera aparición se retrasaría hasta la conquista de Mallorca, en torno a 1229. Resulta sorprendente cómo un testimonio histórico conocido por todos los que teóricamente se han acercado al fenómeno de los almugávares, es absolutamente ninguneado, o mejor dicho, ocultado sistemáticamente, puesto que esta cita de la *Crónica de San Juan de la Peña* es recogida por el propio Zurita en sus *Anales*, y a su vez estos son, como afirmó el mayor investigador que ha existido sobre estos mercenarios, Rubió i Lluch, una de las bases fundamentales para su estudio. La razón de esta ocultación es evidente. La existencia de almugávares en el ejército aragonés en el año 1110 negaría las teorías que pretenden darles un origen exclusivamente catalán. De este modo, retrasando su aparición hasta 1229, se abriría una puerta a la duda, puesto que en ese momento Aragón y Cataluña ya formaban un mismo estado. En cualquier caso, y pese al empeño de algunos, incluso en ese momento de la toma de Mallorca, los almugávares de los que nos hablan las crónicas son los que luchan bajo las órdenes del noble aragonés Pero de Maça.

Estas son las citas documentadas pero su origen sería lógico situarlo tiempo atrás. Todas las teorías rigurosas coinciden en que habrían surgido al norte de Aragón, en los territorios fronterizos entre los reinos árabes y cristianos, en zonas de *muga* en donde la guerra y el

2. Al-Râzî.

3. Pascual de GAYANGOS Y ARCE (1842), *Memoria sobre la autenticidad de la crónica denominada del moro Rasis*, apéndice I, Madrid, Memorias de la Real Academia de la Historia, tomo VIII, p. 45.

4. *Crónica de San Juan de la Peña*, versión aragonesa, cap. xix.

caos les permitieron hacerse un espacio propio donde subsistir. Su procedencia y composición étnica serían heterogéneas. Así sabemos que en un principio estas bandas dedicadas, como sus antecesores árabes, al robo y a los secuestros tanto contra intereses moros como aragoneses, estaban compuestas por aragoneses pero también por gascones, vasconavarros, catalanes, e incluso musulmanes. Es decir, no estamos ante un pueblo étnicamente diferenciado sino frente a un conglomerado de desheredados que con su unión solucionaron la exclusión que la guerra les había provocado.

La denominación bajo el término de *almugávares* es evidente que no habría sido asumida por ellos mismos, sino que les habría sido aplicada posteriormente por la similitud en su modo de vida con los grupos de bandidos árabes conocidos por ese nombre.

DE BANDIDOS A MERCENARIOS

Las pequeñas bandas se fueron transformando en importantes contingentes armados que causarían graves problemas a ambos bandos en litigio, hasta que en un determinado momento, quizás a finales del siglo x, los reyes aragoneses comprenderían que les podían servir como una poderosa fuerza de choque. Uniéndolos a sus filas los monarcas solucionaban dos problemas importantes. Por un lado, desaparecía la inseguridad constante que representaban cientos de saqueadores incontrolados en sus nuevos dominios, y por otro lado, obtenían una infantería dispuesta a situarse en primera línea del frente, puesto que luchaban, no por una soldada fijada –aunque en ocasiones también– sino por el derecho a quedarse con el botín que obtuviesen de los enemigos. En definitiva, un ejército gratuito y dispuesto a dejarse la vida sin contemplaciones por acabar con el contrario y saquearle.

Su inclusión entre las filas de los reyes de Aragón no significaría nunca su sumisión a estos, ni siquiera se les puede considerar como parte del ejército regular. Serán, hasta su desaparición, mercenarios que lucharán por el botín de guerra, pero cuando este no esté a su alcance no dudarán en batallar contra su teórico señor, sea este el rey de Aragón, de Sicilia o el emperador bizantino.

En su vida cotidiana no se establecían en una población o aldea de forma fija sino que practicaban un nomadismo permanente. De este modo, se trasladaban con sus familias y pertenencias de un lugar a otro, formando una especie de marea humana que alteraba notablemente el lugar por el que pasaban o se instalaban temporalmente. Según las crónicas, junto a la hueste almugávar viajaban sus mujeres e hijos, pero también personas dedicadas a labores que requerían constantemente por su oficio de la guerra, como podían ser herreros, carpinteros, etc., e incluso un nutrido número de prostitutas:

[...] y la mayor parte se llevaban a sus mujeres o amigas y a sus niños⁵.

Para hacernos una idea de lo que este constante movimiento humano suponía hay que tener en cuenta que algunas de las expediciones en las que participaron estaban formadas por varios miles de almugávares, con lo que, si contamos a las mujeres e hijos, además de los artesanos y «amigas» que les acompañaban, el contingente del que estamos hablando podía llegar a decenas de miles de personas, como ocurrió, por ejemplo, durante la invasión de los franceses a través del Pirineo catalán:



Georgii Pachymeris



Grégoras crónica

5. Ramón MUNTANER, *Crónica*, cap. 201.



El Cuerno de Oro

Vista de Constantinopla



Con todo, un día intentó el paso (el rey de Francia), locura que jamás nadie había intentado, y, de una vez, cayeron sobre ellos más de cincuenta mil almugávares y sirvientes de mesnada [...]⁶.

O también da una idea de ello el movimiento de tropas aragonesas en una de las guerras contra Castilla:

[...] que el señor infante Don Pedro entró con mil hombres a caballo armados, entre catalanes y aragoneses, en Castilla, y con más de cincuenta mil almugávares⁷.

El cronista Muntaner pone en boca de uno de los que serían más relevantes capitanes de la Compañía, Rocafort, unas palabras que demuestran cómo estos, de un modo u otro, se conformaron en una especie de pueblo diferenciado cuya forma de vida, leyes y costumbres fueron pasando de padres a hijos durante décadas e incluso siglos durante la Edad Media. La escena que describe se desarrolla en uno de los períodos de desconcierto que sufrió la hueste durante su periplo por Grecia, y en un momento en el que se les propone el nombramiento de uno de los herederos del rey de Sicilia como capitán de la hueste. Dice Rocafort:

Y el rey de Sicilia ya sabéis que galardón nos ha dado por el servicio que le prestamos nosotros y nuestros padres, que cuando obtuvo la paz, nos echó de Sicilia con un quintal de pan por hombre...⁸

LAS FUENTES HISTÓRICAS

Contra lo que pudiese parecer en un principio, los datos y las informaciones sobre estas gentes son muy abundantes en documentación medieval repartida por todo el Mediterráneo, aunque el noventa por ciento de ella permanezca sin haber sido nunca estudiada. Archivos del Vaticano, Palermo, Venecia, Génova, Grecia y, sobre todo, el de la Corona de Aragón de Barcelona, guardan entre sus paredes miles de datos sobre ellos que esperan ser sacados a la luz. Lo que sabemos ha llegado hasta nosotros a través de la poca –en relación con la que en realidad hay– documentación estudiada, casi en su mayoría por el investigador catalán del siglo xix Antoni Rubió i Lluch, así como por medio de las crónicas de las diferentes naciones medievales mediterráneas.

Además de los *Anales* de nuestro paisano Zurita –aunque, como hemos visto, a muchos parece no haberles interesado en exceso–, la base fundamental para su estudio ha

sido siempre la crónica de Ramón Muntaner. A medio camino entre administrativo y soldado, Muntaner es una pieza clave para adentrarnos en la historia, pero también en la mentalidad de aquellos individuos, ya que él mismo compartió su vida durante años con los almugávares. Crónicas de la Corona de Aragón como la *Crónica de Jaume I o Libre dels feysts esdevenguts en uida del molt alt senyor Rey En Jaume lo Conqueridor*, o la *Crónica de Bernat Desclot o el Libre del rei en Pere d'Aragó e dels seus antecessors passats*, entre otras que también aportan informaciones interesantes, van dando cuerpo al conocimiento que podemos alcanzar de los mercenarios aragonesocatalanes. Sin embargo, intentando ir más allá de lo cercano y de lo evidente, encontramos un amplio abanico de fuentes repartidas desde Aragón hasta San Juan de Acre. Quizás el bloque más importante de estas crónicas ajenas a la Corona de Aragón sean las pertenecientes a la órbita bizantina y a la franca de Grecia. Fundamental es el cronista griego Jorge Paquimères (Georgius Pachymeres), gracias a cuya obra conocemos la otra versión: la visión, no de los cronistas aragoneses o catalanes, sino de quienes sufrieron los crímenes y atropellos de los almugávares. Cronistas griegos como Nicéforo Grégoras o Theódulo Magister o el *Retórico*, entre otros, complementan esta perspectiva desde el lado bizantino. Podemos añadir gran cantidad de fuentes pero serían reseñables, tanto por su calidad como por su origen, la versión en aragonés de la *Crónica de la Morea*, ordenada compilar por Johan Ferrández de Heredia en 1377, o la correspondencia mantenida por el veneciano Marino Sanudo Torsello *el Viejo* (1206-1338) informando a Venecia de los ataques que los aragoneses y catalanes estaban llevado a cabo contra los intereses de la república en Grecia a principios del siglo xiv.

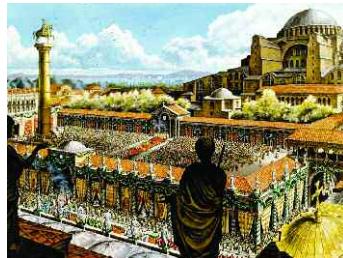
LA COMPAÑÍA DE ROGER DE FLOR

Hasta finales del siglo xiii participaron de las conquistas de los reyes aragoneses en el Levante peninsular. Sus victorias frente a los ejércitos árabes no tuvieron contestación, pero siempre estuvieron empañadas por desmanes y crímenes contra la población civil. Por ejemplo, el cronista catalán Bernat Desclot cuenta cómo tras la toma de Murcia, Jaume I expulsó a los musulmanes fuera de la ciudad camino de Granada, dándoles su protección hasta un día de distancia de Murcia. Fue entonces cuando los almugávares –a quienes debió de parecer escaso lo recaudado en la villa– se adelantaron a los expulsados dos días de marcha y se emboscaron

6. Ramón MUNTANER, *Crónica*, cap. 121.

7. *Ibid.*, cap. 187.

8. *Ibid.*, cap. 230.



Constantinopla



Partenón de Atenas



Archivo Secreto Vaticano



Roger de Flor en Constantinopla

esperándolos. Eran treinta mil musulmanes entre hombres, mujeres y niños, y después de comprobar que la guardia del rey se había dado la vuelta, los mercenarios pasaron a cuchillo a la mayoría, robando todo lo que portaban, y regresando luego con el botín a Valencia:

E eren ben trenta milia, entre homens e fembres e infants. E los almugavers donaren los salt e occiren ne molts, e retengueren los altres en catius⁹.

Jaime I el Conquistador murió el 27 de julio de 1276, y con él terminaba también el proyecto expansionista en el Levante que había tocado fondo al encontrarse con los límites de las fronteras castellanas. El nuevo rey, su hijo Pedro III, quien ya había participado al mando de los ejércitos de su padre en las campañas valencianas y murcianas, sometería definitivamente aquellas tierras sofocando los sucesivos levantamientos y ofensivas árabes. Pero los territorios en el sureste peninsular estaban ya repartidos y aragoneses, castellanos y árabes habían llegado a un punto en el que sus fronteras difícilmente podían ser modificadas. Ante esta perspectiva –y muy probablemente movido por un pacto secreto con el emperador bizantino Miguel VIII–, Pedro III iniciaría una sorprendente campaña contra el norte de África. Un gran número de almugávares –aunque no todos–, viendo finiquitadas sus posibilidades de continuar luchando en la Península, acompañarán al monarca aragonés en ese paso, lo que marcará su futuro de manera esencial al iniciar así su aventura mediterránea.

Después de una serie de victorias en las zonas costeras del actual Túnez, el rey de Aragón aceptaría el ofrecimiento de la población siciliana para desembarcar con su ejército y con sus miles de almugávares en la isla, y tomar posesión del trono de Sicilia. La población isleña se había levantado en armas contra los invasores franceses de Carlos de Anjou en lo que se conocería como las *Vísperas Sicilianas*. De este modo, el 30 de agosto de 1282 los ejércitos aragoneses entraban en Trapani ante la alegría de sus ciudadanos. Lo

mismo ocurriría pocos días después en Palermo y Messina. Sin embargo, la esperanza inicial de los sicilianos pronto se tornaría en desilusión cuando vieron que el triunfal ejército que esperaban ver entrar en sus ciudades llegaba encabezado por miles de mercenarios harapientos, sucios y mal trechados para la guerra. Las gentes de Palermo exclamaban al ver desfilar por sus calles a los almugávares:

¡Ay, Dios! Nuestro gozo en un pozo. ¿Qué gente es esta que va desnuda y sin ropas, que no visten sino unas bragas y no llevan daga ni escudo? Poco podemos confiar en ellos. Estamos listos si todos los del rey de Aragón son de la misma calaña¹⁰.

Pero en cuanto estos entraron en acción y fueron al encuentro de las tropas francesas que se mantenían acechantes en los alrededores de la isla, el parecer de los sicilianos cambió de golpe. Los mercenarios aragoneses catalanes expulsarían definitivamente a los invasores, e incluso llegaron, comandados por capitanes como Roger de Lauria o Conrado Lanza, a acosar a los de Anjou en su propia base, el puerto de Nápoles.

La guerra de Sicilia fue uno de los escenarios principales donde los almugávares desarrollarían sus labores, pero no el único. También en torno a 1285 participaron en la contraofensiva para expulsar al ejército francés que intentaba penetrar en Cataluña a través del Pirineo oriental.

Muerto Pedro III el 11 de noviembre de 1285, le sucedería en el trono su hijo Alfonso III. El sucesor, no tendría el carácter de su padre y acabaría su corto reinado tras firmar en febrero de 1291 un pacto con el papado conocido como *Tratado de Tarascón*, por el que, de manera vergonzosa, abandonaba la isla de Sicilia a su suerte, lo que significaba dejarla en manos de los franceses y del Papa, traicionando de este modo a su madre y a su hermano Jaime, y al mismo tiempo a toda la población siciliana que tanta lealtad había demostrado a la Casa de Aragón. No tardó mucho en agitarse de nuevo el panorama siciliano porque poco después moría

9. Bernat DESCLOT, *Crónica del Rey en Pere e dels seus antecessors passats*, cap. LXV.

10. Ramón MUNTANER, *Crónica*, cap. 64.

también el nuevo rey y ocupaba el cargo su hermano Jaime II, quien firmaría un nuevo pacto con los franceses, el *Tra-tado de Agnani* en 1295, traicionando una vez más los intereses de sus súbditos de Sicilia. En cualquier caso, al ser titulado como rey de Aragón y de Valencia y conde de Barcelona estaba forzado también a ceder el reino de Sicilia a su hermano Fadrique o Federico –conocido como II de Sicilia por los aragoneses, aunque la titulación real sería la de Federico III de Sicilia–. Fadrique no aceptaría ceder su recién adquirido reino y continuaría la guerra contra franceses y papado, llegando incluso a iniciarse una lucha fratricida entre Sicilia y la Corona aragonesa. Todo acabaría con la firma de la llamada *Paz de Caltabellota* el 19 de agosto de 1302, por la cual Fadrique mantenía el control de la isla y los intereses franceses y papales reconocían dicho poder.

Muchos almugávares, al igual que otros miles de soldados, pelearon durante estos veinte años primero junto a los reyes de Aragón y, posteriormente, defendiendo los intereses del rey Fadrique de Sicilia. Pero la nueva situación no solo repercutió en el contingente que suponían los almugávares sino que, como el auténtico pueblo nómada que eran, afectó a miles de hombres, mujeres y niños que se trasladaban detrás del eco de la guerra. La repentina paz sobrevenida tanto en Sicilia como en los territorios peninsulares de la Corona, a la vez que llevaron a estos reinos la tranquilidad durante tanto tiempo perdida, provocaron también un desmoronamiento del soporte económico y vital de todos aquellos miles de mercenarios y de sus familias.

La solución para ellos llegaría de la mano de uno de los capitanes que más se habían distinguido por sus victorias en favor de los sicilianos, Roger de Flor. Nacido en la ciudad de Brindisi, probablemente en 1264, se alistó de niño como grumete en una de las naves que la Orden del Temple mantenía operando en el Mediterráneo. Antes de cumplir los veinte años fue nombrado comandante de la que sería la nave más importante de la Orden en ese tiempo, *Il Falcó*. Su dedicación no era otra que la misma a la que se dedicaban los templarios desde hacía años en el Mediterráneo oriental: la piratería bajo patente de corso. Su fama se truncaría cuando, en 1291, se le acusó de robar las propiedades de los nobles cristianos que estaba encargado de evacuar de la ciudad de San Juan de Acre, la última plaza perdida por los cristianos en Tierra Santa. Ante la acusación de robo, se vio forzado a escapar y buscar la ayuda de antiguos amigos para huir de las largas manos del Temple. Ofrecería sus servicios a la Casa de Anjou para luchar contra el rey de Sicilia pero, seguramente por la presión de la Orden del Temple, sería rechazado, de manera que, acto seguido, se dirigió al monarca siciliano para hacerle la misma oferta. En este caso sí fue

aceptado de muy buen grado y a partir de ese instante, con sus naves repletas de almugávares, sembró el terror por el Mediterráneo occidental, no solo contra intereses y poblaciones en manos de los franceses, sino que conocieron de sus asaltos las costas de toda la península itálica, del sur de Francia e incluso las costas catalanas y mallorquinas.

Tras la *Paz de Caltabellota* la cabeza de Roger de Flor estaba de nuevo en peligro. El tratado firmado por el rey siciliano con el papado le iba a forzar a aceptar la demanda de la Orden del Temple para que les entregase al fugitivo de su justicia. La solución planteada por Roger a Fadrique para salir de aquel atolladero no podía agradar más al monarca. El de Brindisi le propuso armar una flota en la que embarcaría junto a los almugávares y sus familias que tanto daño estaban haciendo en los territorios dominados por Fadrique desde que finalizó la guerra. El destino de esta gran compañía de mercenarios sería el imperio de Bizancio.

Bizancio, aliado tradicional de la Corona de Aragón, se había convertido, movido por la avaricia y la crueldad de los cruzados franceses, por las expansionistas huestes turcas, y por la incompetencia de sus gobernantes, en un estado al que poco más que su mítica historia le quedaba en ese momento. Refugiados en la capital, Constantinopla, recién recuperada, los bizantinos observaban cómo su gran Imperio se había reducido a una pequeña parte de lo que fue siglos antes. La compañía comandada por Roger de Flor se les presentaba como su última oportunidad de expulsar a los turcos que recorrían a su gusto la península de Anatolia y de recuperar el perdido esplendor.

LA ENTRADA EN CONSTANTINOPLA

En septiembre de 1303, la flota formada exclusivamente por aragoneses y catalanes entraba en el puerto del Cuerno de Oro, en la mismísima Constantinopla¹¹. El emperador bizantino Andrónico II y Roger de Flor habían acordado con anterioridad unas condiciones muy beneficiosas para los mercenarios, aunque los griegos esperaban obtener unos resultados mucho mayores, o simplemente, no cumplir con lo pactado. Entre las condiciones firmadas estaba el hecho de que Roger se convertía en megaduque del Imperio, al tiempo que contraía matrimonio con María, sobrina de Andrónico, de manera que entraba a formar parte tanto del gobierno como de la familia imperial.

11. Ramón MUNTANER, *Crónica*, cap. 201. Parece ser que esta fue una de las condiciones impuestas por el emperador bizantino, el cual no permitiría que individuos de otra procedencia que, como sabemos, formaban parte de las compañías de almugávares, como gascones o árabes, llegasen a su imperio como aliados.



Representación pictórica de Roger de Flor



Muntaner representado en su Crónica



Andrónico II

En el mes de Gemelion, en la segunda indicción (mes de septiembre), Constantinopla vio llegar a Roger con sus navíos, y con una flota aliada, compuesta tanto de catalanes como de almugávares en número de cerca de ocho mil¹².

Los griegos depositaban una de sus últimas oportunidades de resistir frente a las agresiones turcas por un lado, y francesas por el otro, en manos de aquellos recién llegados, de los que apenas conocían nada. Únicamente tenían viejas referencias de su capitán Roger de Flor por sus pasadas colaboraciones con el Imperio, pero del que también conocerían las posteriores acusaciones de robo que se le imputaban desde la Orden del Temple. De la hueste de desarrapados que le acompañaban, solo sabían que habían colaborado activamente en la caída del dominio franco en el Mediterráneo occidental, lo que era una razón de peso a su favor, ya que el sentimiento antilatino¹³ entre los bizantinos era una de las bases de su orgulloso sentimiento nacional.

Así pues, desde el palacio de Blanquerna, Andrónico II veía cómo el contingente armado dirigido por el corsario Roger de Flor, entraba en la inexpugnable ciudad y sus huestes de mercenarios paseaban armados delante de sus eufóricos vasallos.

Roger impactaba en quienes le conocían y el mismo Paquimeres no deja pasar la oportunidad de retratarle, aunque brevemente, a su llegada a Constantinopla:

Estaba en la flor de la juventud, con un rostro salvaje y un ardor natural¹⁴.

Pocos días después de su llegada se celebró el enlace entre Roger y María, festejos que desataron el júbilo de la población que veía en los mercenarios la solución a todos sus males.

Pero no todo era celebración esa noche en la ciudad. Los genoveses se hallaban establecidos en Constantinopla, desde donde ayudaron económica y militarmente a Miguel VIII, padre de Andrónico, en la reconquista de la capital. A cambio de su colaboración se hicieron con el poder comercial del Imperio y de las principales rutas que desde allí se controlaban, estableciéndose en el barrio de Pera, situado a menos de una legua de distancia del palacio de Blanquerna.

La llegada de los almugávares despertó, desde que tuvieron noticia de ello, el recelo de los genoveses. Esencialmente porque veían que quienes entraban en Constantinopla con el beneplácito del emperador, no eran simplemente soldados mercenarios sino una avanzadilla que traería tras de sí a más comerciantes catalanes, los cuales se habían convertido en pocos años en unos de sus mayores competidores en el comercio marítimo mediterráneo.

Con este viciado ambiente entre los muros de la capital, la misma noche de la boda, estalló una cruenta y multitudinaria pelea entre genoveses y almugávares. Según una versión de los hechos, un almugávar andaba a solas cuando se le acercaron dos genoveses y comenzaron a insultarle y a meterse con su desaliñado aspecto. No hizo falta mucho más de unos segundos para que el almugávar desenvainase su *coltell* y dejase las cabezas de los atrevidos genoveses rodando por el suelo empedrado. A partir de ahí se inició la lucha.

12. Georgii PACHYMERIS, *Georgii Pachymeris De Michaele et Andronico Palaeologo*, libro xi, cap. xii. En esta cita, como sucederá en repetidas ocasiones, los cronistas griegos diferenciarán entre catalanes y almugávares. También hay que matizar que son abundantes –aunque no mayoritarias– las referencias en las que a los mercenarios que arribaron a su imperio les aplicaron la denominación común de “catalanes”, ello debido simplemente a que eran los ciudadanos de esta nación a los que ya conocían los bizantinos desde hacía décadas. De hecho, la colonia de mercaderes y comerciantes catalanes de Constantinopla era ya muy numerosa sobre el año 1293, reforzada en gran medida por un privilegio concedido por el propio emperador Andrónico en 1296.

13. Por “latinos” conocían a los cristianos occidentales que se encontraban bajo la órbita de Roma y del papado.

14. Georgii PACHYMERIS, *Georgii Pachymeris De Michaele et Andronico Palaeologo*, libro xi, cap. xii.

El emperador Andrónico tuvo que pedir a Roger que detuviese la jauría humana en la que se habían transformado los almugávares, ya que no contentos con acabar con la vida de miles de genoveses, estaban a punto de entrar en Pera y saquear todo el barrio, lo que llegó a aterrarse por un momento ya que en sus casas se encontraban guardadas las riquezas acumuladas por los comerciantes, y hubiese sido una catástrofe para las arcas imperiales que esas fortunas escapasen de sus manos y fuesen a parar a las de los mercenarios, los cuales, además, seguramente viéndose ricos de por vida con lo robado, olvidarían el servicio prometido y se dedicarían a gastar el botín.

Andrónico estaba satisfecho por partida doble, ya que, por un lado, comprobaba que el reclutamiento de los mercenarios había sido un acierto y estos respondían a las esperanzas creadas, y por otra parte, los genoveses, que tanto apretaban el cuello de la economía imperial, habían recibido un duro escarmiento como hacía años que no conocían. Pero en cualquier caso, y para evitar males mayores, ordenó que la Compañía partiese de inmediato rumbo al otro lado del estrecho, hacia Asia, al encuentro con los turcos.

A partir de ese momento, y durante un año, emprenderían un recorrido por el interior de la península de Anatolia –Asia Menor, la actual Turquía–, donde obtendrían, uno tras otro, triunfos frente a grupos de turcos. No obstante, la leyenda ha ido en este caso más allá de lo que la documentación histórica demuestra. Ciudades como Cízico, la antigua Troya, Fíaledfia, Magnesia o Éfeso, entre otras, vieron cómo los almugávares derrotaban, o ni siquiera tenían que entrar en combate para hacer huir a los pequeños ejércitos turcos que dominaban hasta entonces la zona. Pero también es verdad que muchas de esas ciudades –fuertemente amuralladas– no habían llegado a caer en manos turcas, y solamente sus alrededores eran controlados por aquellos. Tampoco ayuda a aumentar el prestigio de los aragoneses y catalanes el hecho de que en algunas de ellas ni siquiera se les permitiese entrar en sus murallas, a pesar de haber expulsado a los atacantes, puesto que les precedía una terrible fama como sanguinarios criminales. Son numerosos los testimonios de esos días que hablan de cómo, además de luchar contra los turcos, cometieron todo tipo de atrocidades contra la población civil griega a la que, teóricamente habían acudido a salvar.

No hay persona que pueda explicar las violencias y las maldades que ejercieron sobre los paisanos. [...] cuando se reunieron hasta ocho mil (almugávares), se agitaron con mayor furia contra nosotros. No se contentaron con robar el trigo y los otros granos, la plata y los enseres, de llevarse las manadas y de matar a los hombres que se les oponían; sino

que robaron las casas, violaron a las mujeres, sin que hubiese otra forma de evitar tan horribles violencias que abandonar su país, y buscar la salvación en la huida¹⁵.

Había que ver arrebatados por completo no solo los bienes de los sufridos griegos, las hijas y las mujeres deshonradas, los viejos y sacerdotes llevados atados y soporriendo todos los castigos que la malévolas mano de los latinos inventaba, siempre nuevos, contra los míseros¹⁶.

Esos meses de victorias continuadas proporcionaron a los mercenarios importantes beneficios de las posesiones arrebatadas a los turcos, y que anteriormente estos habían arrancado de manos griegas. Sin embargo, tanto sus éxitos como las atrocidades cometidas contra los bizantinos, también les hicieron ganarse un profundo odio en importantes sectores de la corte de Constantinopla. Los genoveses, por razones evidentes, junto a un importante sector de la nobleza y del clero, y, sobre todo, el propio hijo del emperador Andrónico II, el también coemperador Miguel IX, llevaban meses confabulando en contra de ellos. Los motivos del hijo del emperador para guardar esa rabia tenía su origen en que los recién llegados habían cosechado triunfos y fama en los mismos lugares, y frente a los mismos enemigos, con los que él había fracasado estrepitosamente durante años. A todo ello se unía el hecho de que Roger había sido honrado con títulos que, en cierto modo, hacían sombra a los suyos, habiéndose ganado en poco tiempo la confianza de su padre Andrónico.

Las fuertes presiones de este poderoso grupo de poder, unidas al malestar por los crímenes que los almugávares habían cometido contra la población civil, trajo como consecuencia que durante el invierno de 1304 a 1305, época planeada como de descanso en el sur de Asia Menor para preparar la continuación de la campaña en la siguiente primavera, recibiesen órdenes de abandonar la península y regresar a los alrededores de la capital. Las noticias recibidas desde Constantinopla sorprendieron a todos en la Compañía, pero finalmente obedecieron.

Una vez instalados en la península de Galípoli, a poca distancia de la capital, se inició un periodo de enfrentamientos dialécticos y diplomáticos entre la corte bizantina y los almugávares representados por Roger. Los griegos se negaban a pagar lo acordado el año anterior alegando que las barbaridades y los robos que los mercenarios habían cometido contra sus ciudadanos daban por roto cualquier tipo de acuerdo, y que lo robado era más que suficiente para cubrir las deudas. Por su parte, la Compañía exigía que se le pagase hasta el último *ecu*¹⁷ prometido. Las negociaciones fueron largas y complejas, pero finalmente se llegó a un acuerdo por el que

15. Georgii PACHYMERIS, *Georgii Pachymeris De Michaeli et Andronico Palaeologo*, libro xii, cap. iii.

16. Nicéforo GRÉGORAS, *Historia Romana*, libro vii, cap 3, iv.

17. Moneda bizantina de la época.

los aragoneses y catalanes recibirían sus pagas. A cambio, deberían regresar a Anatolia para instalarse allí de forma estable y respetando la seguridad de los griegos.

Todo parecía arreglarse. Por fin tenían al alcance de la mano algo con lo que siempre habían soñado, convertirse en señores de su propio territorio. Pero el destino, o las decisiones vehementes, harían fracasar su sueño.

EL ASESINATO DE ROGER DE FLOR

Cuando todo estaba listo para regresar a Anatolia, Roger expuso, sorprendentemente, al consejo de la hueste que tenía la intención de acudir, antes de partir, a visitar al hijo del emperador que ese momento se hallaba fortificado en la ciudad de Andrinópolis, en la parte europea del Imperio, y de hacerlo además acompañado únicamente por una pequeña guarnición de almugávares. Toda la Compañía, así como su mujer y su familia, se llevaron las manos a la cabeza y le exigieron que no se arriesgase en una idea tan descabellada. Para nadie había duda de que acudir al encuentro con Miguel IX, aunque fuese para dialogar, suponía literalmente poner su cabeza en manos del coemperador. Pese a los desesperados consejos de quienes le rodeaban, el megaduque hizo caso omiso y se dirigió, el 23 de marzo de 1305, a entrevistarse con Miguel.

La versión de Muntaner dice que, siete días después de su llegada a Andrinópolis, es decir el 4 de abril de 1305, Miguel IX organizó un fastuoso banquete al que fue invitado Roger, que se sentó junto al coemperador y a su mujer, y algunos de sus acompañantes. Cuando se encontraban en mitad de la comida irrumpió de repente en el gran salón Gircón¹⁸ junto a varios de sus mercenarios alanos y, sin dar tiempo a reaccionar a los almugávares, les despedazaron allí mismo con sus espadas. Los restos de Roger, junto a los de los hombres que se encontraban con él, quedaron literalmente desparramados por la sala.

Según el cronista griego Paquimeres, lo que realmente pasó fue que Roger acudió a las habitaciones de la emperatriz –sin que sepamos tampoco qué pensaba hallar en la alcoba de la mujer de Miguel IX–, dejó a su guardia fuera y cuando se encontraba en la puerta, Gircón salió desde un

rincón y le clavó «su espada hasta los riñones, como intentando buscar dentro de su cuerpo la sangre de su hijo injustamente asesinado»¹⁹.

LA VENGANZA

Muerto Roger de Flor, los bizantinos pensaron que los aturdidos almugávares se someterían al Imperio, y que se verían obligados a elegir entre dos opciones, «servir a los griegos voluntariamente, o volverse involuntariamente por el camino que los había traído»²⁰. Pero nada más lejos de la realidad. Los aragoneses y catalanes –unidos a turcos, turcoplés e incluso griegos desertores– se reagruparon y desde ese instante lanzaron una campaña de terror y muerte contra los griegos que teñiría de sangre la región de Tracia, obligando a los bizantinos a refugiarse en masa dentro de las murallas de las ciudades.

Durante dos años someterían el territorio que iba desde Macedonia hasta las puertas de Constantinopla; y desde las costas del mar de Mármeda hasta la frontera con Bulgaria, de modo que, por lo que cuentan los cronistas griegos, nunca antes se había conocido en aquellas tierras una残酷 de tal calibre:

[...] y es más, son ellos [los almugávares] así por naturaleza, que se complacen sobre todo de la sangre y de las matanzas, y consideran el summun de la felicidad acabar con los otros y una calamidad no hacerlo, e incluso, consideran la clemencia una afeminación. [...] Ni estas mutilaciones (las que tienen los almugávares fruto de pasados combates) ni la falta de miembros contienen su ímpetu, sino que aunque les corten la mano, luchan con la que les queda; si les cortan las dos, combaten con los pies, y no sienten la falta de miembros [...] Condenamos, y con razón lo hacemos, a los que al aliarse con los persas [se aliaron con los turcos], desde el comienzo enemigos suyos, y aumentando su audacia y su propio valor, a manera de devastador incendio se precipitaron sobre nosotros, y se atrevieron a todo, y lo ambicionaron todo²¹.

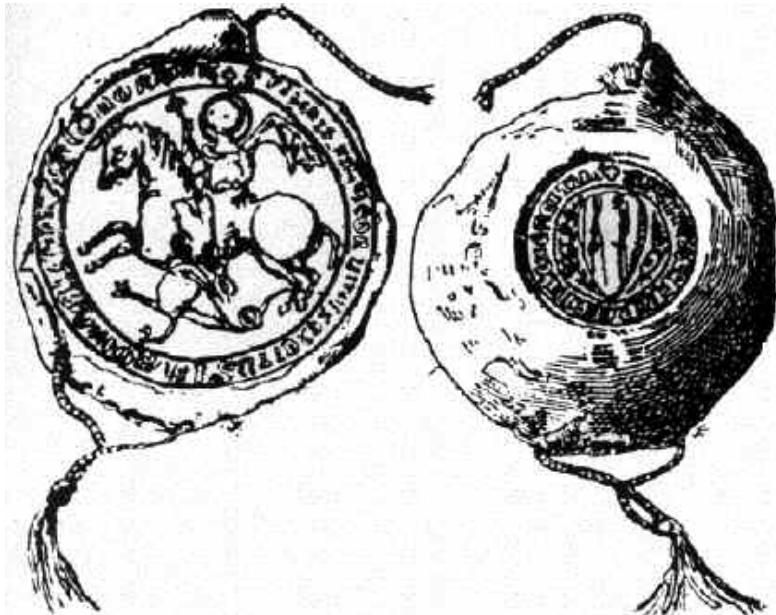
Su propio afán de destrucción les obligó a abandonar la región. Atrás dejaban un territorio al que, fértil y próspero, habían convertido en un erial despoblado. A diez días de distancia alrededor de su cuartel general no existía la vida; ni en los campos ni entre las personas. Con este desolador paisaje

18. Gircón era el jefe de otros mercenarios al servicio de los bizantinos, los alanos. La sed de venganza contra Roger se había estado alimentando en él y en su pueblo desde que, meses antes, durante la estancia en Cízico, los almugávares matasen a su hijo en una refriega entre aliados.

19. Georgii PACHYMERIS, *Georgii Pachymeris De Michaele et Andronico Palaeologo*, libro xii, cap. xxiv.

20. Nicéforo GRÉGORAS, *Historia Romana*, libro vii, cap. 4, I.

21. TEÓDULO el Retórico, *De las cosas sucedidas a la expedición de italianos y persas*.



Sello de la compañía

dejaron a sus espaldas la provincia de Tracia entre junio y julio de 1307.

A partir de entonces se inició un largo periplo hacia el sur de Grecia –aunque partieron sin tener claro su destino– que pasaría por Macedonia, los sagrados montes Athos, Tesalia y, por fin, el Ducado de Atenas. Durante cuatro años –hasta 1310– continuaron, como era su costumbre, dejando un rastro de muerte y desolación a su paso, sufrieron el acoso de un reforzado ejército bizantino; pero, quizás lo más importante para ellos mismos, cayeron en una espiral de autodestrucción y de enfrentamientos internos que acabarían por romper la principal arma de la Compañía: su unidad interna.

SEÑORES DEL DUCADO DE ATENAS

En la primavera de 1310 entraron al servicio del entonces duque de Atenas, Gualter de Brienne, enemigo declarado de la Casa de Aragón, para colaborar con él en la expansión de sus nuevos dominios. Después de servirle con gran eficacia durante unos meses, el duque decidió prescindir de los servicios de los mercenarios y les ordenó que abandonasen cuanto antes el Ducado. Estos se negaron, puesto que en realidad no tenían ningún otro sitio al que ir, lo que forzó una batalla final entre los aragoneses y catalanes –junto a un importante contingente de turcos– y un poderoso ejército formado por la élite de la caballería francesa con el duque de Atenas al mando. Ese lunes 15 de marzo de 1311, en la

llanura de Halmyros, cerca del Golfo de Volo, lo que *a priori* tenía todo el aspecto de convertirse en un desastre para los mercenarios, terminó siendo una gran victoria y acabando, además de con la mayor parte de las tropas francas, con la vida del propio duque Gualter y de algunos de los principales señores franceses y venecianos del sur de Grecia.

Los almugávares, sin creerse del todo lo que habían logrado, fueron ocupando sin hallar resistencia las principales ciudades del Ducado, desde Tebas, la capital, hasta la mítica Atenas –que en realidad en esa época ya guardaba poco de su antiguo esplendor– y que los almugávares denominarían Cetines.

Su dominio se extendería durante casi un siglo, en una sucesión de conflictos armados con los ducados y despótidos que les rodeaban, y también de enfrentamientos internos y con la Corona aragonesa por el control del poder. Todo acabó cuando otra compañía de mercenarios, en este caso navarros, les expulsaron de sus posesiones helenas.

En cualquier caso, y sin olvidar que su historia estuvo plagada de crímenes execrables, es vital para la memoria de los aragoneses conocer que una vez, hace 700 años, y durante casi un siglo, nuestros antepasados dominaron en la práctica buena parte de las tierras de la mítica Grecia; que la bandera con las barras de Aragón ondeó durante décadas en lo alto de la Acrópolis ateniense; que el sagrado Partenón griego se convirtió en ese tiempo en la catedral de Santa María de Cetines; o que el país donde había surgido siglos antes la fuente de la cultura y la democracia occidental moderna, se rigió en el siglo xiv –para bien o para mal– por los Fueros de Aragón y los Usatges de Barcelona.

_CARLOS SERRANO LACARRA

Historiador

JOAQUÍN COSTA

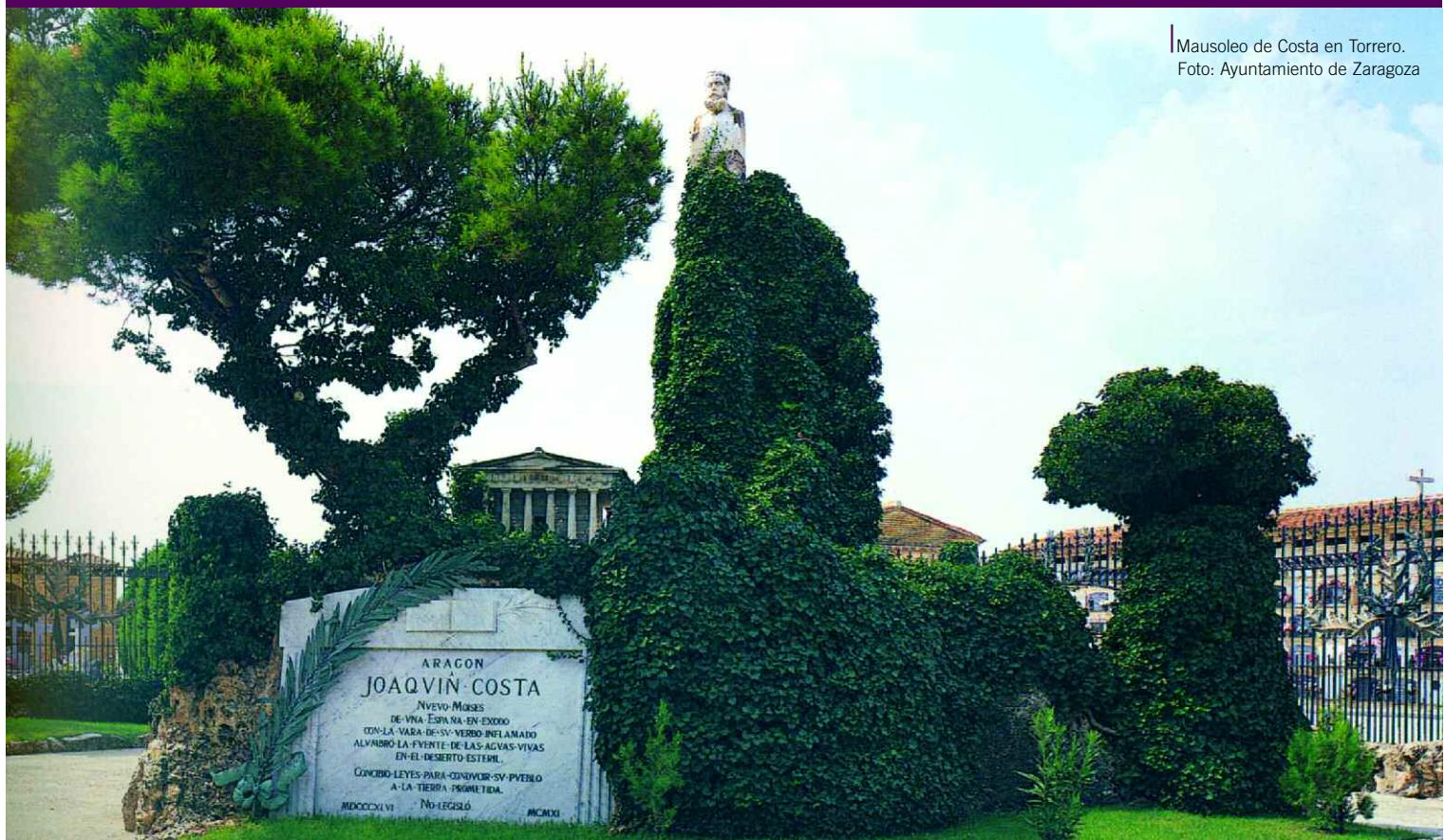
Y LA TRANSICIÓN

A LA DEMOCRACIA

EN ARAGÓN.

EL RECUERDO FRONTERIZO

Mausoleo de Costa en Torrero.
Foto: Ayuntamiento de Zaragoza



En febrero de 1911, los huesos de Joaquín Costa encontraron reposo definitivo en el cementerio zaragozano de Torrero tras la movilización ciudadana que, ocupada la vía de tren en la estación del Norte, impidió que su cadáver fuese a parar a Madrid. Pero el reposo solo alcanzó a eso, a los huesos, al cuerpo, a la materia... porque el nombre y el pensamiento de Costa no obtuvieron descanso, e iban a ser esgrimidos desde ámbitos muy diversos. Lo cual, a nuestro juicio, no tiene por qué ser necesariamente ni negativo ni positivo. Que lo «espiritual» o «inmaterial» de Costa siga en pie no es malo: significa que no ha caído en el olvido, que de una forma u otra, pervive en muchas mentes. Otra cosa es la manera en que sea pensado, la clave con que se le revise, porque alguna de ellas se aleja radical y torticeramente de lo que Costa fue.

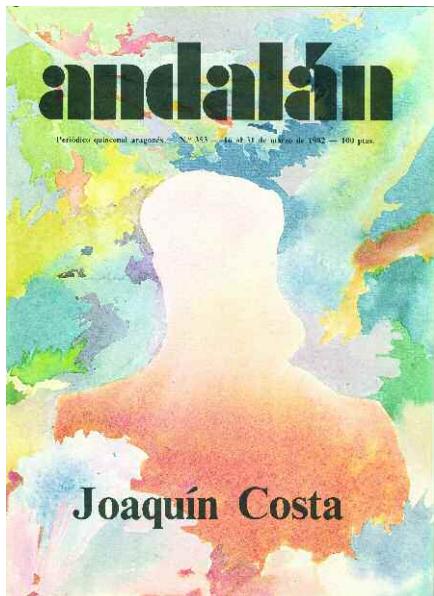
SIEMPRE EN EL LÍMITE

La propia ubicación del cuerpo de Joaquín Costa en Torrero certifica de forma muy gráfica su consideración «fronteriza» y la presencia forzada en terrenos que no eran los suyos. Lo muestra así el lugar limítrofe que ocupó la tumba en el camposanto, dejando tras de sí la zona «sagrada» en la que décadas más tarde, con la ampliación del recinto, quedaría ubicado el mausoleo erigido por suscripción popular (plagado de referencias bíblicas sí, pero del Antiguo Testamento, como la lápida con la mención al «nuevo Moisés de una España en éxodo», también griegas o egipcias, pero nunca cristianas). Costa se declaró agnóstico, pero hubo quien sugirió interesadamente que, en su lecho de muerte, abrazó la fe católica. Esa es una primera «apropiación».

Todo indica que murió siendo el laico que había sido siempre, más si cabe en sus últimos años, en los que con más decisión se declaró republicano y militó como tal.

Joaquín Costa es habitualmente llamado «polígrafo» porque no se encuentra otro oficio que exprese fielmente todas sus dimensiones. Si se le llama solo de cualquiera de las maneras posibles (jurista, historiador, economista, político, sociólogo, antropólogo...) se omiten muchas otras y el retrato queda sesgado. Si le citamos como «pensador», estamos olvidando su faceta más ejecutiva y práctica. Definiciones más globales podrían ser las de «científico social», «sabio» u «hombre público», pero se quedan entre lo ampuloso y lo ambiguo. Nos quedamos, pues, con el polígrafo, aunque esa consideración tiene su riesgo.

Polígrafo, porque escribió de todo, y de todo habló. El de Monzón exploró todos los límites y forzó los argumentos al extremo, no se mordió nunca la lengua. Expuso sus ideas sobre sopetes y en escenarios variopintos, y eso facilitó su fragmentación. La fallida edición póstuma de sus obras completas quedó marcada por la parcialidad y confusión (pese a las meritorias reediciones posteriores y a la reorganización y sistematización de su legado escrito, el mal ya estaba hecho) y no fue apenas leído. Además lo amplio, maximalista y ambiguo de su discurso, sus contradicciones internas (su propia evolución, sus contradicciones de clase, que son las que llevaron a Ortí a hablar de «populismo imaginario»... pero contradicciones que al fin y al cabo reflejan las propias de la sociedad y del tiempo en que vivió) dan la apariencia de tótum revolútum a un discurso del que cada uno selecciona lo que más conviene a



Portada de *Andalán* (1982)

sus argumentaciones. Todos piensan que Costa es patrimonio suyo.

Así, nos encontramos con un Costa republicano al que oponer el prefascista y autoritario del «cirujano de hierro»; un Costa colectivista y ácrata, reivindicado por los libertarios, y otro, según momentos y circunstancias, españolista, federalista y aragonésista. Podríamos confrontar al africanista con el enemigo de batallas coloniales; al tradicionalista, al agrarista y al reformista conservador, con el europeísta y modernizador; al preconizador de una revolución desde arriba con el abanderado de la revolución desde abajo. También, en lo formal, tenemos a Costa en diferentes registros: el extenso, rebuscado y prolíjo, por un lado, y el autor de fórmulas breves, frases concisas y eslóganes certeros («escuela y despensa», «gobernar para el calzón corto», «doble llave al sepulcro del Cid», entre otras muchas citas telegráficas y que en ocasiones le hicieron carne de estereotipo), por otro.

Son, por tanto, variopintas y múltiples las referencias que bajo diferente sesgo ideológico han surgido en estos cien años (y aun antes de su muerte) acompañando al nombre de Joaquín Costa, y son muchos los autores que han estudiado estos parentescos. Curiosamente, rastros de esa amalgama confluyen en diferentes momentos y episodios relacionados con la emergencia democrática y autonomista de la década de 1970 y primeros años de la de 1980, y los veremos con guiños de actualidad y algún que otro *flash-back*. Aunque lo anecdotico no puede ser nunca elevado a la condición de categoría, es a través de la sucesión de detalles como podemos inducir e intuir por dónde se mueve lo general. Por ello, partimos de una supuesta anécdota, para tirar del hilo que, en diferentes recorridos, nos hará evocar las luras bajo las que fue observado Joaquín Costa en esos momentos.

FLORES ENTRE AMIGOS

19 de septiembre de 2010. La ciudadanía aragonesa se despierta ese domingo conmovida por la noticia de la muerte de uno de los aragoneses más conocidos, respetados y queridos dentro y fuera de nuestra comunidad autónoma. Dado que el cuerpo de José Antonio Labordeta no va a ser inhumado sino incinerado, y que sus cenizas van a volar libres por el Pirineo, es voluntad de su familia que las flores que, remitidas por particulares, colectivos e instituciones, han adornado durante dos días la capilla ardiente del palacio de la Aljafería, sean depositadas en la tumba de Joaquín Costa en Torrero. En el acto simbólico de «depósito», Eloy Fernández Clemente, profundo conocedor, investigador y divulgador de la figura y obra de Costa e íntimo amigo de Labordeta, destaca cómo las memorias de ambos quedan unidas así como el testimonio compartido de sendas vidas dedicadas a la lucha por la libertad, por la justicia y por Aragón; en su opinión, los nombres de Costa y Labordeta han de ocupar, junto a los de Goya, Ramón y Cajal y Buñuel, el olimpo de los cinco aragoneses más relevantes de la etapa contemporánea. La prensa de toda España difunde titulares y comentarios del tipo: «Recuerdos al precursor del aragonésismo Joaquín Costa».

Parentescos ideológicos y parecidos «espirituales» más o menos razonables aparte, es cierto que Labordeta comulgaba con la esencia del pensamiento de Joaquín Costa. Participaba de una simpatía tradicionalmente asumida por la izquierda aragonesa que, desde finales de la década de 1960 y con más fuerza en los primeros setenta, y desafiando a la represión franquista, había manifestado sus demandas de libertad y democracia enarbolando un significativo y potente discurso territorial, en el que las fórmulas de regeneración costista y la apuesta por lo aragonés del

León de Graus ocupaban una posición central.

Estamos hablando, para empezar, de *Andalán* y del Partido Socialista de Aragón. Dos proyectos, uno editorial y otro político, con muchos nexos entre ambos, en los que (incluidos los lazos de amistad personal con el ya citado Eloy Fernández y con Emilio Gastón) Labordeta se implicó desde el principio, y en los que el nombre de Costa fue una referencia inmediata y perenne. Pero tampoco debemos olvidarnos de un Partido Comunista de España que, con Vicente Cazcarra como líder aragonés, apostaba sin fisuras por un regionalismo de clase. Tanto el PCE como los grupos germinales del PSA formaban parte de la Junta Democrática de Aragón, que en su manifiesto de julio de 1975, situaba a Costa entre los ancestros de un regionalismo aragonés que se veía urgente.

El número 90 de *Andalán* (1 de junio de 1976), contaba con un amplio dossier en páginas centrales en el que, bajo el título «Costa manipulado. Sobre el costismo y Costa», Eloy Fernández repasaba lo escrito hasta la fecha acerca de Costa en Aragón, mucho de lo cual hacía poco más que «evocar, repetir, lamentar, imprecar... interminablemente», señalando: «Vamos a dejar por un momento de conjurar a Costa (...). Mirando a Aragón, vamos a ver no tanto su huella, que eso es imposible saberlo a fondo, sino la reacción despertada, el costismo aragonés. Acercarse a uno de nuestros mayores tópicos es arriesgado, pero ineludible. Y hora es ya de hacerlo». Completaba el dossier un texto, «Costa, aragonés y republicano», en el que Carlos Forcadell defendía que Costa «analizó la realidad concreta, pasó a la acción, pretendió soluciones realistas. Todo ello con vigor y honestidad. Fue el mejor crítico de la España de su tiempo. El costismo, si no es un manejo y una desvirtuación, ha de pasar por ahí».

PROFESORES METIDOS A POLÍTICOS, Y COSTA EN EL RETROVISOR

El PSA formaba parte de una plataforma de partidos regionales (la Federación de Partidos Socialistas), que a nivel estatal (y con la idea de medir en mejores condiciones sus fuerzas con el PSOE para ver quién había de liderar los destinos del socialismo español) alcanzó con el Partido Socialista Popular de Enrique Tierno Galván un acuerdo de coalición, Unidad Socialista (US), para las primeras elecciones democráticas, las de 1977. Así, la candidatura que en Aragón había de abanderar la alternativa del socialismo autóctono era, trasladando a lo regional ese acuerdo, una coalición entre PSA y PSP.

A principios de los sesenta, cuando era catedrático de Derecho Político en Salamanca, y poco antes de ser reprimido por el régimen franquista, Tierno Galván había publicado *Joaquín Costa y el regeneracionismo*: un desafortunado estudio en el que el polígrafo quedaba retratado como un protofascista. Pesaba en ese retrato, sin duda, la obscura exhibición que el dictador Primo de Rivera había hecho entre 1923 y 1930 de un ideario costista sintetizado de forma parcial en las alusiones al «cirujano de hierro», a la «extirpación del caciquismo», a la prevención ante el movimiento obrero y a las interpellaciones a las «clases neutras» (exhibición de la que, en todo caso, nunca hizo gala el franquismo, que salvo en situaciones muy concretas y desde un punto de vista retórico y socorrido, y pese a que su titular, como otros tantos aprendices de salvapatrias apelaba a un «regeneracionismo», no tuvo a Costa entre sus héroes precursores). En el fondo, Tierno reproducía la antipatía intelectual que hacia este aragonés habían mostrado décadas antes





Mitín de la coalición PSA-PSP en la plaza de toros de Zaragoza. Junio de 1977. Archivo de Emilio Gastón

Ortega y Gasset, Azaña y la generación de *El Sol* (que, desde la inicial simpatía estética hacia un Costa sufriente por los males de España, fueron interpretando en su discurso rasgos conservadores, ambiguos y de un populismo arcaizante que casaban mal con la idea de reconstrucción nacional y democrática española desde la perspectiva burguesa y liberal de esta *intelligentsia* ideísta, culturalista y elitista).

No obstante, el programa electoral de US para esas elecciones denunciaba el torpedeo a que eran sometidas muchas entidades sociales y culturales desde la Administración central: «Debate, Coacinka, Deiba y otras entidades que no poseen más objetivo que el bien común son presentadas insidiosamente como organizaciones al servicio de nadie sabe quién. Ni siquiera nos es lícito poner unas flores en la tumba de Joaquín Costa, porque el poder gubernamental (...) cree que Joaquín Costa es bandera de partido». «Aragonés: que tu voto no emigre», se solicitaba en este programa que se editó como primer número de *Cuadernos de Aragón Socialista*.

En las fotos del multitudinario mitin preelectoral de US vemos compartiendo tribuna en la plaza de toros de Zaragoza a jóvenes intelectuales de cuño socialista, aragonésista, federal y autogestionario, con el profesor de aire adusto al que esas intervenciones tan inflamadas de componente territorial y un cierto populismo debían de incomodar un poco. Podemos aventurar una conjetura: tal vez Tierno iniciase en esa tarde de junio su particular convencimiento hacia las bondades de los baños de masas. En poco tiempo se iba a convertir en un especialista, ya desde el PSOE al que iba a confluir su PSP en 1978, durante su época de alcalde-tótem del Madrid de la movida. No hemos de ser malévolos porque, además del ya citado, Tierno también había escrito otros muchos libros: como sociólogo había analizado la cultura juvenil, y era profundo conocedor de los mecanismos de modernización de las sociedades en transición.

La trayectoria de Enrique Tierno Galván tuvo un singular paralelismo con la de Ramón Sáinz de Varanda. Los dos, profesores universitarios, de sólida

formación jurídica y compromiso liberal evolucionado en socialista, fueron los primeros alcaldes democráticos de Madrid y Zaragoza, y a ambos tocó sacudir la caspa y la *ranciedumbre* de sendas ciudades, gobernando con partidos a su izquierda, emprendiendo serias reformas, sacando la fiesta a la calle (la movida ya mentada, sí, pero también los pilares populares y la cincomarzada), y dando (especialmente el primero) una peculiar imagen *rocera* en contraste con el aire atildado, intelectual y académico que les había acompañado. Los dos murieron en enero de 1986, en ejercicio de sus cargos, y fueron muy llorados por sus conciudadanos. Sáinz de Varanda, experto –como Costa– en derecho foral aragonés y europeísta confeso, escribió en un librito colectivo, compendio de una serie de conferencias, editado por Caja Inmaculada en 1962 (*Los problemas de España ante la integración europea*), en el que entre otros participaban también Ramón Tamames y Lacruz Berdejo. Casi a la vez que Tierno denostaba a Costa, Sáinz de Varanda señalaba ahí que era deber de los aragoneses europeizarse, entre otras razo-

nes, porque «al fin y al cabo quien nos marcó el camino era un aragonés (...) que por mote llevaba una frase que pudiera servir de lema a esta conferencia: despensa y escuela».

COSTA Y EL ARAGONESISMO DE IZQUIERDAS

Volvamos a esas elecciones de junio de 1977 (en las que, por cierto, el citado Sáinz de Varanda resultó elegido senador dentro de la Candidatura Aragonesa de Unidad Democrática que reunió a toda la izquierda: un episodio unitario que no pudo reeditarse en las candidaturas de izquierda al Congreso). Bajo la fórmula de coalición con el PSP, el PSA obtuvo un escaño en las Cortes constituyentes (el único obtenido en toda España por un partido de la FPS, al margen de los que consiguió el PSP). Lo cual fue interpretado, con excesiva autocritica, como un fracaso en toda regla que concluyó en el desembarco de gran parte de sus cuadros en el PSOE (hubo una pretendida fusión, un congreso de unidad, una absorción nunca consumada y trufada de malentendidos), mientras otros se centraban en sus profesiones o apoyaban con diferente intensidad y convenimiento al PCE.

Quedó un PSA residual que, bajo la batuta del diputado constituyente Gastón, viró sin ambages hacia el nacionalismo aragonés. En abril de 1979, el refundado PSA patentizaba en un documento estratégico su intención de «emular y ensalzar la figura de Joaquín Costa como la más representativa del aragonesismo de izquierdas y como gran defensor de la cultura, la identidad y el progreso de nuestro pueblo con una concepción federalista, europeísta y universal, haciendo que su imagen y su memoria presidan todos los actos y trabajos del PSA». Ese mismo Día de San Jorge, tejían una bandera de Ara-

gó floral en la tumba del León de Graus, y en ese lugar recordarían todos los 8 de febrero el aniversario de su muerte, incluido el de 1983, pocas semanas antes de que el partido decidiese su disolución. El PSA recogía así el testigo de los pioneros del autonomismo de las primeras décadas del veinte, las gentes de *El Ebro*, los Torrente y Calvo Alfar, los impulsores del Congreso de Caspe... neorregeneracionistas que habían elevado a categoría el aragonesismo de Joaquín Costa y alimentado con creces su mitificación.

El resto de colectivos políticos, sociales y culturales (Movimiento Nacionalista de Aragón, Rolde de Estudios Nacionalista Aragonés, Izquierda Nacionalista Aragonesa, Partido del Trabajo, Joven Guardia Roja...) que con mayor o menor rigor y convencimiento enarbolaron el nacionalismo aragonés en el umbral de 1980, en la época de la pre-autonomía, en el clima de protesta por el modelo de Estatuto decidido por los principales partidos, en los años de la Asamblea Autonomista y las manifestaciones por el 151... no nombraron a Costa en sus comunicados ni en sus documentos internos: el historicismo de algunos les llevaba a hablar del árbol de Sobrarbe, de Lanuza y de la pérdida de los Fueros, y el carácter rupturista de todos ellos les impulsaba a la demanda política y económica presente desde una óptica de izquierda. Pero se mantenía un vacío en torno al siglo xix, la centuria de la revolución liberal y el Estado-nación en la que Costa está inserto. Por su sesgo más cultural que político, el RENA planteó una excepción: el primer título al margen de su publicación periódica –la revista *Rolde*– fue una colección de textos de Eloy Fernández Clemente, *Costa y Aragón*, aparecida en 1978. (Ese mismo año se editaba un *Joaquín Costa y el idioma aragonés*, de Ramiro Grau, que, lejos de ser un análisis científico –posteriormente desgranada la afición filológica costiana en diferentes trabajos por lingüistas de prestigio–, contiene una reivindicación un tanto ambigua e interclasista del regionalismo aragonés con fundamento costista).

En estos ambientes, tampoco fueron tan frecuentes como podría esperarse las referencias a los citados pioneros de principios de siglo (descubiertos y divulgados en el entorno de *Andalán*, el encuentro de julio de 1976...), aunque poco a poco, y especialmente desde mediados de los ochenta (en que también se recuperarían muchas referencias del proscrito siglo xix) se retomó esa senda de estudio y reivindicación de la contemporaneidad del aragonesismo político. A ello contribuyó, sin duda, el *Nacionalismo y regionalismo en Aragón (1868-1942)* con el que Antonio Peiró y Vicente Pimilla, ganaron en 1981 un fugaz galardón instituido por Unali, el Premio «Joaquín Costa».

COSTA Y EL «ARAGONESISMO DIFUSO». DE LO HIDRÁULICO A LO JURÍDICO

La citada Unali fue la editorial de la *Gran Enciclopedia Aragonesa*, otra de las empresas culturales impulsadas por Eloy Fernández Clemente (referido ya unas cuantas veces como reputado costista, y del que conviene tener en cuenta que, además, ya había escrito en 1969 *Educación y revolución en Joaquín Costa*, y en 1977 una documentada monografía sobre las relaciones de Costa con el africanismo español, y es evidente su influencia en las múltiples referencias costistas de *Andalán*). La GEA se inscribe dentro de un «aragonesismo difuso», que coincide con cierta socialización y éxito divulgador de temas autóctonos entre la opinión pública aragonesa, en sintonía con la generalización de la cultura democrática y la extensión de una



1 Anuncio de la Gran Enciclopedia Aragonesa (1982)

conciencia regional. Medios de comunicación, entidades financieras, nuevas editoriales... participan de esta generalización –en gran medida institucionalizada– de una cultura de lo propio (que contrastó, por cierto, con la desmovilización, el desencanto y el escepticismo ante el Estatuto de 1982). Y es muy significativo que uno de los iconos de la publicidad de la GEA en diferentes medios y soportes fuese un retrato de Joaquín Costa encabezado por un «Necesitamos conocernos...».

Esta creación de identidad, iniciada por un planteamiento científico de Aragón y lo aragonés y continuada en procesos de acumulación cultural con la puesta en marcha de la autonomía, había tenido también un momento germinal, más ambiguo y con concesiones a la demagogia, años atrás, todavía en vida del dictador, con el fallido proyecto de trasvase de aguas de la cuenca del Ebro a la del Pirineo oriental (esto es, Barcelona y su área metropolitana). En 1974, ese proyecto encendió entre los aragoneses una primera mecha de «conciencia regional» ligada a la defensa del territorio y a la amenaza «externa». Lo detectaba desde fuera el

periodista de *Informaciones* Eduardo Barrenechea: «En Aragón, el tema del trasvase ha servido –entre otras cosas– para que reverdezca el sentimiento de su regionalidad (...). El agua, como en tiempos de Costa, ha servido de aglutinante a los aragoneses, despertando su adormecido sentimiento de vieja comunidad ibérica». El que fuera, también por esos años y a decir de muchos de sus compañeros de profesión, el mejor cronista de la portuguesa Revolución de los claveles, vislumbraba a Costa en esos tiempos de confusa e interclasista indignación frente a un proyecto que era contestado tanto por la clandestina oposición democrática y la prensa progresista (tolerada con reservas y amenazas de secuestro) como por sectores del régimen en busca de horizontes postfranquistas.

Se intuía ahí, por tanto a un Costa que no dejaba de ser esgrimido en relación con las infraestructuras, los riegos... tal y como había sido utilizado en los años veinte, en el nacimiento de la Confederación del Ebro: como el hombre que soñaba con un país (lleanse como tales las comarcas orientales aragonesas, la provincia de Huesca, Aragón y hasta España entera) en el que las aguas salvadoras convertirían el secano en regadío, imponiéndose la abundancia, la educación y la cultura democrática al hambre, la incultura y el caciquismo. Una lógica positivista, decimonónica, inscrita en un contexto de crisis crónica, que pese a todo gozaba (y tal vez siga gozando, al menos en su retórica) de cierta proyección en esos años setenta. Esa idea de la tierra de promisión, con concesiones a lo pseudorreligioso, fue muy explotada por el periodista y escritor Alfonso Zapater, que en el mismo 1974 escribía el libro *Desde este Sinaí (Costa en su despacho de Graus)*, e insistía cinco años más tarde en su obra de teatro *Resurrección y vida de Joaquín Costa*. También en clave hidráulica se manifestaba en 1977 Joaquín Carbonell (*Cuando vayas a Huesca*) al pedir que se pregonara por Ribagorza «que todos recordamos al viejo Costa». Zapater,

por cierto, insistiría en la consideración mosaica con unas memorias apócrifas de Costa tituladas *El regreso de Moisés*, fuera de nuestro marco temporal, pero en otra coyuntura de amenaza de trasvase, la de 2000, en la cual nuestro polígrafo también habría de ser citado, sobre todo en columnas periodísticas y comunicados de consenso.

En las diferentes publicaciones del PSA (sus *Bases de Política Agraria para Aragón*, 1977, o sus entregas de *Aragón Socialista* entre 1977 y 1980...), aunque no se citara explícitamente a Costa, sí que se aludía a su espíritu cuando se solicitaba gestión democrática de los recursos hidráulicos (alabando, por ejemplo, el funcionamiento del canal de Aragón y Cataluña) o cuando se pedía que no se invocara su nombre a la hora de proyectar políticas de inundación por pantanos.

El PSA, lo hemos visto, ejerció con orgullo su costismo, y el resto del aragonésimo de izquierda lo hizo en diferentes escalas, especialmente en la veta cultural, pero el resto de partidos políticos, ya de izquierda o derecha, ya de obediencia territorial o no... no pasarían de leves menciones, superficiales y remotas. Entre los aragonésitos de derecha, el Partido Aragonés Regionalista, que primó en su discurso los mensajes relacionados con agua, territorio y autonomía, no recurrió significativamente al León de Graus.

Dos ejemplos de lecturas de urgencia, los encontramos en la campaña electoral de las generales de 1982, las que dieron el gobierno de España al socialismo de González. Una campaña juzgada por todos los analistas como «muy estatal», tan solo salpicada esporádicamente de referencias territoriales. A dos de ellas, protagonizadas por partidos muy diferentes entre sí, vamos: en el mitin central de Alianza Popular (que concurría en coalición con el PAR) celebrado en el zaragozano teatro Fleta, el democristiano Alierta citaría repetidas veces a Joaquín Costa. Los conservadores y

biempensantes seleccionaban un Costa de reformas que prevengan revoluciones, un Costa en el que el agua juega un papel de pacificadora social al garantizar la abundancia. Los comunistas, por su parte, contestaban a un sondeo de *Heraldo de Aragón* en vísperas de los comicios en torno a sus proyectos para Aragón, en el que recordaban el historial autonomista del PCE y la necesidad de desarrollar el autogobierno... entre continuas referencias, también, a nuestro Joaquín Costa.

En contraste con la generalización del aragonesismo difuso e institucionalizado, ocurría que el más reivindicativo, el asimilable a un nacionalismo aragonés, quedaba condenado a la marginalidad y al testimonialismo, al menos durante esos primeros ochenta de desencanto y emergencia autonomista. También fueron años de travesía del desierto para otra opción de izquierda, la comunista, diferenciada de un PSOE erigido en campeón del pragmatismo. Una formación la socialista que, nutrida en gran medida por cuadros procedentes del PSA, inauguraba el desarrollo del Estatuto tras su victoria en las primeras elecciones autonómicas: en mayo de 1983, el flamante presidente de las Cortes, Antonio Embid, señalaba en su discurso de inauguración de la legislatura que «tenemos la oportunidad de probar, así, esa frase tantas veces recordada de Joaquín Costa sobre la capacidad del aragonés para emitir Derecho, para hacer un buen Derecho».

UN COSTA A LA CARTA... PERO UN COSTA ÚNICO

Por algún extraño mecanismo de seducción, muchos han querido siempre tener a Costa militando en su bando: se ha dicho en otros lugares

que una figura de su talla moral e intelectual («hombre-cumbre») aporta empaque, firmeza y liderazgo –delegado– a opciones ideológicas necesitadas de referencias. Se ha insistido también en que las peculiaridades de su biografía, apariencia física, formas... han facilitado el estereotipo y ocultado la auténtica dimensión de su pensamiento. Pero también es cierto que la suma y el cotejo de las diferentes percepciones a lo largo de diferentes momentos históricos, nos permite construir un recuerdo costista complementario a su propia biografía: como si el Costa revisitado durante cien años desde diferentes ámbitos permitiera dotar de una continuidad al que habitó en este mundo entre 1846 y 1911.

Propio de un pensador poliédrico, extenso, rico en matices y susceptible de dispersión, el discurso de Joaquín Costa tiene lecturas de izquierda y de derecha. Durante los años de la transición vivida en Aragón hacia un Estado democrático y descentralizado, primará una interpretación progresista de su ideario, muy vinculada al autonomismo. Entendemos que en épocas críticas, en tiempos de incertidumbre, de emergencia de nuevas formas de representación y de ocupación de espacios públicos, se buscan también modelos, o más bien referencias que avalen determinadas opciones pendientes de refrendo y experimentación. La década de 1970 reunía esas condiciones «ambientales» para que demócratas y autonomistas encontraran en Joaquín Costa un ingrediente (con denominación de origen, además) para sus fórmulas de renovación del tejido social y político aragonés y de reconstrucción de identidad. Se solaparían y sucederían, asimismo, entre diferentes opciones ideológicas otras menciones (no tanto apropiaciones) coyunturales y retóricas. Y, en fin, también se darían en otros ámbitos referencias a relacionar sus discursos con mensajes y recetas que, como las costistas, no dejaban de pertenecer a un pasado cada vez más lejano pese a



Confrontación incruenta entre aragoneses y catalanes. Soc, en *Andalán* (1976)

que los problemas denunciados por el montisonense pudieran tener su continuidad en el presente.

La segunda mitad de los ochenta del siglo pasado, con la consolidación de la democracia y de las instituciones autonómicas, conocerá otras exigencias y nuevas formas que permitirían tratar a Costa de un modo más desvinculado de la urgencia política (con salvedades como las coyunturas recurrentes en torno a los trasvases). La recuperación parcial de su obra a cargo de Guara Editorial, la labor intelectual de entidades como la Fundación Joaquín Costa (desde 1983), análisis novedosos, nuevos estudios e importantes esfuerzos divulgativos en torno a la vida y obra de Costa (el 75 aniversario de su muerte en 1986 tendrá un carácter central), permitirán ahondar en el conocimiento de su obra de forma más sosegada, más desapasionada y menos circunstancial. Y comprenderlo en su integridad, con muchos matices, sí, pero de una sola pieza.



_Trenzas de vida

_KIKE FERNÁNDEZ
Ilustraciones OROSIA SATUÉ

Caminando a saltitos iba Laura por la senda de su casa cada día que volvía del colegio. Cantando canciones frescas. Haciendo coro a los saltos espumosos del barranco.

Petirrojos y pinzones velaban su camino acompañándola hasta la valla de su casa. La más apartada, más pequeña, y más bonita del lugar.

Los rododendros de la entrada, ahora en septiembre, le hacían imaginar a Laura un jardín de mermeladas de fresa con chordones.

—Hola mai.

—Hola hija. ¿Qué tal el cole?

—Bueno. Normal. Me aburro un poco —y es que Laura en clase, no atendía mucho.

Se pasaba el día mirando por la ventana. Un pajarillo. O incluso una mosca que estuviera en el cristal.

—Anda toma, come algo.

Laura cogió el bocadillo y salió a la parte de atrás de la casa, donde su güelo picaba leña despacito. Mirando cada trozo de quexigo al abrirse, como si fuera el Mar Rojo ante los judíos.

—Hola hija. Ven, siéntate conmigo.

La visión de Laura para su güelo era el mismo cielo. Se quedaba embelesada viendo el brillo de su piel. Sus ojos claros, azules como el cielo.

Laura se sentaba a su lado calladita. Y su güelo le ponía mariquitas en las trenzas.

—¿Ves? Les gusta. No se van. Tienes suerte, hija. El mundo te quiere.

Laura se dejaba hacer. Cuando le ponía los bichos en el pelo, hasta le gustaba. Le daban «cosquillas en las sienes». Como decía su güelo. Y sentía una especie de escalofrío que le subía por la nuca hasta las sienes. Y allí se quedaba.

—Güelo, ¿porqué picas tanta leña? Tenemos para mucho tiempo con esta.

—¡Ay, hija! Que más quisiera yo. No picar leña. Pero como yo no mando, sino el cuerpo. Pues a mandar. Él quiere seguir a su ritmo. No hay cosa que hacer. Solo picar y callar. Ya te tocará, ya. Y te acordarás de mí.

—Siempre me acuerdo de ti —dijo Laura mientras le quataba briznas de corteza del poco pelo que le quedaba a su güelo. —Anda, güelo, cántame una canción. Anda.

Y su güelo le cantaba. Le cantaba canciones de antes. De la forma de charrar del lugar antes del olvido. Antes de que a la gente le diera vergüenza charrar a su modo de siempre.

—Ya te puedes acordar tú, hija mía, cuando seas mayor. Porque si no...

El güelo cogía un puñado de tierra de la era, y la apretaba entre sus trabajados dedos, mientras miraba la montaña de enfrente de casa. Lo hacía a menudo. Y Laura se quedaba embelesada con la escena. Ella estaba convencida de que su güelo hablaba con el monte. Aunque los otros críos del lugar se le rieran cuando lo contaba en clase.

—La montaña no habla, Laurita —decía Doña Aurora, la maestra. Y Laura pensaba para sí: «Pues a mí, me hablará. Me lo ha dicho siempre mi güelo». Y bajaba la vista olvidándose del resto de la clase. Esperando que llegara la tarde para ir con su güelo. Y él la esperaba. Picando leña seca de quexigo.

Cuando llegaba la nieve, a Laura le gustaba más ir al colegio. Sobre todo cuando por no atender, doña Aurora la castigaba a limpiar el camino de la escuela a casa de la maestra. Atravesando el patio de recreo por entre manzaneras, hasta llegar a las escaleras que bajaban al portal de la casa. Laura, con la pala untada en sebo, para que no se agarrara la nieve fría recién caída, su gorro de lana y los guantes tejidos por su mai, dejaba el camino limpio. Perfecto. Geométrico. Aplanaba los cantos de la zanja con cariño, construyendo una auténtica tapia de cal viva. Y siempre que pasaba por ella, le daba pequeños retoques aquí y allá. Arreglando los desperfectos que hacían los demás críos. «Casi apostá». Como le decía ella a su güelo.

—Son malos, güelo.

—No hija. Son críos.

—¡A comer! —gritó su mai por la ventana de atrás de casa

Mientras su mai no paraba de hablar y hacer reproches a su güelo. «Que si no te lavas». «Que si no hablas con nadie»... Ella, Laura, agachaba la cabeza muy cerca del plato. Y alzaba los ojos, medio escondida, para ver cómo su güelo tomaba la sopa. Despacito. Mirándola fijamente desde



el plato hasta la boca, quieta como el tiempo. Sin esfuerzo alguno. Sin desperdiciar ni una gota.

Cuando comían carne, su mai siempre se enfadaba con su güelo.

—Padre, que ya pasó el hambre. Deje eso —le carrañaba. Porque su güelo una vez comida la pizca, la cogía entre sus dedos, y con la navaja repelaba el hueso hasta que parecía marfil puro, llevándose trocitos de carne a la boca poco a poco.

—Es la mejor. No es hambre —decía su güelo, sin hacer demasiado caso.

—¡¡Pitas, pitas!!... Toma Sansón, come —le decía Laura a su gallo preferido. Dar de comer a las gallinas, conejos y demás, era tarea suya. Le gustaba y les ponía nombre a todos. Pero lo pasaba fatal cuando su mai hacía de Dios y elegía a uno para la mesa. Ahora ya lo iba entendiendo, y hasta comía. Pero cuando era más cría llegó a odiar a su mai por lo que hacía, y escondía los animales por el bosque al atardecer. Al final se dio cuenta de que en casa por lo menos no se los comían los búhos y rabosas. Y podían vivir un poco más.

Sansón era un gallo especial. Seguía a Laura como un cadillo. Y si venía algún crío a jugar al gallinero de la era, no dejaba que se acercara a Laura, picándole en las piernas.

—Ese gallo está loco. A ver si lo matáis —decía una madre de vez en cuando. Y Laura en voz bajita le decía:

—Tranquilo, Sansón —y el gallo se rascaba la cabeza como un gato en las pierrecillas de Laura. Cuando su güelo se acercaba, Sansón hinchaba el pecho rojo, con destellos verdes esmeralda por el cuello. Y cantaba. Vaya si cantaba. Y su güelo decía:

—Muy bien, gallé, muy bien —y le acariciaba el lomo despacito. Entonces Sansón se iba a replegar a sus gallinas para casa.

—Vamos, Perdigón, ven al bosque —llamaba Laura al perro de su güelo, viejo como él. Hacía ya tiempo que cuando Laura le llamaba, levantaba la cabeza del suelo, elevando las cejas. La miraba. Luego miraba a su dueño, y volvía a apoyar las barillas en el suelo, entre las patas. Al inte ya estaba roque.

—¿Cuántos perros has tenido, güelo?

—Con este, desde que son míos, doce.

—¿Y cuál era el mejor?

—El mejor siempre es el último. Los otros son solo recuerdos. Además, cada vez los conoces mejor y te entiendes mejor con ellos.

—A mí me gusta Perdigón. Aunque esté viejo —decía Laura acariciándole la tripa que le mostraba el perro poniéndose boca arriba.

—A él también le gustas.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo ha dicho.

—¿Como la montaña?

—Claro. La montaña es todo. Tú, yo, Perdigón...hasta Sansón.

—Ah... —Laura, cada vez que su güelo le hablaba así, se quedaba parada. Como esperando que todo eso se le metiera en su cabecita para «empezar a ver», como decía su güelo.

La nieve caía lenta esa mañana, y todo se adornaba. A Laura, ver la valla blanca con su cenefa de cristales, le recordaba a cuando su güelo le ponía flores blancas de saúco por el pelo. A ella le encantaba. No a su mai.

—¡Qué fijación con el pelo de la niña! —gritaba. Su güelo y ella se miraban y sonreían, mientras él recolocaba las flores removidas por el viento de puerto de verano.

Cuando su güelo le atusaba los cabellos, era el único instante del día en el que no tenía el cigarrillo liado en la boca de dientes amarillos.

—Es por la ceniza. Se me cae. Y no hay quien la saque de tu pelo. Si acaso el cierzo.

Los tirabuzones tibios de Laura se escurrían entre los dedos agrietados pero aún suaves de su güelo. Llegaba el final y volvía a empezar con otro mechón.

—Es como el río —decía.

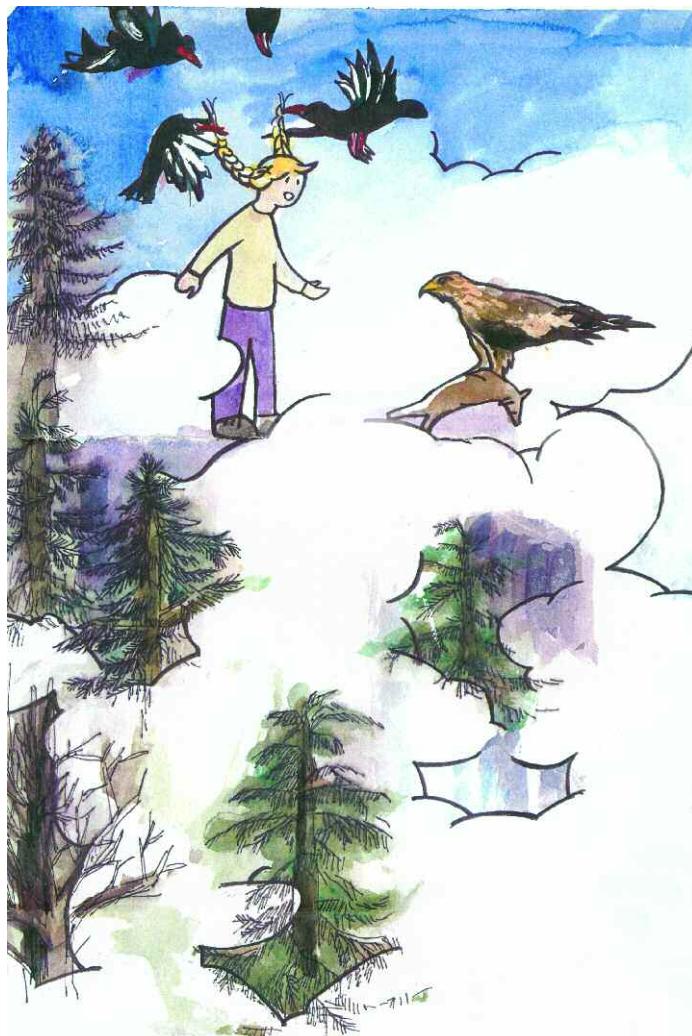
Laura apenas le escuchaba. Se encontraba concentrada en retener las «cosquillas» en sus sienes el mayor tiempo posible. Era la mayor sensación de felicidad que recordaba. Cuando se le pasaban las «cosquillas», Laura se acurrucaba entre la chaqueta parcheada de pana de su güelo, pegando su oído al bolsillo del chaleco, en el que sonaba un tic-tac de olor francés. «De tiempos buenos», como decía su güelo. Él en realidad nunca lo miraba por la hora. Le valía con el Sol. Pero el contacto de su esfera remeraba historias de esas que no se cuentan. Que se tienen dentro y te las quedas.

Solo el grito lejano de su mai la sacaba de aquel letargo. De aquel saber sin preguntar. Y de la mano de su güelo, con Perdigón intentando seguirles, re replegaban para casa, ya de noche.

—¿Qué haces, Laurita? ¿Qué es eso? —preguntó la maestra, que veía a la cría distraída con un objeto.

—Es una tea. Me la ha dado mi güelo —contestó Laura cabizbaja. Los demás críos rieron, como siempre, las rarezas de la «rubia».

—¿Y para qué la llevas? ¿Es que te vas a hacer fuego? —dijo la maestra haciendo callar a los demás críos con un gesto serio.



—No, es por el olor. Huele muy bien. Es de un pino del Foricón. Lo cortó mi güelo.

—¿Te gusta el olor a resina?

—No sé. Me gusta el olor a selva. Y mi güelo dice que aquí está su corazón.

La maestra cabeceó como siempre. Pensando: «Ay esta cría...». Laura dio un beso a su trocito de selva y se lo metió debajo de la camiseta. Intentando atender. Aunque las gordas y redondas nubes blancas de encima de la peña no la dejaran fijarse en la pizarra llena de números.

A Laura solo le gustaba cuando la maestra les hablaba de historias de otros países, de otros tiempos. Se los iba imaginando como una película. Y nunca se le olvidaba la lección. Cuando llegaba a casa, las coles de pelar del huerto de atrás se le asemejaban palmerales de algún país tropical, y les ponía piedrecitas encima para que hicieran de cocos. Su güelo jugaba con ella. Cogía una piedra y la chupaba diciendo:

—¡Humm, que bueno! ¡Y qué calor hace en este país! Laura reía debajo de la bufanda blanca por la nieve.

Al fondo se escuchaban canciones en inglés y ofertas de jabón. Era la tele. Menos mal que estaba en la recocina, y ella podía quedarse en la cadiera viendo cómo su güelo amaba el fuego. Cuidándole y dándole vida cuando era necesario. Las purnas, en su viaje de negrura se le aparecían como cometas encendidos que se perdían en el cielo negro, pequeño e inmenso de la campana por encima del cremallo. Y su güelo le cantaba coplas de gentes de montaña. De fríos y se amores. De olvidos y recuerdos. De nostalgias y esperanzas. De vidas con el monte.

Con la tele le pasaba lo del colegio. Que solo le gustaba ver programas de animales o países lejanos. Pero lo dejaba al inte si su güelo le llamaba para ir a la era o adonde fuera.

—Anda hija, ven a por leña. Que la veta de la madera por lo menos cada vez es diferente. Si ves mucho ese trasto nunca hablarás con la montaña —dijo serio su güelo. Esas palabras fueron suficientes para a Laura ni se le

ocurriera ver la tele hasta que no pudiera «hablar con la montaña».

—Y cuando hables con ella, ya no querrás verla, ya lo verás —dijo su güelo.

Y se fueron a la era. Mientras güelo picaba leña, enseñando corazones de selva a las estrellas, Laura recogía los pedacitos que saltaban alrededor. Y los metía en la cesta bien colocaditos, haciendo formas con sentido entre las vetas.

—Toma, mai, para encender —le tendió el cesto sonriente al entrar en la cocina.

—Muy bien, hija, y ahora a estudiar —le dijo mai acariciándole sus trenzas.

—Ya lo he hecho. Mientras ponía las astillas he ido sumando y restando. Así me gusta más que en el papel.

—Venga... —dijo mai dándole un empujoncito.

Laura hacía los deberes rápida, de forma casi mecánica. Se abstraía del mundo para hacerlos. Pero no para hacerlo mejor, sino para que nada le entretuviera y así poder irse a la era con su güelo lo más rápido posible.

Él se sentaba en el picador, y ella, entre sus piernas, se dejaba deshacer las trenzas por las manos familiares de su güelo. Para él, esto era como una liturgia. Como un seguir viviendo. Una comunión con el todo.

Después de limpiar el pelo de Laura de pajitas y briznas de madera, olía su cabeza cerrando sus ojillos llorosos de tanto ver, y volvía a trenzar los cabellos poco a poco. En esto era un maestro, pues trabajó de empalmador de sirgas en los cargues de madera de la valle alta, hace ya años.

Laura, simplemente cerraba sus ojos azules como ibones en verano... y sentía «cosquillas en las sienes». Poco a poco se estaba convirtiendo en una experta reteniendo esa sensación, que tanto la unía con su güelo, y sin saberlo aún, con todo el cosmos.

—Un día de estos hablarás con ella, ya lo verás —decía su güelo.

—A veces me parece que me quiere decir algo, pero... —dijo Laura resignada.

—Hija, hace tiempo que te habla. Lo difícil es escucharla. Los que no sabemos, y debemos aprender, somos nosotros. Ella no tiene que aprender. Solo enseñar. Conmigo lo hizo, y he intentado vivir siempre con ella, y ahora contigo, para que sigas hablando con ella por mí cuando yo no esté contigo —su güelo la abrazaba suavecito acariciándole el pelo.

—Tú siempre estarás conmigo, güelo —dijo llorando Laura, apretándose fuerte contra el reloj de olor francés de su güelo.

—Sí, hija, siempre. Pero no aquí picando leña. Sino con ella, con la montaña. Cuando hables con ellas lo harás conmigo. Y no llores. Que eso es la vida. Venga, vamos a ver el

río. Pero despacito ¿eh? —dijo él, frenando a Laura que ya salía boteando de la era.

Cuando llegaban a la piedra lisa de la gorga, se sentaban. Nunca iban más lejos. No hacía falta.

—Mira, güelo. Hoy baja más agua —decía Laura fijándose en la cascada de encima de la gorga.

—Más, menos... Siempre es diferente. El agua pasa. Como la vida. Pero nunca acaba. Como la vida también —decía serio su güelo sin dejar de mirar la espuma blanca que bordeaba la gorga después de su caída. Laura abría sus ojos como el mar. Y veía rebosar el agua de la gorga, siguiendo su camino. Ahora rápida, ahora lenta.

—Esta si que habla. ¿Eh, güelo?

Su güelo reía fuerte sin dejar de mirar la cascada tantas veces vista, y pocas entendida.

Pasaron dos inviernos. Y un día Perdigón se fundió con la escarcha. Suaves cristales cubrían su pelo cuando lo encontraron al lado del picador, en la era.

Laura, ya casi una moza, llevaba a Perdigón en brazos, esperando a su güelo, que venía detrás. Despacito, cabizbajo. Apoyado en su vara de avellano.

Cuando llegaron a las faus solitarias de arriba de la valle, su güelo se paró.

—Hija, sigue tú. Yo aquí te espero

—¿Lo enterramos, güelo?

—No. Súbelo hasta la loma y que vuela por los aires. Que siga viajando en esta vida. De cadillo siempre saltaba queriendo coger las nubes de verano.

Su güelo la miraba subir, fuerte como el aire. Y veía su propia vida en ella. La tasca amarilla esperaba las lluvias y calores que vendrían.

Y Laura no bajaba. Su güelo la miraba y sonreía. Y Laura estaba quieta.

La boira gabacha del collado pasó rasa, veloz como la vida. Y la envolvió.

Una banda de chovas de pico royo le cogieron cabellos de su pelo. Y un águila real se posó en Perdigón, mirando fijamente a Laura solo a un metro.

Desde el talón hasta las sienes le corrió la vida en ese instante. Y lo retuvo. Tenía práctica. La tasca parecía reverdecer en el invierno, y hasta floretas creyó ver, sin frío alguno.

Cuando bajó de la loma alta de la valle, y salió de entre la boira, su güelo ya no estaba. Sólo su vara de avellano. Laura la cogió. Tranquila, bajó a casa. Se soltó las trenzas. Y sin querer, sin mirar apenas al paisaje, comenzó a picar leña. Despacito. Enseñando cada veta a las estrellas.



26 labios

MANUEL M. FOREGA

Ilustraciones ALEXANDRE MONTOURCY

Labios que te buscan

En cada párpado un beso
descubre el enigma de tus ojos.

Que te alcancen esos labios.

Tiéndete y, en el velo de tus iris,
deja su transparencia posarse
como un hechizo.

Arco de palabras

El doble arco de tu boca
tensa cuantas palabras no dichas
acumuló del corazón el fuego.
Hoguera crepitando voces,
pavesas que el verbo arroja
contra la sombra del silencio.

Ternura

Has inundado de besos los mares y los ríos:
besas a las reinas desdichadas.
Has besado la vida elemental de los planetas,
accedido a los tronos de sus imperios.
Pero qué besos guardas para ti,
verdadera ternura que no expira.

Verbo

Lo que digas
será lo que habites.
Tu exilio,
lo que calles.

Orientación

Navegar por tu boca.
Sólo con tu astrolabio.

Tareas alejandrinas

Es tarea de tus labios vivir lo que besas.
Es tarea de tus labios besar lo que vives.



Sed de vida debida

Y quién de tu boca bebe las palabras.

Hipersinestesia

Ver con tus labios:
¡Qué táctil aroma!

Sorpresa

Abre la boca:
allí los besos como lluvia;
allí el sol como un pecado.

Sitial

Muda el sitial de tu boca,
donde la lengua calla
lo que los labios dicen.

Ares y Afrodita

Si Venus en tus labios vive,
deja a Marte habitar tus ojos.

Abeja

Si la miel en tus labios,
el acíbar en tu voz
(como la abeja,
sólo cuando es necesario).

Dependencia

Residen juntos,
sobre el uno otro,
como dos amantes condenados
a sufrirse.
Pero cuántas veces los labios
callan soportando el peso
de la claudicación
y qué pocas las que levitan
libres como el humo,
al albur del azaroso viento,
sin ataduras, abandonados
al fértil sino del amor.

Doble sentido

Si alguna vez de una sonrisa hiciste
la cadena de tus ojos,
no hagas de un solo beso
la atadura de tus labios.

Mira

Mira:
el despertar de los corazones al ávido deseo,
el dolor, el ánimo vacuo del voraz hastío,
las frentes destinadas al insaciable pensamiento
que arrastra las perdidas utopías.

El despertar de las manos destinadas a las armas,
las lenguas para el yerro y la traición,
pies para el desierto y ojos para las lágrimas.

Mira, en cambio:
que tus labios jamás al hambre se destinen,
ni a la fiebre, ni al veneno,
esas sombras que como espectros colosales
susurran enigmas en su lengua funeral.

Historia de labios

Adolescentes perdidos en sus tímidas locuras,
hacen hoy temblar el aire con su grito
llegado del cosmos sombrío,
donde el astrólogo lee los enigmas del azar.
Siempre los labios, desde hace milenios,
dicen alcanzar las estrellas y sus números;
lo dicen desde el enorme edificio de la razón
y, sin embargo, siguen buscando a los dioses.

Esos labios tuyos dormidos,
de la adolescencia prendidos un día,
deben despertar a la vida de los sentidos,
erguirse para besar a los vivos.

Que la esfinge prosiga su hierático destino,
que permanezca dormida Kéops,
Nereo en su cueva marina,
Delfos adherido a su Pitón,
ciego Tiresias en el Hades...

Yo quiero
tus labios, tus labios vivos...





Mármol

Deja la noche de las bestias,
la sombra de un palacio en ruinas;
ama el horizonte sereno y besa
su mármol blanco, ese lecho de piedra
donde dejar incólume la huella de tus labios.

Alcoba

Te tiendes sobre el lecho añil,
flanqueado por bestias heráldicas;
cae un visillo blanco en amplios pliegues
por el reflejo de los ventanales
sobrecogido.

Estás allí, muda e inmóvil,
los filtros de la luna sobre el pecho,
cuando oyés de pronto un susurro,
un roce ligero semejante al de las uñas
surcando como naves un manto de seda.

Es un beso errante, perdido en el aire de la alcoba;
¿quién lo abandonó ahí?
¿De quién son esos labios que con sólo su pudor
transforman en jardín un escenario destinado al sueño?
¿Qué aliento es tan sutil que te despierta y huye?
Con qué feliz inquietud te entregarás a la mañana.

Boca

Muda y quieta
tu boca al aire adherida,
no dice lo que guarda,
sino lo que anhela,
y en cada intento
por eludir el abismo desfallece,
y se ahoga en cada grito.

Música

Da de comer en tu boca
al pájaro
que anida en tus manos.



Bebedizo

¿Han gozado tus labios los nardos de otros labios?
¿Has sentido húmedos alguna vez
sus pétalos deslizarse?
Si así no ha sido, díselo al mundo,
porque tiempo es ya de aspirar
aquellos que abandonaron los deseos
y acuda a ti el animal para revelarse.

Si, por el contrario,
guardas todavía el aroma
de los tallos que bebiste,
los que perfumaron tu cuerpo
en su abandono
generoso y táctil,
los que dejaron en tus ojos
una sonrisa para siempre,
a nadie lo digas; guárdalo
como un secreto
y en secreto díselo
sólo a quien creas que todavía
puede hacer de ti un jardín abierto,
un muro de enredaderas,
un ventanal sin celosía;
a quien pueda vestirte con visillos
que, robados al deseo, esperaban
que llegara la noche, una sola noche,
para de nuevo celebrarte.

Una noche

Préstame tu boca
una sola noche de tu vida
—una sola—
para conocer el mundo.
Y deja en la mía un aliento
que me sobreviva.

Breve ensayo de Filología ecológica o cita calambresca

Labiosfera

Pájaro

Un canto, un aroma,
un pájaro de madrugada
en la rama de olívano
yace crucificado.

Sagrado

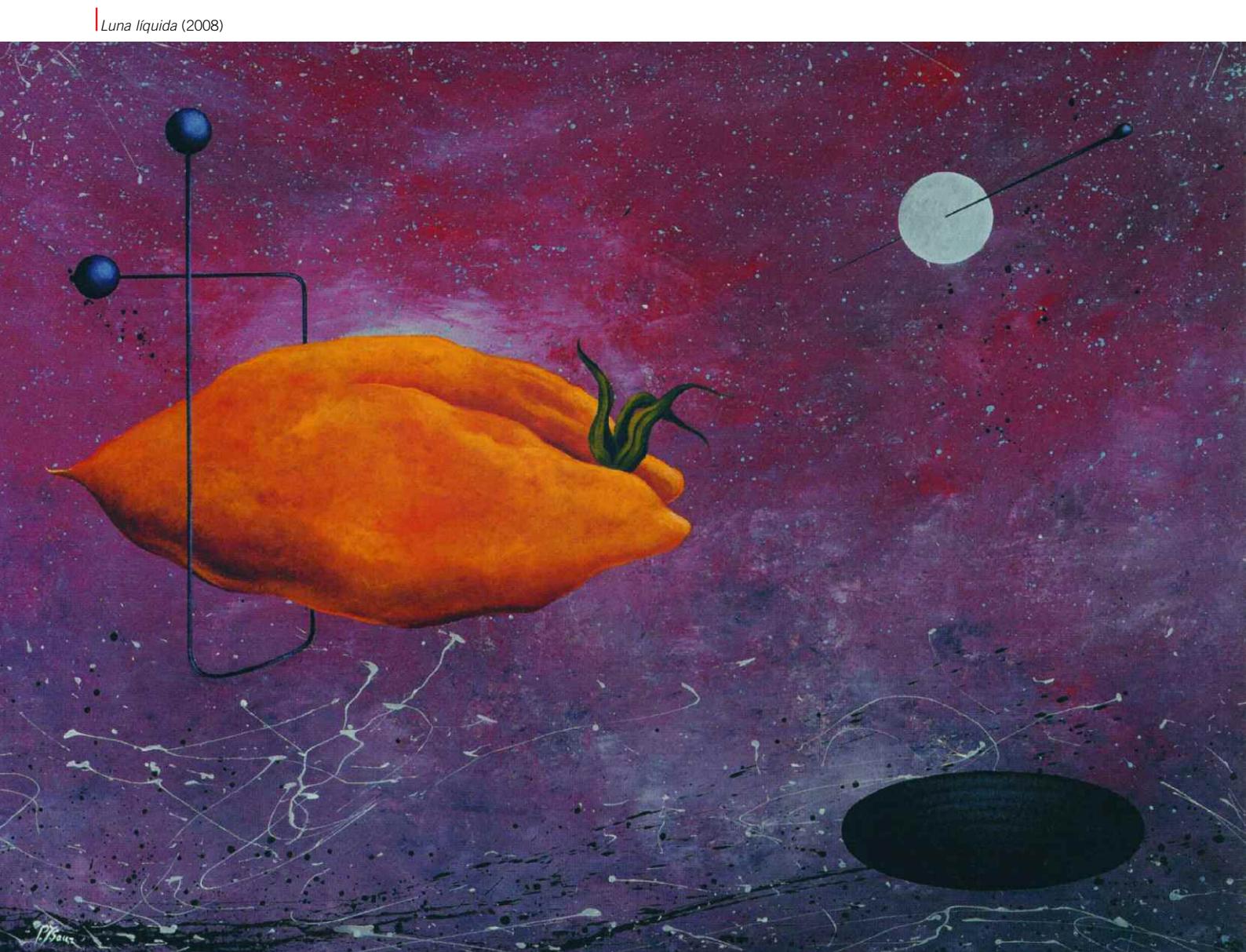
Con un ramo de luz
y la mano tendida
al dintel del *fanum*,
la vestal ha suplantado a la bacante.
Pero así es lo sagrado: un decir
que guarda silencio.

FÓRUM



| *Tierra magnética* (2008)

PEDRO J. SANZ



| *Luna líquida* (2008)

Arriba: *Triticum espelta* (2009)Abajo: *Semilla protegida* (2008)

El territorio inconsciente de Pedro J. Sanz, tan poseído por su realidad, se traslada a cada cuadro como un mecano inteligente de pensamientos carnívoros que inundan y avasallan cada superficie pintada. Su obra es como una hipotética ecuación irracional que genera dudas, pues la lógica de sus temas se traslada con velocidad sin medida hacia espacios por definir. Los temas de sus cuadros, por ejemplo, dónde se ubican: en la Tierra o fuera de esta, puesto que la hermosa y omnipresente presencia de la Luna significa un simple y acogedor punto de referencia, nunca una definición precisa que muestre donde están las semillas. En realidad, se diría, que sigue el criterio de Albert Einstein en la teoría de la relatividad, definida con precisión por Paul Chatham Squires cuando la describió como «dos cuerpos en movimiento relativo, prescindiendo sumariamente de un marco espacio-tiempo fijo». El enfoque de sus fondos, fieles acogedores de los temas primordiales, transpiran como dos planos paralelos a la base, incluso verticales, o como suaves abstracciones que también generan un tenue espacio para que destaqueen semillas y formas óseas. Fondos abstractos pintados mediante miles de puntos y trazos cual destellos informes. Pero, ¿en qué planeta están? Apuesto, con posibilidad de error, que los puntos son diminutas burbujas voladoras repletas de agua, que acaban de inundar un añeo y estéril planeta entre suaves sonidos, mientras que los trazos informes son, desde luego, hermosas y evanescentes falsas sirenas que vuelan sin esfuerzo por el agresivo espacio, entre musicales gemidos, hasta llegar al nuevo planeta para germinarlo.

Manuel Pérez-Lizano





PROYECTARAGÓN

Muestra Audiovisual Aragonesa

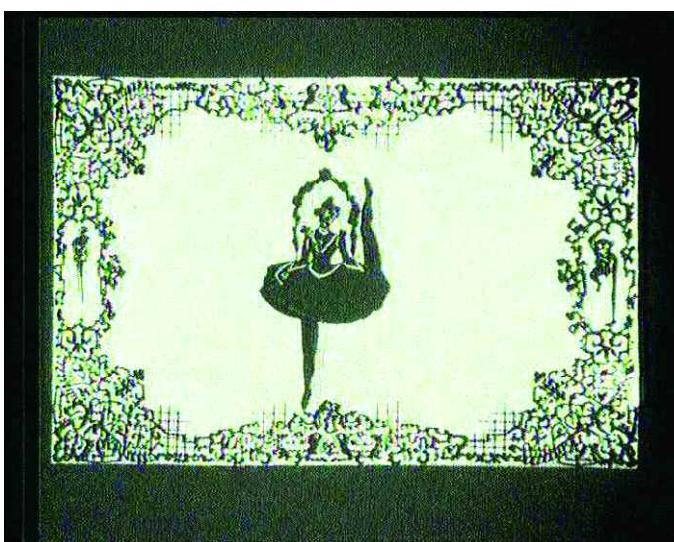
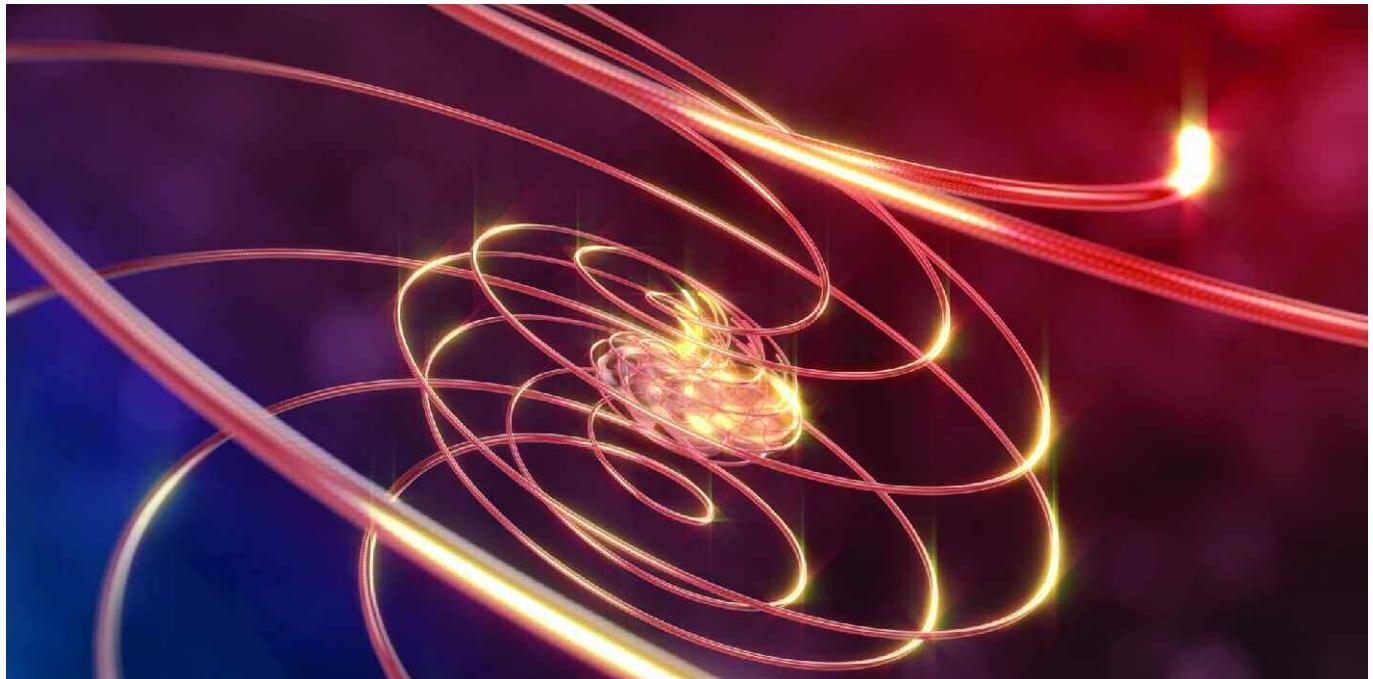
Zaragoza, Huesca y Teruel

PROYECTARAGÓN es una Muestra Audiovisual que recoge lo más destacado de la producción anual en materia de cine y vídeo, desde los premios de los festivales más significativos de la comunidad, hasta esas obras que no tienen cabida en ningún certamen pero cuya originalidad y frescura les hace ocupar un lugar importante por derecho propio.

Este evento, que se inició en 2007 y ha celebrado en 2010 su IV Edición, tiene lugar a lo largo de los meses de octubre, noviembre y diciembre, en sesiones semanales que van variando y ampliando sus propuestas en paralelo a la cada vez mayor calidad de las obras exhibidas y rodadas por aragoneses.

Otro rasgo importante de la muestra es su vocación de itinerancia, puesto que desde la primera edición se ha querido salir del marco geográfico de Zaragoza capital para ir a otras localidades de Aragón con interés por el cine y capacidad de acogida del ciclo, como han sido Graus (Espacio Pirineos), Andorra (Casa de Cultura), y diferentes sedes de Huesca (como la Sala del Centro Cultural Matadero) y Teruel (Cine Maravillas). En esta última edición hemos acudido también a otros espacios «no abiertos», los Centros Penitenciarios de Zuera y de Daroca, donde tienen lugar talleres de cine y hay una inquietud extraordinaria hacia el campo de la imagen.

Los contenidos de programación abarcan un *Panorama de Actualidad*, con estrenos y obras inéditas, un *Espacio Documental* dedicado a la ingente cantera de documentalistas de raza que ha dado y sigue dando Aragón, *Lenguajes Almargen*, que explora el territorio casi virgen de propuestas narrativas y tecnológicas arriesgadas, una sección dedicada a la *Animación* en todos sus campos, otra a *Piezas breves*, desde vídeos de ficción de un minuto hasta vídeo clips musicales, un lugar para dar voz a las *Miradas Femeninas* que pueblan nuestro cine y que cada vez son más numerosas, *EducaProyecta*, el espacio dedicado a las escuelas que enseñan diferentes modos de contar una historia con imágenes en movimiento, *Señas de Identidad*, un recuerdo y un homenaje a los pioneros de nuestro cine, con proyecciones en super-8 y 16 mm que recogen piezas de vital importancia para nuestra memoria colectiva, un repaso a los mejores trabajos de los *Festivales invitados* de otras latitudes, her-



manados con el cine aragonés por algún vínculo común, y una serie de actividades que se van incorporando y sumando año tras año como los *Directos* de la inauguración (con edición de imágenes y audio), las *Actuaciones* que combinan música y audiovisual en el escenario, mezclando elementos tan dispares a priori como la electrónica y Chomón, y otras novedades como publicaciones, concursos y exposiciones, siempre con el referente de esos cineastas imprescindibles que ha dado esta tierra tan inhóspita como fecunda.

<http://www.proyectaragon.blogspot.com>

Vicky Calavia
Directora de PROYECTARAGÓN

LOS ARTISTAS CON EL CANTO A LA LIBERTAD

PARANINFO DE LA UNIVERSIDAD

Febrero de 2011



La exposición «Canto a la libertad» formó parte de la agenda de proyectos relacionados con la Iniciativa Legislativa Popular encaminada a que el *Canto a la Libertad* de Laborde塔 sea himno de Aragón. La Iniciativa, cuyo núcleo organizativo es una Comisión Promotora compuesta por diferentes entidades culturales, cuenta con el objetivo de reunir un mínimo de 15.000 firmas exigido para respaldar la proposición de ley (admitida a trámite por la Mesa de las Cortes) que habrá de ser discutida y votada por los grupos parlamentarios. La Universidad de Zaragoza ha sido una de las entidades que, posteriormente a su lanzamiento, se han adherido a la ILP. En el momento de redactar estas líneas el número de firmas se acerca a las 25.000.

En cuanto a la exposición en sí, se compone de 94 pequeñas creaciones de otros tantos artistas. Cada uno de ellos ha «ilustrado» un DINA4 con una letra impresa, conformando todas ellas las palabras del título (CANTO A LA LIBERTAD), el estribillo (HABRÁ UN DÍA EN QUE TODOS AL LEVANTAR LA VISTA VEREMOS UNA TIERRA QUE PONGA

LIBERTAD) y el apellido de su autor: LABORDETA. 94 letras, 94 autores de técnicas, edades y estilos diversos, que representan también, de alguna manera, diferentes formas de ver el arte y todo el espectro de la sociedad aragonesa.

Hemos de agradecer a todos los artistas que han participado su disposición, rapidez (esta exposición se ha programado, diseñado y montado en un tiempo récord) y generosidad, como siempre que se les llama para colaborar en acciones ciudadanas y solidarias y, en este caso concreto, en una iniciativa que surge de la gente, de las asociaciones, sobre todo, aunque no solo, culturales. Tenemos que valorar lo importante que es la unión de la gente para conseguir fines, valorando las iniciativas que nacen y se desarrollan en el seno de la sociedad civil y la importancia de que entidades como la Universidad también participen activamente y formen parte del impulso de las mismas.

En los tiempos que corren es muy gratificante este tipo de esfuerzos colectivos que nos recuerdan que la sociedad la

Sonia Abraín • Javier Almalé • José Antonio Amate • Eugenio Arnao • Nieves Añaños • Miguel Ángel Arrudi • Azagra & Revuelta • Samuel Aznar • Natalio Bayo • Isabel Campo • Hugo Catalán • Carlos Celma • Cristina Beltrán • Ana Bendicho • Jesús Bondía • Javier Borobio • Juan Luis Borrà • María Buil • Gonzalo Bullón • Mari Burges • Alberto Calvo • Noemí Calvo • José Luis Cano • Nines Cárcel • Carmen Casas • David Castillo • Mariano Castillo • Remedios Clerigues • Pepe Cerdá • Alejandro Cortés • Edrix Cruzado • Mª Jesús Chamarro • Florencio de Pedro • Carmen Escrich • Manuel Estradera • Estudio Velásquez-Gómez • Isabel Falcón • Ana Felipe • Antonio Fernández Alvira • Isabel Fernández Echeverría • Andrés Ferrer • Joaquín Ferrer Millán • Gonzalo Ferreró • Adele Fumagalli • José Luis Gamboa • Mª Jesús García-Julián • Manuel García Maya • Mariela García Vives • M.ª Carmen Gascón • Emilio Gastón • Jorge Gay • Emilio Gazo • Rosa Gimeno • Jesús L. Gimeno • Enrique Gracia Trinidad • Horacio Gulias • Jose Herrera • Ángela Ibáñez • Blas Laborda • Juan Carlos Laporta • José Luis Lasala • Luis Loras • Fernando Malo • Carmen Martínez Samper • David Martínez Sánchez • José Antonio Melendo • Javier Melero • Javier Millán • Pilar Moré • Francho Nagore • Rafael Navarro • M.ª Ángeles Pérez • José Manuel Pérez Latorre • Pilara Pinilla • Antonio Postigo • José Prieto • Débora Quelle • Paco Rallo • Julia Reig • Olga Remón • Jorge de los Ríos • Minerva Rodríguez • Fernando Romero • Miguel Ángel Ruiz Cortés • Rosa Sánchez Gómez • Pedro J. Sanz • Miguel Sanza • Pilar Tena • Alfonso Torres • Pilar Urbano • Esther de la Varga • El Vaso Solanas • Juan José Vera • Daniel Viñuales



formamos personas individuales que, como en este caso, sin perder su identidad, son capaces de hacer obras colectivas. Aquí de formar juntos este estribillo del *Canto a la Libertad* que queremos sea reconocido como himno de Aragón y también de rendir nuestro pequeño homenaje a su autor, José Antonio Labordeta, cuya familia estuvo representada en la inauguración por sus hijas Paula y Ángela y sus nietas.

Volviendo a la exposición hay que decir que la producción corrió a cargo del Estudio de Diseño Versus, con Javier Almalé a la cabeza, quien de una simple idea hizo una gran idea, como lo había hecho hace poco tiempo con el proyecto «Limbo», con la colaboración de Rolde de Estudios Aragoneses y que, como todas las acciones de esta Iniciativa Legislativa Popular, se ha llevado a cabo prácticamente sin medios y a base de trabajo voluntario, lo que le da un valor añadido.

También es de destacar la colaboración de la Asociación de Artistas Plásticos Goya-Aragón, muchos de cuyos socios participaron en la exposición.

Completaban la muestra algunos objetos cedidos por la familia Labordeta: libros, discos, así como la primera guitarra con la que José Antonio Labordeta se recorrió miles de kilómetros de la geografía aragonesa y de los alrededores en la década de los setenta (Rolde de Estudios Aragoneses, como prestatario, la tiene depositada en el Centro de Interpretación «Historia de la Autonomía de Aragón» situado en Caspe).

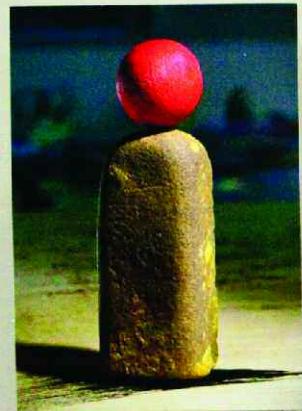
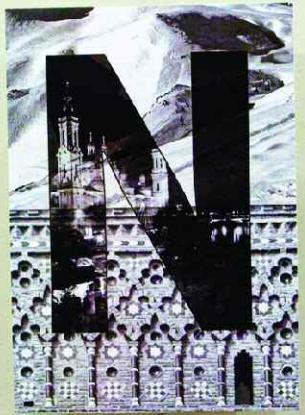
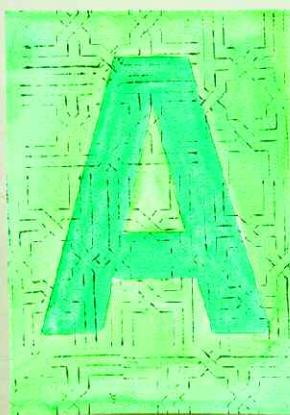
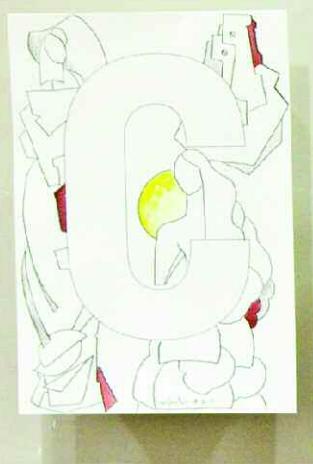
Todas las obras de la exposición formarán parte de un *libro-disco* que contendrá la reproducción de las mismas, los textos de cerca de cuarenta escritores y la música de más de veinte de cantantes y grupos: será el recuerdo para la posteridad de este singular esfuerzo colectivo para que el *Canto a la Libertad* sea himno oficial (ya es el oficioso) de todos los aragoneses.

José Ignacio López Susín
Comisión Promotora ILP Canto a la Libertad
Fotografías: José Antonio Melendo

Fotos de la inauguración de la exposición en el Paraninfo



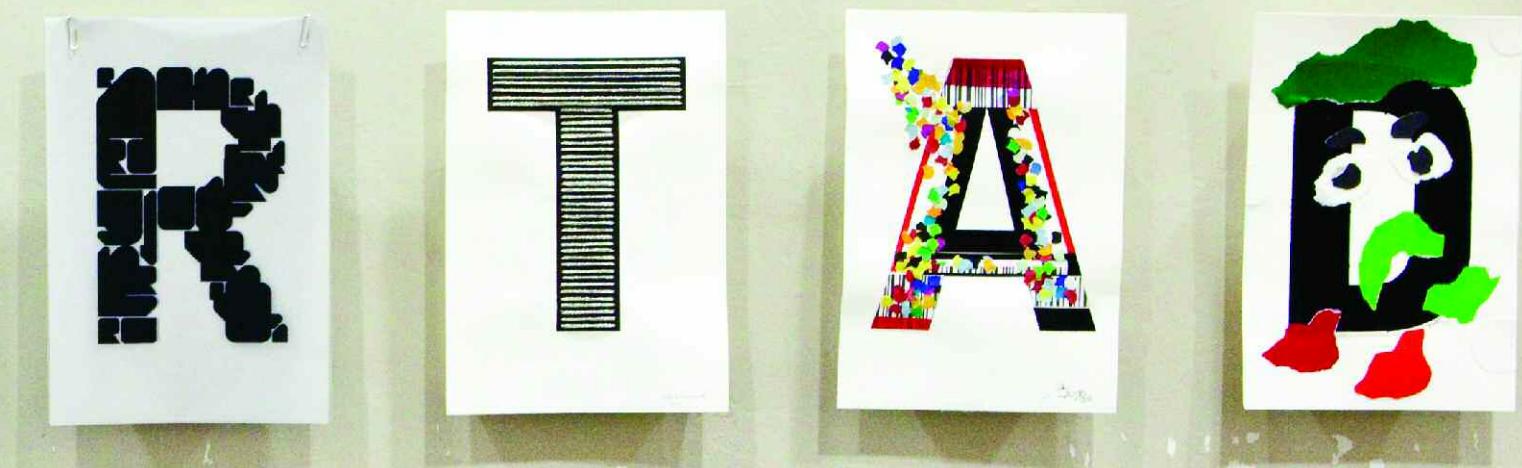
Diferentes momentos de la inauguración, con Concha Lomba (Vicerrectora de Proyección Social y Cultural), Pilar Bernad, José Ignacio López, Emilio Gastón (presidenta,

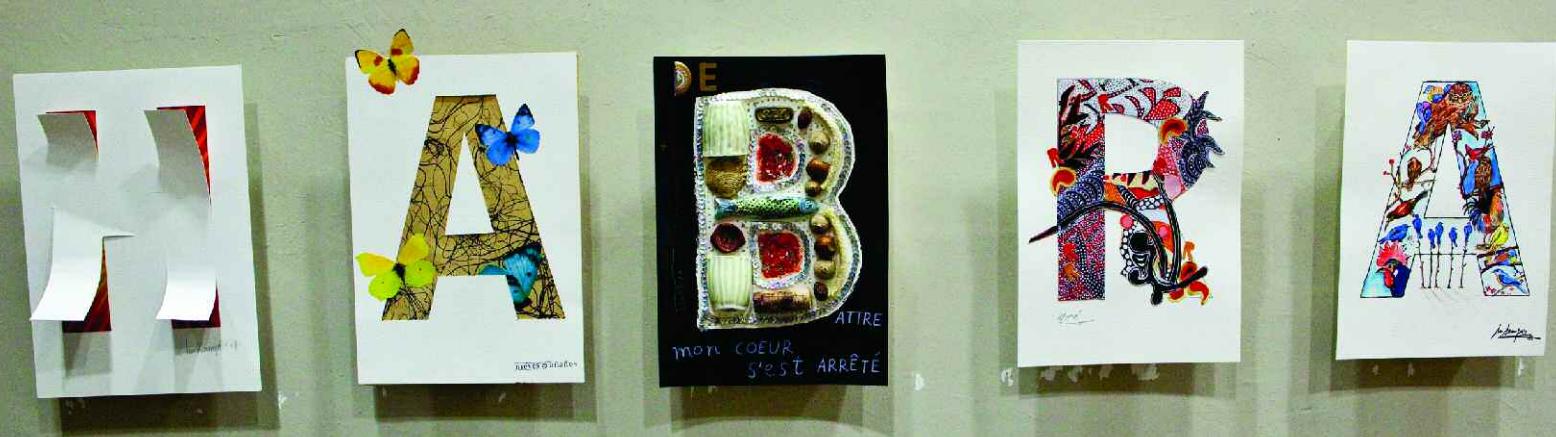


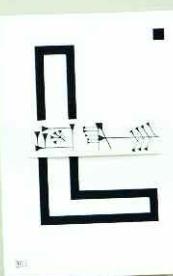
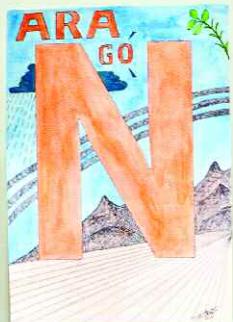
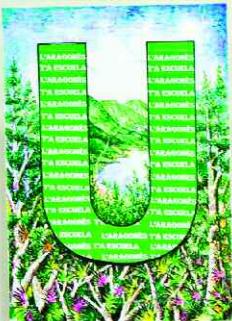
_Febrero de 2011

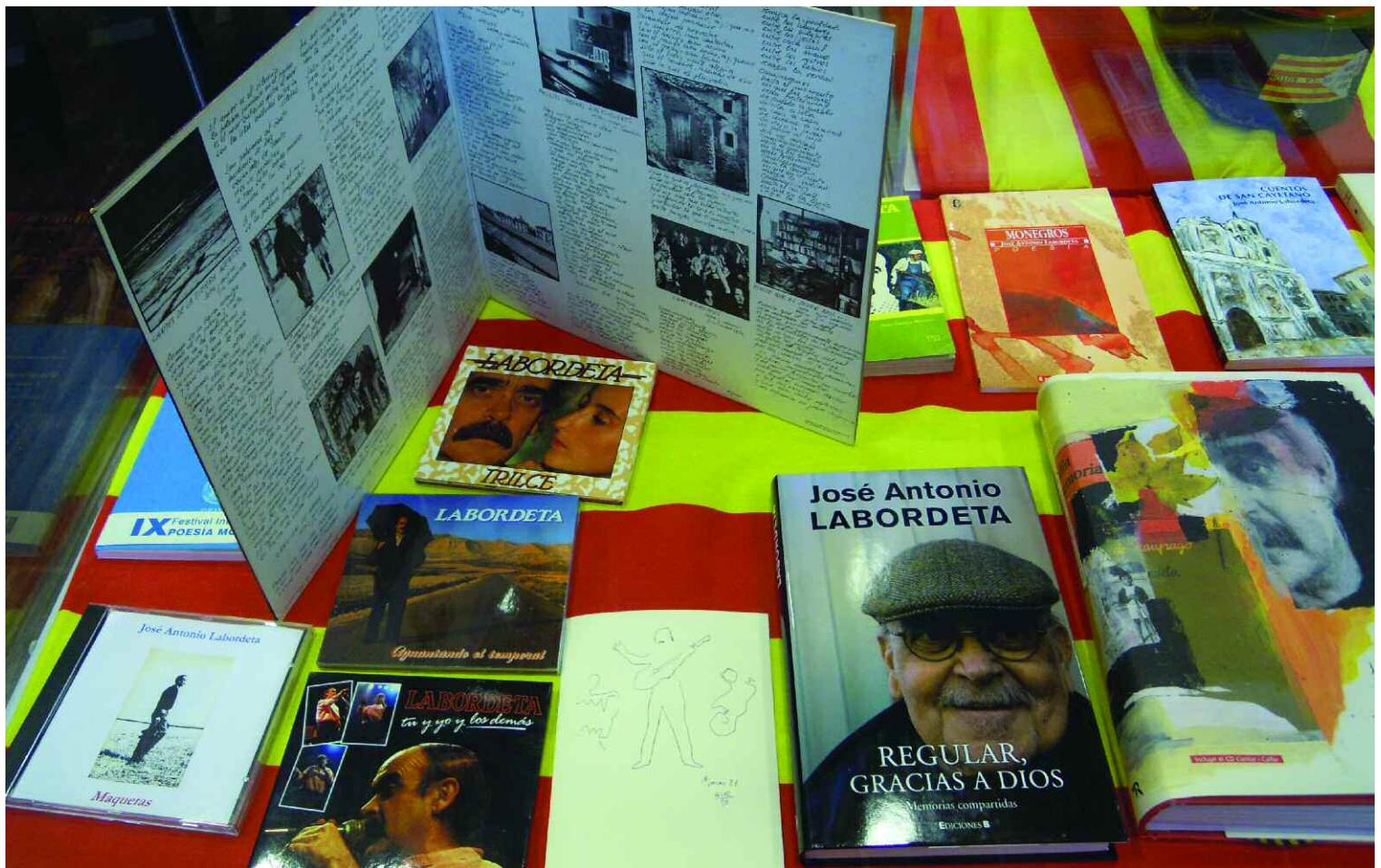


vicepresidente y portavoz de la Comisión Promotora de la ILP, respectivamente) y José Luis Cano (uno de los 94 artistas participantes)









CUAN L'ALLACA FLOREX

También será posible
que esa hermosa mañana
ni tú, ni yo, ni el otro
la lleguemos a ver.

Encara que bellas begatas lo nos parexca, a primabera no i biene nunca de sopetón. A puenda de as flors, o tiempo de os maitins politos, gosa fer o moregón. Se fa siempre de rogar. Se'n prene o suyo tiempo... Bi'n ha, ixo sí, bels endizos –chíquez, fráxils e graduals– que de, cabo cuan, la nuzian e prelogan.

En primeras, asinas ocurre alto u baxo en os primers días de febrero (u bellas begatas mesmo en os zaguers de chineru) cuan, totas as añadas, lis naxen floretas nuebas á las almendreras. No sé si as almendreras en son árbols bien baliens u, per o contrario, en son simplamén árbols desucatos, desustanziatos de raso, sin pon de calitre, belulos u bololos... O caso ye que en un inte dato, bienga u no bienga á cuenta, as almendreras esclatan de bez e s'aplenan totas de floretas. Blancas as más. Belatras, as de as bariedaz empeltratas, tiran ta rosa u tienen, si fa u no fa, a color que bels días amuestran entre nusatros as boiras á l'arribo de o lusco.

Dimpuesas, más adebán –punchas e flors amariellas– floren per espuedas e costeras as allacas. Las podez beyer, cuan pasez con l'auto, en buena cosa de terrers e turrumbers, chusto á o canto de as carreteras. As allacas son matas punchutas e resistens, d'ixas de dura. Son, antiparti, plandas autoctonas, flors de o país... Manimenos, cal dizir que no gosan tener buena fama. Á lo menos en belún de os nuestros refrans. *Cuan l'allaca florex, a fambre crex.* Diz a biella razón popular. *E cuan bachoca, á toz en toca...* Remata la coda. Siga como siga, en traiga de fambre u no pas en traiga, l'allaca ye una espezie muito dura, feita á o terreno e á totas as albersidaz de l'orache d'istas tierras. No se plañe de a boira, o dorondón u as enrestidas de o zierzo ombraz. Se troba, como gosa dizir-se, como güella en ferraina, más aclimatata que un contizero. Endura os chelos e as nieus en o preto d'o ibierno e sape resistir tamién as sequeras e os escaldabullos de os beranos.

En zagueras, astí per o mes de mayo, cuan as cullitas de o trigo e de l'ordio se berruntan e as maquinas de cullir os zereals –descomunals monstros de fierro sobre ruedas– s'aprestan ta tramenar en cualesquier inte as carreteras, amanexen per as márguins e per as dembas os rojos ababols. Os ababols son flors primarias e elementals, simples e monacals. En son tamién flors masificatas e gregarias que s'achuntan á clapos en catuplas e que acochan sin dinidá la capeza á cada bolada de l'aire que, chiflando, fuye entre as fuellas. Os ababols son plandas que fan a sensación d'estar probisionals, feitas como qui diz de zienmelizera, e no sé per

qué me fan pensar en l'agüero (en os suyos ditals aspros e furos rancando petalos e fuellas...) acucutando en meyo de as flors, chusto allora, en o mesmo corazón de a primabera.

As flors blancas de as almendreras e as flors rojas de os ababols nunca no coinciden en o tiempo. Amors imposibles. Son condenatas á inorar-se eternamén. As flors amariellas de as allacas, sin dembargo, esclatan chusto en l'inte en o que as flors blancas de as almendreras fan a cachamona e se sostran malas que aparecen as flors rojas de os ababols. As flors amariellas de as allacas fan, per consigüén, as bezes de puen entre as flors blancas de as almendreras, per un costato, e as flors rojas de os ababols, per l'atro, entre a fin d'una florada e o prenzipio de a siguién...

Labordeta, os treballos suyos e os suyos días, tenioron muito d'almendrera. Floretas blancas nunziando tiempos millors en o preto d'o ibierno. Fundas radizes ubrindo nuebos camins en istas archilas pobras... E tenioron, sobre tot, muito d'allaca. As punchas bien esmolatas de a resistenzia. As flors amarillencas de o compromís e de o treballo cutiano. E, más que más, Labordeta estió á la finitiba o puen (á ormino ferito) entre chenerazions, l'abrazo detenito entre o pasato que nunca no remata d'amortar-se e o futuro que nunca no remata de plegar. Ta yo lo prenzipial merito de Labordeta (l'ombre e tamién o poeta, o político, o cantautor...) estió lo de treballar de contíno e o de seguir empentando perén enta debán, encara que sapese que de seguro el nunca no iba á trespassar l'arco trunfal de os proyeutos coleutivos cumplitos. Saputo conoxedor de os tiempos e de as puendas, yera zierto de que el no yera estato clamato á partizipar en a orchía roya de os ababols...

Tiengo a sensación de que toz nusatros (os que i quedamos dimpués de a suya muerte) compartiremos, de bella traza u en bella, mida o suyo destin. Caminamos per a mesma endrezera. Imos per o mesmo camín... Tamién nusatros somos –e soi charrando en berza– una miqueta como as flors amariellas de l'allaca. Cheneración intermeya. Cruzillata de camins. Armilla que se troba chusto en meyo de a cadena. Somos, ensisto, como as flors de as allacas que enziertan á florexer cuan as flors –chiquetas, blanquetas e rosetas– de as almendreras agún aguantan (u á lo menos agún no son de raso machurritas) e que perdurarán encara cuan os rojos ababols, puntuais emisaires de o berano, de as calors e de as bacanzias estibals, implan os campos con sangueneras de colors.

Chusé Inazio Nabarro

JOAQUÍN COSTA

-JOAQUÍN COSTA. EL FABRI- CANTE DE IDEAS

Paraninfo
Universidad de Zaragoza

22/marzo
5/junio/2011



 GOBIERNO
DE ESPAÑA

